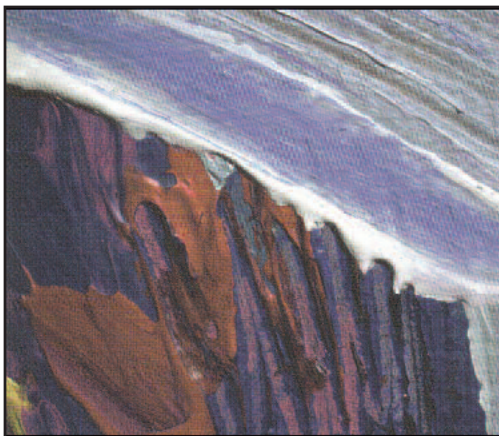


El cielo y el infierno



Vida eterna, castigo eterno

Enseñanzas de la Biblia Popular

EI CIELO Y EL INFIERNO

Vida eterna, castigo eterno

Brian R. Keller

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin

Segunda edición, 2003

Este libro fue traducido por el ingeniero Alfonso Corzo de Bogotá, Colombia; y fue revisado por el pastor Andrew C. Schorer, de Edna, Texas, EE UU.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por la Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

PBT: **Heaven and Hell** by Brian R. Keller (NPH #15N0620; ISBN 978 0 8100 1978 2) Acknowledgment: 2007 Northwestern Publishing House. All rights reserved. Translated and reprinted with permission.

EBP: **El cielo y el infierno** por Brian R. Keller (NPH #15N0620; ISBN 978 0 8100 1978 2) Reconocimiento: 2007 Northwestern Publishing House. Todos los derechos reservados. Traducido y reimpresso con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Número de Control de la Biblioteca del Congreso: 2006921501
Editorial Northwestern
www.nph.net

© 2007 Por la Editorial Northwestern
Publicado en 2007

Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 978 0 8100 1978 2

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. Definición de la muerte	1
2. Sólo hay dos destinos después de esta vida: el cielo o el infierno	23
3. El momento de la muerte y experiencias cercanas a ella	39
4. El infierno: definición y términos bíblicos	57
5. Descripción bíblica del sufrimiento en el infierno	69
6. El castigo eterno	83
7. El infierno es real	93
8. Definición bíblica del gozo eterno del cielo	107
9. El cielo: antes y después del día del juicio	121
10. Descripción bíblica del cielo	139
11. ¡Sí podemos estar seguros de la vida eterna!	161

12. Preguntas y respuestas comunes	175
Notas finales	201
Para lectura adicional	205
Índice de textos bíblicos	207
Índice temático	215

Prefacio del Editor

La serie de libros Las Enseñanzas de la Biblia Popular trata las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el modelo establecido por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se utilizan, se explican con un lenguaje cotidiano, para que sean de fácil comprensión para los lectores. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana es extractada directamente de pasajes claros de la Escritura y cómo luego esas doctrinas se aplican a la fe y a la vida de las personas. Aún más importante, estos libros muestran cómo cada enseñanza de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Las Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de parroquia y profesores que cuentan con años de experiencia en la enseñanza bíblica. Ellos son hombres de erudición y conocimiento práctico.

Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del Wisconsin Lutheran Seminary, en Mequon (Wisconsin), y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm (Minnesota), por servir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos al Señor para que use estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en fe, conocimiento y entendimiento de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

La muerte no es el tema más placentero para considerar. Mucha gente tiene miedo de morir porque le teme a lo desconocido y al juicio de Dios. Sin embargo, en el fondo, sabe que vendrá. Hay un conocido refrán que dice: Hay dos cosas que no se pueden evitar: la muerte y tener que pagar los impuestos. De hecho, uno puede evadir los impuestos, pero no la muerte.

¿Qué sucede al morir? La pregunta es bastante amplia y requiere respuestas en muchos niveles. Dios conoce todas las respuestas, pero no las ha revelado todas. Sin embargo, él ha revelado todo lo que necesitamos saber. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová, nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre” (Deuteronomio 29:29). Podemos estar seguros de las respuestas que Dios ha revelado en la Escritura. Todo lo que la Biblia enseña sobre la muerte es absolutamente cierto.

Algunos de nosotros podemos tener alguna experiencia con la muerte. Quizá hemos estado al lado de la cama de amigos o familiares que han muerto. En un instante estábamos hablando con ellos, y luego se fueron. Nosotros no vemos lo que experimentan después. Lo único que podemos ver es un cuerpo sin vida y la reacción de la gente. Podría haber un intento desesperado por resucitar a la persona. Podría haber una gran tristeza o paz y calma. Podría haber una reacción combinada mientras el creyente lucha con el dolor causado por la separación de su ser querido y, sin embargo, goza por fe de la certeza que el alma de esta persona descansa segura y confortablemente con Jesús.

¿Qué sucede cuando uno está muriendo? ¿Qué significa afrontar una larga lucha con una enfermedad terminal? Usted podría tener miedo. Podría negar que esté sucediendo. Podría hasta enojarse o deprimirse, o finalmente podría aceptar el hecho de que está muriendo. Pero aun así, podría preguntarse: ¿Cómo sería morir repentina e inesperadamente, como en un accidente violento o en un plácido sueño? ¿Cómo es el morir? ¿Cómo es el momento mismo de la muerte?

¿Podemos realmente saber cómo es el morir antes de experimentarlo? Un cardiólogo con bastante experiencia en reanimación de pacientes escribió: “Al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, ¡la muerte no duele!”. Cuando el corazón de sus pacientes paraba, los consideraba clínicamente muertos. Algunas veces, luego de la reanimación cardiopulmonar (RCP), sus corazones se ponían en marcha de nuevo. El doctor observó:

Extrañamente, la gente que ha muerto no parece temer el momento de la muerte de nuevo. Y sin embargo, pacientes que no han experimentado la muerte parecen temerle más, aunque ninguno de ellos parece expresar temor del juicio, ¡lo cual es lo que más ha atemorizado a aquellos que han estado más allá de las puertas de la muerte!¹

Nosotros no consideramos que este médico tenga razón acerca del momento de la muerte en todos los casos. Pero podemos estar de acuerdo con su afirmación general que la gente debiera estar más preocupada respecto del juicio de Dios. Hebreos 9:27 dice: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. En efecto, ese juicio permanecerá eternamente, es decir, que es una cuestión de “vida eterna” o “castigo eterno” (Mateo 25:46).

La gente que es creyente en Jesús como su Salvador del pecado, no necesita temer a la muerte. Estamos seguros que Jesús, nuestro Salvador y Buen Pastor, estará con nosotros todo el camino. Nos podemos unir a David diciendo: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tu estarás conmigo” (Salmo 23:4).

Para los creyentes, la muerte es sólo un sueño. Antes que Jesús resucitara a la hija de Jairo, dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta sino dormida” (Marcos 5:39). Jesús dijo lo mismo sobre otro creyente que iba a resucitar de la muerte. “Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo” (Juan 11:11). De la misma manera, la Escritura habla sobre el rey David. “Y a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió y fue reunido con sus padres, y vio corrupción” (Hechos 13:36). La muerte es sólo un sueño porque seremos levantados de la muerte. El apóstol Pablo, siendo inspirado por Dios, escribió:

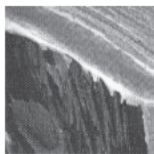
Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (1 Tesalonicenses 4:13-15)

Escudriñemos las Escrituras para comprender lo que Dios nos ha revelado sobre la muerte, el juicio, y los dos únicos posibles destinos después de la muerte: el cielo o el infierno. Jesús describe el cielo y el infierno y resume su juicio final, cuando dice en Mateo 25:46: “Irán estos [los incrédulos] al castigo eterno y los justos [los creyentes] a la vida eterna”. El infierno es *castigo eterno*; el cielo es *vida eterna*. *Eterno*

significa “para siempre”. Esto debería llamar la atención de todos. Cuando nuestro tiempo haya terminado aquí en la tierra, cada uno de nosotros pasará la eternidad en el cielo o en el infierno.

Aunque merezcamos el castigo eterno del infierno por causa de nuestros pecados, Dios ha abierto la puerta a la vida eterna en Jesús. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Que Dios bendiga el estudio de su Palabra.



1

Definición de la muerte

Nosotros no nacemos con un conocimiento claro sobre la muerte. La suposición más natural es que siempre permaneceremos vivos. La experiencia de la vida tampoco provee mucha información sobre la muerte. Sin embargo, sí tenemos respuestas puntuales a muchas preguntas que pudiéramos tener sobre la muerte, ya que Dios revela en su Palabra, la Biblia, todo lo que debemos saber acerca de la muerte. Escudriñemos las Escrituras para entender mejor qué es la muerte y por qué muere la gente.

¿Cuál es el origen de la muerte?

Si la muerte no parece natural, hay una buena razón para ello. El propósito de Dios no fue crear a Adán y Eva para morir. Los creó para ser perfectos y sin pecado. Les dio vida. Ellos no tenían ninguna razón para esperar la muerte, siempre

y cuando permanecieran perfectos y sin pecado.

En el huerto de Edén, Dios dio a nuestros primeros padres un lugar maravilloso y perfecto para vivir. Dios les dio en abundancia comida y bebida. Dios les dio grandes bendiciones, incluyendo compañerismo para que se amaran mutuamente, y perfecta comunión con él. Dios les dio la oportunidad de alabarlo y adorarlo, obedeciendo su único mandamiento: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:16,17). El mandamiento era claro, así como lo era el castigo. Desobedecer el mandato de Dios sería pecado el cual traería la muerte.

El resto es historia bíblica. Satanás usó una serpiente para tentar a Eva, y luego a Adán, para que desobedecieran el mandato de Dios. Ellos desobedecieron a Dios y cayeron en pecado. Muchas consecuencias terribles siguieron. Dios le dijo al hombre: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3:19). En otras palabras, Adán y Eva morirían. Por causa del pecado, volverían al polvo, es decir, que el pecado trajo la muerte.

En primer lugar, el pecado trajo la *muerte espiritual*, ya que Adán y Eva se encontraron separados del consuelo y del gozo perfecto del compañerismo con su amoroso y santo Creador. Se sintieron culpables y temerosos, y se escondieron de Dios cuando se acercó a ellos guiándolos al arrepentimiento. Más tarde también Adán y Eva experimentarían la *muerte física*. Pero mucho antes que eso sucediera, Dios los llamó guiándolos al arrepentimiento. Él no quería que sus preciosas criaturas experimentaran la muerte eterna. Por eso, Dios prometió el Salvador del pecado, que traería salvación y vida eterna. El Señor dijo: “Pondré enemistad entre ti [Satanás] y

la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón” (Génesis 3:15). Ese Salvador prometido pondría enemistad y odio entre los creyentes y el diablo, al traer él a la gente de nuevo a Dios. Él heriría la cabeza del diablo, venciendo su poder y sus planes malvados. No obstante, el Salvador sufriría dolor en ese proceso.

La traducción de la Reina-Valera no está completamente clara en este versículo. Una traducción más literal del hebreo original sería: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; *él* te herirá en la cabeza, y tú herirás a *él* en el talón”. La simiente masculina de la mujer que aplastaría la cabeza del diablo y que sería lastimado es Jesús. La promesa de Dios se cumplió cuando Jesús murió en la cruz y obtuvo el perdón de todos nuestros pecados.

¿Quién muere?

Todos estamos sujetos a la *muerte física*. Romanos 5:12 explica: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Adán y Eva pasaron el pecado a sus descendientes. Puesto que todos somos descendientes de Adán y Eva, todos hemos heredado el pecado. El pecado trae consecuencias, entre las cuales está la muerte: “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Tanto Adán y Eva, como sus descendientes murieron. Es triste leer estas palabras de la Escritura: “Así que Adán vivió novecientos treinta años, y murió.... los días de Set fueron 912 años, y murió.... los días de Enós fueron 905 años, y murió” (Génesis 5:5-11). Este estribillo continúa: “Y murió... y murió...” Y así ha continuado hasta el día de hoy. Si el mundo no se acaba pronto, usted y yo también moriremos.

¿Qué sucede al morir?

Eclesiastés 12:7 nos da una clara y concisa respuesta a la pregunta sobre qué sucede al morir. “El polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio”. En este pasaje, el *polvo* se refiere al cuerpo. Al morir, el polvo, es decir, el cuerpo físico, regresa a la tierra. Dios explicó esto después de la caída en el pecado. “Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3:19). El Salmo 90:3 alaba a Dios por tener el poder y la potestad de decidir cuándo vamos a morir. “Vuelves a convertir en polvo al hombre y dices: ‘¡Convertíos, hijos de los hombres!’”.

Aun antes de que el cuerpo comienza a mostrar signos de decadencia y de regresar al polvo, “y el espíritu [es decir, el alma] vuelve a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). Una persona muere cuando el alma se separa del cuerpo. A esto llamamos *muerte física*. Muerte física es *la separación de alma y cuerpo*.

¿Qué es el alma?

Puede ser difícil tratar de explicar y definir qué es el alma. Un estudio cuidadoso de muchos pasajes de la Biblia revela que el alma es una parte invisible de nosotros que Dios creó. El alma es la contraparte del cuerpo. Cuando estamos físicamente vivos, estamos compuestos de un cuerpo y un espíritu. Nosotros podemos ver el cuerpo, pero no podemos ver el alma. El alma le da vida al cuerpo. Es el centro de nuestra inteligencia (intelecto), nuestros deseos (voluntad), y nuestros sentimientos (emociones). A medida que estudiemos sobre la muerte aprenderemos más acerca del alma. El alma no muere, es decir, que es inmortal. Cuando usted muere, usted es su alma. Usted sale de su cuerpo. Por lo tanto

podemos decir que su alma es su vida, ya sea que esté en el cuerpo o fuera de él (después de la muerte).

La muerte física también es llamada *muerte temporal* porque es la separación del alma y de las bendiciones temporales de Dios. Cuando morimos, nosotros, es decir, nuestras almas, dejan este mundo atrás. Dejamos nuestros cuerpos y todas nuestras pertenencias. A veces la gente se da cuenta de esto demasiado tarde.

Nuestro Salvador habló en una parábola acerca de un hombre rico que fue bendecido con una gran cosecha. Él pensó que podía conservar todo para él mismo. Pensó que podía guardarlo por muchos años. “Pero Dios le dijo: ‘Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será?’” (Lucas 12:20). Dios le pidió su alma, es decir que tenía que morir esa misma noche. Cuando su alma abandonara su cuerpo, estaría muerto. La enseñanza de la parábola de Jesús, se basa en el conocimiento cierto que cuando el hombre rico muriera, tendría que dejar todas sus pertenencias atrás. Esto hace que mucha gente tema a la muerte. La muerte nos separa de muchas cosas que nos son familiares en este mundo. Nos separa de las bendiciones temporales de Dios, las bendiciones que vemos durante nuestra vida.

Los creyentes no necesitamos temer a la muerte. Inclusive podemos desear morir. El apóstol Pablo, siendo inspirado por Dios, escribió en 2 Corintios 5:8: “Pero estamos confiados, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor”. Los creyentes pueden estar confiados, y aun preferir estar ausentes del cuerpo. Estamos ausentes del cuerpo cuando, en el momento de la muerte, nuestra alma se separa del cuerpo. Nosotros los creyentes preferimos eso porque así estaremos en casa con el Señor. Nosotros (nuestras almas) estaremos con él en el cielo.

Entonces, como resumen, Santiago 2:26 dice: “El cuerpo

sin espíritu está muerto”. Un cuerpo sin alma está muerto. La Biblia define la muerte física (temporal) como la separación del alma del cuerpo. Esta no es una condición permanente. Permanece sólo hasta la resurrección del cuerpo en el día final, cuando el cuerpo y el alma se reunirán de nuevo.

¿Es la muerte el fin del alma?

Cuando pensamos en la muerte, podríamos pensar en un cadáver dentro de un ataúd. Como escribió Santiago: “El cuerpo sin espíritu está muerto” (2:26). Pero, ¿qué pasa con el alma? ¿También está muerta? No, el alma definitivamente no muere, sino que sigue con vida. Jesús dice en Mateo 10:28: “No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. La gente puede matar el cuerpo, inclusive, la gente malvada a veces le hace cosas terribles al cuerpo. El cuerpo es mortal y está sujeto a la decadencia en la muerte. Pero la gente no puede matar el alma ya que el alma es inmortal. Por lo tanto, nosotros los creyentes no debiéramos tener miedo de aquellos que nos persiguen. Ellos podrían ser capaces de hacer cosas terribles a nuestros cuerpos, pero nuestras almas vivirán eternamente en el cielo. Si le vamos a temer a alguien, temámosle a Dios, quien es capaz de destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno. Esa destrucción es “eterna perdición” (2 Tesalonicenses 1:9). Nunca termina. El alma nunca deja de existir.

El alma es muy preciosa y valiosa, porque vive para siempre, incluso después que esta vida se acabe. Jesús plantea la pregunta: “¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?” (Marcos 8:36). Así como vimos en la parábola del hombre rico, usted no puede llevar consigo las riquezas terrenales cuando muere. Es más importante estar seguro que su alma va a estar en el cielo por toda la eternidad, que ser rico aquí en la tierra. Perder el alma significa ser

condenado al infierno.

En el siglo primero, los creyentes fueron perseguidos. Algunos sufrieron muertes terribles como mártires. Podría parecer que el cristianismo era una causa perdida. Sin embargo, el apóstol Juan recibió una visión sorprendente del Señor. Él escribió: “Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4). ¡Él vio las almas de los mártires en el cielo! Las almas no mueren, viven para siempre.

¿Es la muerte el fin del cuerpo?

El cuerpo, como cualquiera lo sabe, está sujeto a la muerte y a la descomposición. No tenemos que hablar de lo que sucede específicamente en la tumba. El cuerpo poco a poco se reduce a polvo y cenizas. Esto podría parecer el final del cuerpo, pero no lo es. Jesús dice: “No os asombréis de esto, porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28,29). Habrá una resurrección del cuerpo en el día final. Jesús resucitará a todos los muertos. Los creyentes son aquellos que han hecho lo bueno. Ellos vivirán para siempre en el cielo con cuerpo y alma. Los incrédulos son aquellos que han hecho lo malo. Ellos serán condenados al infierno, donde permanecerán eternamente en cuerpo y alma.

Los creyentes del Antiguo Testamento, sabían que los muertos resucitarían. Daniel 12:2 dice: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua”. Aun en el Antiguo Testamento, el Señor describió la muerte como un sueño porque los cuerpos de los muertos despertarán de nuevo a la vida. Los creyentes irán a la vida eterna. Los no creyentes irán a la vergüenza y desprecio eternos. Los

creyentes del Antiguo Testamento esperaban la resurrección. Uno de ellos escribió: “Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19: 25-27).

Esta reflexión le trajo consuelo a Job en medio de su sufrimiento. Él sabía que al final, su Salvador se levantaría sobre la tierra. Job sabía que mucho tiempo después de haber muerto, después de desecha su piel, resucitaría. Él anhelaba ese día cuando vería a Dios con sus propios ojos, en su propio cuerpo (carne) glorificado. ¡Que fe tan grande la que Dios le había dado a Job que le permitió decir esto a pesar de todo su dolor y agonía!

¿Qué es la muerte espiritual?

Por lo general, cuando hablamos de la muerte, nos referimos a la muerte física, cuando el alma se separa del cuerpo. Pero también hay una *muerte espiritual*. Esa fue la que, Adán y Eva, experimentaron el mismo día que pecaron. Ellos sintieron la separación espiritual de Dios, por lo cual querían esconderse. El teólogo luterano, el Dr. Siegbert Becker, explicó el concepto erróneo generalizado que se tiene de la muerte:

A causa de que el hombre es tan propenso a identificar la muerte con la no-existencia, con la inconsciencia, es pertinente señalar que esto es un error. Según la Escritura, Adán murió el día que comió del fruto prohibido. Aterrorizado y escondiéndose en los arbustos del huerto, él fue separado de todas las bendiciones espirituales que habían sido suyas en la comunión jubilosa con Dios en la que fue creado.²

También Adán y Eva pasaron la muerte espiritual a sus descendientes. El apóstol Pablo escribió: “Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y

pecados. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Efesios 2:1, 4, 5). Nosotros nacimos muertos en pecado, al lado opuesto de Dios. Pero Dios nos dio vida en Cristo. Nos trajo a la fe en nuestro Salvador. Colosenses 2:13 dice: “Y a vosotros, estando muertos en pecados... os dio vida juntamente con él”. Fíjese que Dios hizo todo el trabajo para salvarnos y darnos la fe en Jesús. Nosotros no podíamos hacer nada, pues estábamos muertos.

Así que, la muerte espiritual es *la separación del incrédulo de las bendiciones espirituales de Dios*. Los incrédulos están espiritualmente muertos. Aun nosotros llegamos a este mundo espiritualmente muerto. Pero si alguien permanece espiritualmente muerto, eventualmente la muerte física lleva a esa persona a otra categoría de muerte.

¿Qué es la muerte eterna?

Las personas que mueren en la incredulidad no sólo están espiritual y físicamente muertas, sino que también entran a la *muerte eterna*. La muerte eterna es *la separación del incrédulo de las bendiciones eternas de Dios*. Jesús será el juez el día del juicio. Ese día dirá a todos los incrédulos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Ellos no irán al cielo ni gozarán de la bendición y gracia eternas de Dios. Nunca conocerán el favor de Dios, sino que por siempre serán separados de su gracia.

Jesús dijo esto más de una vez. Él dice en Mateo 8:12: “Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”. Él hace énfasis en la separación de la presencia de la gracia de Dios con las palabras: “echados a las tinieblas de afuera”. Por medio del relato del hombre rico y Lázaro, sabemos de una gran

división, “un gran abismo” entre el cielo y el infierno, “de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá” (Lucas 16:26).

En el libro de Apocalipsis, oímos sobre una segunda muerte, que es la muerte eterna. “La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (20:14). El siguiente capítulo describe a los incrédulos que están condenados a la muerte eterna. “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (21:8). Esta segunda muerte no es el fin de la existencia, como veremos, sino que es el castigo eterno.

Por lo tanto, la muerte eterna es la separación de las bendiciones eternas de Dios por toda la eternidad. Finalmente, Dios condenará a todos los incrédulos al castigo eterno en el infierno, en donde siempre permanecerán separados de la gracia y bendición de Dios.

Muerte = Separación

<i>muerte física</i>	la separación del alma del cuerpo
<i>muerte espiritual</i>	la separación del incrédulo de las bendiciones espirituales de Dios
<i>muerte eterna</i>	la separación del incrédulo de las bendiciones eternas de Dios

¿Qué es nuestro tiempo de gracia?

Sólo tenemos una oportunidad para evitar la condenación en el infierno. Nosotros nacemos en el camino al infierno. Si dependiera de nosotros mismos, sólo seguiríamos en ese camino. Esta vida es nuestra única oportunidad para escuchar las buenas nuevas de Jesús, para ser llevados a la fe por el poder del Espíritu Santo, y para ser salvados de la

condenación eterna por causa de nuestros pecados. Siendo que esta vida es nuestra única oportunidad, la llamamos nuestro *tiempo de gracia*.

Nuestro tiempo de gracia termina al momento de nuestra muerte física o en el día del juicio, cualquiera que llegue primero. Hebreos 9:27 afirma muy claramente: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. Y eso es todo. Esta vida es nuestra única oportunidad para oír el evangelio y ser hechos creyentes. Después de eso, será demasiado tarde. Así, el apóstol insiste, diciendo: “Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Corintios 6:2). La siguiente estrofa de un himno refleja la urgencia de la invitación de Dios en el evangelio:

Nuestra vida acabará, cual las hojas caer
Cual el haz se ligará: busca a Dios.
Vuela cada día veloz y volando da su voz:
“Ven a dar tu cuenta a Dios.”
Busca a Dios; busca a Dios; busca a Dios; busca a Dios;
Entre tanto tengas tiempo, busca a Dios. (Celebremos su
Gloria [CSG] 307:1)

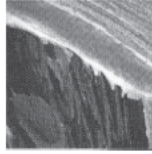
Esta vida es nuestra única oportunidad para hablarles a nuestros hijos o nietos, acerca de Jesús. Es nuestra única oportunidad de hacer la obra misionera. ¡Saquémosle el máximo provecho! De hecho, esta es la razón principal por la cual el día del juicio aún no ha llegado. Jesús dijo: “Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). Hay una razón por la cual el día final pareciera estar demorado. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

¿Cómo ven los creyentes la muerte?

Si bien la muerte no es un pensamiento agradable, no tenemos nada que temer de ella. Jesús la experimentó antes de nosotros. Él cumplió la obra de pagar por nuestros pecados en la cruz y luego “entregó el espíritu” (Juan 19:30). Él realmente murió. Su alma se separó de su cuerpo y se fue para estar con su Padre celestial hasta el domingo de la Pascua. Cuando Jesús se levantó de entre los muertos, su alma y cuerpo, se unieron de nuevo. La muerte de Jesús ha expiado completamente nuestros pecados. Su resurrección nos asegura que él satisfizo la voluntad de Dios y obtuvo el perdón para todos nosotros. Por medio de la fe en él, iremos al cielo.

Por consecuencia, no tenemos que temer la muerte. Cuando Esteban murió como mártir, él oró confiadamente: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Incluso Pablo anhelaba morir, escribiendo que él tenía el “deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Es muchísimo mejor abandonar esta vida y estar con Jesús en el cielo. Dios inspiró al apóstol Pablo para escribir acerca de esto en una de sus cartas a los corintios: “Pero estamos confiados, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor” (2 Corintios 5:8). Los creyentes cantan:

Y cuando llegue al fin
Mi vida terrenal,
Tú me guiarás.
Líbrame de inquietud,
Sé mi camino tú
A la mansión de luz
Y eterna paz. (Culto Cristiano [CC] 237:4).



2

Sólo hay dos destinos después de esta vida: el cielo o el infierno

¿A qué se parece su alma? ¿Es como a un fantasma con la forma de su cuerpo? La respuesta más sencilla es que no se parece a nada. Su alma es invisible. No podemos verla así como no podemos ver a los ángeles que nos protegen.

Sin embargo, en una visión especial, el apóstol Juan dice: “Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4). De alguna manera, Dios hizo posible que el apóstol Juan viera las almas de los mártires en el cielo. En esa visión celestial, las almas de estos mártires no solamente fueron visibles para Juan, sino también reconocibles. Debieron haber parecido como la gente que murió.

Los ángeles son parecidos a nuestras almas, en el sentido que también son invisibles. Todos los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán

herederos de la salvación” (Hebreos 1:14). Puesto que ellos son espíritus invisibles, no podemos ver a los santos ángeles sirviéndonos y protegiéndonos.

Sin embargo, la Biblia revela que en algunas ocasiones las personas pudieron ver a los ángeles. El Señor le permitió al criado de Eliseo ver los huestes celestiales protegiéndolos. (2 Reyes 6:17). En el relato familiar de navidad, los pastores vieron a ángeles (Lucas 2:9-14). En las visiones registradas en el libro de Apocalipsis, Juan en varias ocasiones vio a ángeles. Aunque los ángeles son invisibles, Dios hizo posible que la gente los viera.

El alma también es invisible. No la podemos ver. Pero eso no significa que no está ahí. El alma es real. Nosotros estamos seguros de esto, aunque no la podemos ver. Nosotros sabemos esto por fe en la Palabra de Dios. Hebreos 11:1 dice: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”.

Si pudiéramos ver el alma de una persona salir del cuerpo al momento de morir, seguramente sabríamos el momento exacto cuando la persona murió. Sin embargo, esto no lo podemos ver. Aun si pudiéramos, no seríamos capaces de ver a dónde se fue. Aun si pudiéramos ver el alma, todavía no podríamos saber lo que necesitamos que la Escritura nos diga. La Biblia nos dice a dónde va el alma al morir.

¿A dónde va el alma al morir?

En el capítulo anterior, aprendimos que al morir, “el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). Esto no significa que a cada alma le es permitido disfrutar de la vida eterna en el cielo. Hebreos 9:27 dice: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. El alma abandona el cuerpo al morir e inmediatamente es juzgada por Dios.

Ciertamente Jesús sabía esto. Después de haber expiado el

pecado, Jesús dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo, pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:15,16). Jesús quiere que todos oigan las buenas nuevas de salvación. Quiere que todos conozcan el camino al cielo, porque todos serán juzgados. En ese juicio, la gente que creyente en él como su Salvador por haber sido bautizados serán salvados, y la gente que no creyente en él será condenada.

El pasaje más conocido en toda la Escritura nos revela esta misma verdad. Jesús revela el maravilloso plan de salvación de Dios en Juan 3:16-18:

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

Jesús dijo que todo el creyente en él tendría vida eterna. Cualquiera no creyente en él, perecería. De hecho, tal persona “ya ha sido condenada” (Juan 3:18), al igual que un creyente ya es salvo (Efesios 2:8).

Jesús reveló a dónde va el alma al morir, cuando habló sobre el hombre rico y Lázaro (Lucas 16:19-31). Cuando Lázaro murió, “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (versículo 22). Su alma fue al cielo. Cuando el hombre rico murió, su cuerpo “fue sepultado” y su alma apareció repentinamente “en el Hades estando en tormentos” (versículos 22,23). Por lo tanto, al morir, el alma de una persona va al cielo o al infierno.

Las almas de los incrédulos van inmediatamente al infierno

Lo que nuestro Salvador dijo sobre el hombre rico y Lázaro nos enseña mucho. Nos hace bien estudiarlo cuidadosamente. El Dr. Siegbert Becker escribió:

Aquellos que consideran el concepto de castigo eterno como desagradable, como los Testigos de Jehová, acostumbran sostener que este pasaje no puede ser usado para demostrar la existencia de un lugar de tormento eterno, ya que es una parábola. En respuesta a eso, en primer lugar se puede decir que la Biblia nunca dice que se trata de una parábola, y que bien puede ser un relato de un evento con el que Jesús se dio a conocer debido a su omnisciencia.

Además, la historia no se ajusta al modelo de las parábolas. Los personajes de las parábolas no tienen nombres. En cambio, hablan de “un hombre en particular”, “el buen Samaritano”, “un Fariseo”, “un recaudador de impuestos”, “un granjero”, etc. Pero el mendigo, en este caso, tiene nombre. Más aún, las parábolas están relacionadas con situaciones comunes que ocurren en el diario vivir. Sembrar semillas, hornear el pan, vender perlas, recoger uvas, heredar dinero, celebrar matrimonios, pescar: Estas son la clase de cosas de las que habla una parábola. Por esa razón, las parábolas son definidas con frecuencia como historias terrenales con un significado celestial. La tan conocida parábola del hombre rico y Lázaro, difícilmente se ajusta a este patrón. Es más una historia celestial, o una historia del mundo venidero, con un significado terrenal.

Finalmente, aun si la historia es una parábola, esto no nos daría razón para decir que se trata de pura fantasía. Normalmente, las parábolas hablan sobre cosas que realmente ocurren. Las parábolas no son fábulas en las que las plantas y los animales, son personificados. Por tanto, podemos ciertamente ver la “parábola”, tan mencionada, del hombre rico y Lázaro, como una descripción de cosas que sucedieron en la vida real.³

Del relato del hombre rico, aprendemos que al morir, el

alma de un incrédulo llega inmediatamente al infierno. El infierno es un lugar de gran tormento. No es un territorio neutral de espera. Mientras él estaba en el infierno, el hombre rico (su alma) experimentó dolor. Parte de su sufrimiento fue darse cuenta que iba a estar separado del gozo del cielo para siempre. No le fue dado ningún alivio de su sufrimiento, ni siquiera una gota de agua. Él quiso prevenir a sus hermanos de no llegar también a este lugar de tormento, porque la historia humana continuaba mientras que él estaba en el infierno. Pero esta solicitud también fue negada. Su actitud no cambió en el infierno. En su arrogancia, él aún miraba a Lázaro como un súbdito. Aún tenía una opinión baja de la Palabra de Dios. Aún quería tener el control. Pero ya no tenía ningún poder.

Al morir, el alma del incrédulo va al infierno. Jesús dice claramente: “El que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Ciertamente, en el día de juicio, Jesús condenará al infierno a todos los incrédulos (alma y cuerpo, después de la resurrección). Las almas de los incrédulos van al infierno inmediatamente.

Alguna vez, antes que saliera de la tumba, el domingo de Pascua, Jesús anunció su victoria a las almas en el infierno. Primera de Pedro 3:18-20 dice:

Asimismo, Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; y en espíritu fue y predicó a *los espíritus encarcelados*, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca.

Jesús no le dio a esos espíritus una segunda oportunidad, sino que les anunció su victoria. Colosenses 2:15 revela el misterio que después que Jesús “despojó a los principados y a las autoridades... los exhibió públicamente, triunfando sobre

ellos en la cruz”. El descenso a los infiernos de Jesús fue como un desfile de victoria. Esto les reveló a todos sus enemigos que él había triunfado.

Sin duda, el diablo y sus ángeles, deben ser incluidos en la lista de sus enemigos en el infierno. El diablo y sus ángeles, están condenados al infierno porque pecaron contra Dios. La Biblia claramente dice: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio” (2 Pedro 2:4). Estos ángeles fueron creados santos pero pecaron contra Dios; por consiguiente, él los envió al infierno. Y allí están esperando el juicio. Judas 6 comparte plenamente esta idea cuando dice: “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día”.

El diablo y sus ángeles, han sido condenados al infierno, y toda la gente que siga los caminos de él también será condenada allí. Judas 7 revela que el diablo y sus ángeles no son los únicos que están sufriendo el castigo eterno. “También Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra la naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.”.

Esta es una lección muy importante para nosotros, porque vivimos en una época en la que los principios morales se están erosionando rápidamente. La gente insiste en que tienen derecho de hacer lo que Dios prohíbe. Sodoma y Gomorra, fueron particularmente culpables por el pecado de la homosexualidad, que Dios considera como una perversión pecaminosa. Aun el hombre rico en el infierno estaría de acuerdo en que aquellos que viven en pecado sin arrepentimiento deben ser advertidos. Estos no son estilos de vida neutrales o alternativos. La falta de arrepentimiento de

los pecados conduce a que la fe salga del corazón. La Palabra de Dios declara que tendrán que pagar en el infierno. Antes que sea demasiado tarde que todos sean guiados al arrepentimiento y sean vueltos a Jesús, para recibir el perdón.

Las almas de los creyentes van inmediatamente al cielo

Aquellos que son creyentes en Jesús como su Salvador del pecado pueden esperar la vida eterna. *Al morir el creyente, su alma va inmediatamente al cielo.* Mientras Jesús estaba crucificado, uno de los ladrones que también estaba crucificado le fue cambiado de corazón. En el transcurso de ese día, el Señor lo llevó a la fe salvadora. El hombre dijo: “Acuérdate de mi cuando vengas en tu Reino” (Lucas 23:42). Jesús conocía el corazón de este hombre y que ahora tenía fe. Por eso le dijo: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (versículo 43). Él estaría con Jesús en el paraíso desde ese mismo día. Aparentemente el ladrón no había llevado buena vida. Sin embargo, mientras moría, fue convertido a la fe en Jesús. Él moriría ese día, y a partir de ese mismo momento estaría con Jesús en el cielo.

Cuando Lázaro murió, “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (Lucas 16:22). Los ángeles lo acompañaron al cielo, donde fue “consolado” (versículo 25). Los creyentes van al cielo cuando mueren. Allí encuentran consuelo, paz, y descanso. Isaías 57:1,2 dice: “Perece el justo, pero no hay quien piense en ello. Los piadosos mueren, pero no hay quien comprenda que por la maldad es quitado el justo; pero él entrará en la paz. Descansarán en sus lechos todos los que andan delante de Dios.” A veces, los creyentes mueren jóvenes para ser librados de las consecuencias malignas del pecado en este mundo. Al morir, estos creyentes van directamente al cielo y entran en paz y hallan descanso.

En ocasiones los problemas, las dificultades, y las tristezas, de este mundo pecador son tan grandes que los creyentes

derraman lágrimas. Cuando los creyentes van al cielo, Dios limpia esas lágrimas. Apocalipsis 7:17 dice: “Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”. Y Apocalipsis 21:4 concuerda diciendo: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron”. El antiguo orden de pecado y sus consecuencias, pasarán cuando lleguemos seguros al cielo.

Por lo tanto, podemos decir que para un creyente la muerte es una bendición en Jesús, así como confirma la Escritura: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... Descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13). Los creyentes están sujetos a todo tipo de sufrimiento, que puede incluir dolor físico y emocional, dificultades económicas y persecución. Sufrir es muy difícil. Es por eso que el apóstol Pablo anhelaba estar en el cielo. Él escribió: “Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial” (2 Corintios 5:2). No muchos versículos después, Pablo repitió esta idea: “Pero estamos confiados, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor” (versículo 8). En otro lugar, escribió que estaba dispuesto y deseaba apartarse de esta vida, morir, y entrar al cielo, porque esto es mejor que esta vida. “[Tengo] deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23).

Cuando Esteban el mártir estaba muriendo, él sabía que tan pronto como muriera, su alma estaría con Jesús. Así: “Mientras lo apedreaban, Esteban oraba y decía: ‘Señor Jesús, recibe mi espíritu’” (Hechos 7:59).

Estas son palabras maravillosas para los cristianos al morir. Cuando mi abuelo estaba muriendo, él repetía una oración similar. Al igual que muchos otros cristianos antes que él, y primeramente su Salvador, mi abuelo encomendó su alma al cuidado de nuestro amado Dios, diciendo: “Padre, en tus

manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Quizá algún día, yo tendré la misma oportunidad de hacer esa oración. Aunque realmente, millones de creyentes lo hacen cada noche cuando oran:

Ahora que me acuesto a dormir;
Ruego a ti, Señor, que mi alma guardes.
Si me muero antes de despertar,
Ruego a ti, Señor, mi alma tomes. (Traducción libre del inglés.)

Aunque esta oración fue compuesta para niños, también es muy buena para que los adultos la digan. ¿Nos consideramos demasiado viejos para orar de esta manera? Jesús dijo: “De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Marcos 10:15). Tenemos confianza como niños y encomendamos nuestras almas al cuidado de nuestro amado Señor.

¿Tiene la gente una segunda oportunidad después de la muerte?

Hemos aprendido que, al morir, el alma de una persona va al cielo o al infierno. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Ningún creyente desearía una segunda oportunidad luego de experimentar el gozo de la vida eterna en el cielo. No obstante, un incrédulo que está condenado al infierno, rogaría por una segunda oportunidad. Sin duda, al hombre rico que estaba en el infierno le hubiera gustado poder empezar de nuevo. Sin embargo, no tuvo una segunda oportunidad.

Nadie recibe una segunda oportunidad. La Palabra de Dios dice: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Ese juicio es final. No hay apelación ya que el juicio de Dios siempre es correcto y él lo sabe todo.

Una vez en el infierno, nadie puede cruzar al cielo. Hay una “gran sima” entre el cielo y el infierno, y nadie puede cruzar del infierno al cielo o viceversa (Lucas 16:26). Jesús se refirió al infierno como “castigo eterno” por una razón (Mateo 25:46), permanece para siempre.

¿Qué tal el purgatorio?

La iglesia católica romana no está de acuerdo en que el cielo y el infierno, son los dos únicos destinos después de la vida. El *Catecismo de la Iglesia Católica* declara que hay un purgatorio.

Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. La Iglesia llama *Purgatorio* a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha formulado la doctrina de la fe relativa al Purgatorio sobre todo en los Concilios de Florencia y de Trento.⁴

Otro libro de doctrina católica romana revela claramente la enseñanza de la iglesia católica romana en una forma de preguntas y respuestas.

¿Qué es Purgatorio? El Purgatorio es un lugar en donde las almas sufren por un tiempo, después de la muerte, por causa de sus pecados.

¿Qué almas van al Purgatorio? Las almas que van al Purgatorio son aquellas que abandonan esta vida en pecado venial; o que no han pagado completamente la deuda del castigo temporal de esos pecados, de los cuales la culpa ha sido perdonada...

¿Cómo estamos en comunión con las almas del Purgatorio? Estamos en comunión con las almas del purgatorio, ayudándolas con nuestras oraciones y buenas

obras.⁵

Este mismo texto define un pecado venial como “una culpa que no mata el alma, aunque desagrade a Dios”.⁶

Un ex-miembro católico romano dijo en nuestra clase de instrucción de adultos que un sacerdote local le dijo claramente a su congregación en una homilía: “Creo que voy a ir al purgatorio, así como también ustedes”.

Por muchos siglos la iglesia católica romana también ha hablado de otros dos destinos después de la muerte: el limbo de los padres y el limbo de los hijos. El limbo de los padres es para “ciertas almas que murieron antes de la redención”, es decir, antes de que Jesús muriera en la cruz. Fueron “detenidas en un lugar de felicidad temporal, esperando la apertura del cielo por nuestro Señor”.⁷ El limbo de los hijos es para “niños no bautizados que mueren antes de tener uso de razón y además, para personas mentalmente impedidas que nunca tuvieron uso de razón”.⁸ Durante los últimos años, la enseñanza del limbo ha decaído dentro de la iglesia católica romana. Teólogos católicos señalan que, aunque la iglesia católica ha declarado oficialmente el purgatorio como una doctrina, nunca lo hizo con el limbo. Éste, aunque por siglos enseñado y creído por los católicos romanos, fue considerado oficialmente sólo como una “teoría teológica” que ahora se está descartando.

La Biblia no enseña la existencia del purgatorio, del limbo, o de cualquier otro lugar, entre el cielo y el infierno. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, se refiere a la práctica no bíblica de oración por los muertos, como una razón para enseñar que hay un purgatorio.⁹ A través de los años, los teólogos católicos romanos han intentado apelar a unos pocos pasajes de la Biblia para justificar la idea de un purgatorio, pero ninguna de ellas enseña que después de esta vida hay un purgatorio o limbo.

No solamente no hay base para enseñar que hay algún lugar más que el cielo o el infierno a donde van las almas, sino que enseñar que existe tal lugar está en conflicto con pasajes claros de la Biblia. No existe ninguna red de seguridad entre el cielo y el infierno. Jesús dice: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). No hay necesidad de un sitio como ese, porque “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Lutero se dio cuenta que el purgatorio estaba basado en un sistema de salvación por obras. Él escribió desde su propia experiencia personal como ex-católico romano: “Algunos pensaban que nunca saldrían del purgatorio, porque de acuerdo con los antiguos cánones a un solo pecado mortal se le adjudicaban siete años de penitencia. Sin embargo la confianza fue colocada en las obras de satisfacción de hombres.”¹⁰

Basar la salvación en nuestras buenas obras, ya sea total o parcialmente, es completamente equivocado. Romanos 3:20 declara: “Por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado”. Nadie llegará al cielo tratando de obedecer la ley, ya que ésta sólo revela nuestros pecados y no puede salvarnos de ellos. Por lo tanto, “concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley (versículo 28). Y podemos reunir muchos pasajes de la Biblia para probar que no somos salvos por nuestras buenas obras. Gálatas 2:16 afirma claramente: “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado”. Gálatas 3:11 dice: “Y que por la Ley nadie se justifica ante

Dios es evidente, porque ‘el justo por la fe vivirá’”. Y Efesios 2:8,9 pone de manifiesto cómo se salva una persona: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”.

¿Qué tal la reencarnación?

Hoy en día muchos hablan de la reencarnación como si fuera verdad. En esencia, la reencarnación es la idea de que cuando una persona muere el alma sigue en un cuerpo diferente o se convierte en una nueva forma de vida. De acuerdo con esta manera de pensar, uno podría llegar a ser una persona diferente, un animal, o incluso un insecto en la vida siguiente. Hoy en día, muchas personas hablan sobre lo que hicieron en una vida pasada. Esta idea de tener “vidas pasadas” y “vidas futuras”, es reencarnación. Se ha convertido en una idea tan común, que incluso algunos miembros de la iglesia se preguntan si esto podría ser verdad. Pero no lo es.

La idea de la reencarnación se originó en el hinduismo, aunque otros antiguos filósofos paganos también parecían tener interés en estas ideas. No es difícil ver que la imaginación de la gente podría llevarlos al concepto de reencarnación. La gente no quiere dejar de existir; quieren una segunda oportunidad. Pareciera tener sentido que usted pudiera tener una segunda oportunidad, quizá siendo alguien o algo más. Pero la reencarnación es una peligrosa falsa enseñanza. Está en conflicto con las claras enseñanzas de la Biblia. Hebreos 9:27 declara: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. El hombre rico y Lázaro, no se convirtieron en insectos ni aves, y tampoco se convertirá así ningún otro ser humano. Al morir, las almas van al cielo o al infierno. El folleto doctrinal *En esto creemos* expresa una breve evaluación escritural de la reencarnación, basada en Hebreos 9:27. “Rechazamos la enseñanza de que las almas de las personas que han muerto regresan a la tierra en otros cuerpos

(reencarnación).”¹¹

¿Qué tal el universalismo?

El universalismo es la falsa idea de que al final todo el mundo va al cielo. Esta falsa enseñanza es muy común hoy entre los teólogos más liberales. La gente expresa el universalismo cuando dicen “él es más feliz ahora”, después que un incrédulo ha muerto. A la gente le gusta pensar que sus amigos y miembros de su familia fallecidos han ido a un lugar mejor. Si ellos resultan ser creyentes en Jesucristo, sí van al cielo. Pero si no fueron creyentes cuando murieron, es falso afirmar que están en un mejor lugar. La Biblia de ninguna manera sustenta la noción que Dios finalmente llevará a todos al cielo.

En el Antiguo Testamento, leemos lo que pasará al final: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). En el Nuevo Testamento, Jesús dice: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16).

Sólo Dios conoce lo que hay en el corazón de una persona. Tenemos que remitirnos a la confesión de fe de una persona, la cual incluye sus palabras y acciones. Si no tenemos razón para pensar que el fallecido era un creyente, realmente no debiéramos decir que él o ella fueron a un lugar mejor. Pero si no estamos seguros que alguien murió en incredulidad, tampoco debiéramos decir que la persona fue al infierno. Cuando las cosas son dudosas, es mejor ser muy cautelosos con nuestras palabras. Los cristianos no deben inducir a la gente a pensar que al final todos van al cielo.

Juan el Bautista dijo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). Jesús es el único camino al cielo. Él mismo dice: “Yo soy el camino, la

verdad y la vida; nadie viene al padre sino por mí” (Juan 14:6). Hechos 4:12 dice: “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Jesús es el único Salvador de este mundo.

Con base en estos pasajes de la Biblia, el folleto *En esto creemos* proporciona el siguiente resumen claro:

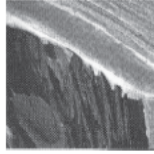
Rechazamos el universalismo, es decir, la creencia que todos se salvan, aun aquellos que no tienen fe en Cristo (Juan 3:36). Rechazamos el pluralismo, es decir, la creencia que hay otros caminos que conducen a la salvación aparte de la fe en Cristo (Juan 14:6; Hechos 4:12). Rechazamos cualquier enseñanza que sostenga que no importa lo que uno crea, siempre y cuando tenga fe en Dios.¹²

Solamente en Cristo, solamente en él

La salvación se encuentra en él

No hay otro nombre dado a los hombres;

Solamente en Cristo, solamente en él. (CSG 328:1)



3

El momento de la muerte y experiencias cercanas a ella

Una y otra vez sucede en las salas de urgencia de los hospitales de todo el mundo. Una ambulancia trae un paciente que necesita atención médica inmediata. Médicos y enfermeras, se apresuran para tratar de ayudar, pero de repente aparece una línea recta en el monitor del corazón. No tiene pulso. El corazón se ha detenido. Ellos frenéticamente intentan resucitar al paciente. ¿Habrán muerto ya? ¿Cuánto tiempo más intentarán resucitarlo? Eventualmente, el corazón puede comenzar a latir nuevamente, o los médicos y enfermeras cesarán sus esfuerzos para salvar la vida de la persona. Si el paciente no responde después de cierto período de tiempo, tienen que admitir que el paciente ha muerto. ¿Pero qué tan largo es ese período de tiempo? ¿Cuándo están seguros de que el paciente ha muerto?

Desde una perspectiva humana, ¿cuál es el momento de la muerte?

El instante mismo en el que alguien muere, se llama momento de la muerte. Pero, ¿qué tan claro es el momento de la muerte desde la perspectiva humana? ¿Lo podemos saber con certeza? ¿Qué signos vitales puede uno revisar para determinar el momento de la muerte?

En tiempos pasados, cuando la tecnología médica no estaba tan avanzada, parecía bastante simple. Si una persona dejaba de respirar y no tenía pulso, la persona se consideraba muerta. Cuando ya no había respiración o latidos del corazón, los médicos podían estar seguros que el paciente había muerto.

De cierto modo, inclusive hoy en día, estos dos indicadores claves señalan el momento de la muerte. Sin embargo, ahora la tecnología permite respiración artificial e incluso ayuda con la circulación (los latidos del corazón), de modo que los médicos ahora ven la función cerebral como el indicador clave de la muerte. La más reciente tecnología médica con frecuencia puede ser una gran bendición, pero esto sin duda ha hecho mucho más difícil determinar el momento de la muerte.

En años pasados, la muerte significaba el cese de los signos vitales—latidos del corazón y respiración. Ahora los médicos entienden que la muerte es un proceso, en lugar de un evento. La vida continúa aun después que los latidos del corazón y la respiración se detienen. Un choque eléctrico puede forzar los músculos del corazón a funcionar de nuevo, y la respiración artificial puede reiniciar el proceso de respiración... Dado que las distintas partes del cuerpo mueren en diferentes momentos, los científicos y filósofos, todavía están debatiendo acerca de cuándo se produce la muerte. Por lo general, el cerebro muere sólo después de cuatro minutos sin suministro de oxígeno suficiente en la sangre. Sin embargo, los riñones pueden permanecer “vivos” durante 30 minutos, y la córnea de los ojos por cerca de 6 horas.... Ahora muchos expertos argumentan que la muerte ocurre cuando muere el cerebro.

Los médicos han acuñado el término “muerte cerebral” para esta condición, con la que se refieren a daños irreversibles del cerebro, demostrado por la falta de actividad muscular espontánea... y un electroencefalograma (EEG) plano, por más de 30 minutos. (Un EEG mide la actividad de las ondas cerebrales.) A partir de este estado, nadie ha sido revivido.¹³

Nadie, es decir, excepto aquellos que realmente han resucitado de los muertos.

Lázaro fue resucitado después de haber estado muerto y sepultado por cuatro días (Juan 11:38-44). Jesús se levantó de la muerte al tercer día (1 Corintios 15:3,4). No había duda de que Lázaro y Jesús, realmente murieron. Hay alguna duda de que las personas que son resucitadas hoy en día, realmente “murieron”. Un médico lo expresa de esta manera:

Tanto los acontecimientos de la muerte como sus etapas son debatibles. También es debatible el tiempo escogido para detener nuestros esfuerzos para recobrar la vida de una víctima. La muerte clínica (reversible) se dice que ocurre cuando el corazón se detiene y la respiración cesa; la muerte biológica (irreversible) ocurre cuando todos los tejidos se degeneran más allá de cualquier función; la muerte legal ocurre cuando el cuerpo no responde adecuadamente a los esfuerzos de reanimación.¹⁴

Sistemas médicos artificiales para mantener la vida

Cuando un paciente está conectado a equipos médicos artificiales para mantenerlo con vida, los médicos incluso podrían comenzar a preguntarse si el paciente aún está vivo. Las familias agobiadas, también podrían tener que afrontar el dilema de si lo mantienen conectado o no. En la vida real, esta puede ser una pregunta muy difícil. Es prudente considerar las preguntas relacionadas con la ayuda artificial caso por caso. Si usted alguna vez se encuentra en esta difícil situación, trate de obtener tanta información como le sea posible del médico y

busque el consejo de su pastor. Hay algunos principios básicos que podemos extraer de la Palabra de Dios, aplicables a esta pregunta de si continuar o no con la ayuda artificial para poder vivir.

Una consideración muy importante es el *motivo*. ¿Por qué alguien quisiera suspender la ayuda artificial? Nosotros no tenemos el derecho para determinar el momento cuando otros deben morir. Dios nos ha dado el Quinto Mandamiento: “No matarás” (Éxodo 20:13; también Mateo 19:18; Marcos 10:19; Lucas 18:20; Romanos 13:9). Si alguien desea terminar o acabar con la vida de otro, eso es un motivo pecaminoso.

Aun si alguien está sufriendo mucho, nosotros no tenemos el derecho de involucrarnos en lo que se llama “la muerte piadosa”, es decir, la eutanasia. Si un esposo amoroso mata a su esposa porque ella está sufriendo de cáncer, aun esto es un asesinato pecaminoso. Aunque su intención fuera evitarle el sufrimiento, él no tiene ningún derecho de terminar con la vida de ella. Dios dice: “No matarás”.

Sólo Dios tiene el derecho de decidir cuándo debe morir una persona. El dice: “No hay dioses conmigo; yo hago morir y yo hago vivir” (Deuteronomio 32:39). Ese es un principio básico para tener presente al momento de tomar decisiones cuando se esté acercando el fin de la vida. Nosotros no podemos decidir cuándo debe morir la gente. A veces nos toca decidir sobre el nivel de tratamiento que deben recibir. Sin embargo, su vida siempre está en las manos de Dios.

A veces la gente habla como si tuviera el derecho de decidir cuándo ellos mismos pueden morir. Pero no lo tienen. Sólo Dios tiene ese derecho. Si una persona está sufriendo de cáncer y no quiere sufrir más, esa persona no tiene el derecho de terminar con su propia vida. Nadie tiene el derecho de suicidarse. Aunque el movimiento “derecho a morir” afirma que cada persona tiene ese derecho, Dios estrictamente lo prohíbe. El suicidio es un pecado contra el Quinto

Mandamiento. “No matarás” a ti mismo.

Los creyentes desean que Dios decida cuándo la gente debe morir. Esto podría sonar obvio, pero cuando consideramos interrogantes sobre la ayuda artificial, en ocasiones, aun los cristianos podrían verse tentados a olvidarlo. Un creyente debe repetir con el salmista: “Mas yo en ti, Jehová, confío; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos” (Salmo 31:14,15). ¡Nuestros tiempos están en las manos de Dios!

Una persona que comete suicidio, insistiendo en el derecho de determinar su propio tiempo y términos de muerte, parece estar diciendo: “No confío en ti, Señor. Tú no eres mi Dios. Mis tiempos están en mis propias manos.” Eso es totalmente contrario a lo que decía el salmista. Esta actitud no es resultado de la fe, sino de la incredulidad. Con certeza nosotros no queremos morir en incredulidad.

El cáncer y otras enfermedades son terribles. No debemos atrevernos a subestimar cuán difíciles pueden ser las enfermedades terminales. Éstas se encuentran entre las más horribles consecuencias del pecado. Pero, no importa que tan horribles sean, nosotros nunca tenemos el derecho de disponer de nuestra propia vida.

Eutanasia activa y pasiva

El término *eutanasia* viene de la palabra griega “la buena muerte”. La *eutanasia activa* es asesinato; es terminar la vida humana por intervención directa. Un ejemplo es cuando un esposo concluye que su esposa ha sufrido lo suficiente y la mata. Ya sea que use una almohada para ahogarla o una inyección letal para envenenarla, aun así, es asesinato ante los ojos de Dios. La *eutanasia pasiva* es más sutil porque se trata de ser pasivo (no activo) con el sufrimiento de un paciente. Un ejemplo es tratar de acelerar la muerte retirando los alimentos y bebidas, de manera que el sufrido paciente muere más rápidamente de hambre.

Fundamentos bíblicos

1. Sólo Dios tiene el derecho de terminar la vida de los seres humanos.*

2. No tenemos el derecho de decidir cuándo nosotros u otros deben morir.

(*Él sí autoriza a un gobierno a hacer guerras justas y a ejercer la pena capital. Vea la explicación bíblica de los Cuarto y Quinto Mandamientos en el Catecismo de Lutero)

Algunas aplicaciones de estos principios.

Ya que hemos examinado cuidadosamente los dos principios básicos de la Palabra de Dios escritos anteriormente, saquemos algunas aplicaciones sobre situaciones del fin de la vida.

1. Si se nos pide determinar el nivel de atención de salud en una situación del fin de la vida, nuestro papel no es decidir cuándo otros deben morir. Esa decisión se la dejamos a Dios.
2. Nuestro papel es usar el mejor asesoramiento, información, y juicio cristiano, para determinar el nivel apropiado de tratamiento médico, basados en la que pareciera ser la voluntad de Dios en este caso.
3. No debemos tratar de poner fin a la vida antes que sea la voluntad de Dios.
4. No debemos tratar de prolongar la vida más allá de la voluntad de Dios.
5. Dios puede mantener viva a la gente sin necesidad de ayuda médica, si es su voluntad.
6. Dios puede poner fin a la vida de las personas, aun si tienen ayuda artificial, si esta es su voluntad.
7. A veces puede que no haya una clara respuesta en

cuanto a si cierto nivel de cuidado médico, debe ser mantenido o terminado.

8. Es esencial que tomemos cada caso con el motivo adecuado. Como cristianos debemos recordar que la vida de estas personas está en las manos de Dios. Queremos que su voluntad sea hecha.

No siempre es incorrecto retirar la ayuda artificial o inclusive una sonda para alimentarse. Como una regla básica elemental, deseamos mantener una sonda para el alimento porque suple la necesidad humana básica de comida y bebida para un paciente. Sin embargo, puede haber una excepción inclusive para esa regla básica elemental. Por ejemplo, una sonda de alimentación puede ser retirada si el cuerpo de una persona ya no es capaz de digerir la comida. En ese caso, sería inútil o incluso perjudicial seguir usándola. Las máquinas para la respiración (ventiladores, respiradores) pueden ser muy útiles para ayudar a que las personas respiren mientras se recuperan de alguna incapacidad para respirar normalmente. Si el paciente no recupera su respiración normal, una decisión muy difícil debe ser tomada.

Debemos buscar la mejor información que podamos con los profesionales médicos. Un pastor puede proporcionar consejos útiles, guiado por la Palabra de Dios. Los creyentes deben permanecer enfocados en el principio básico de que *sólo Dios tiene el derecho de decidir cuándo un paciente debe morir*. Un creyente orará: “Mas yo en ti, Jehová, confío; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos” (Salmo 31:14,15). El tiempo de nuestros seres queridos también está en sus manos.

Así como no debiéramos buscar terminar la vida antes del propósito de Dios, tampoco debiéramos buscar prolongar la vida más allá de su propósito. En ocasiones no es muy claro qué es lo que debemos hacer. En caso de duda, tenga presente

que la vida de una persona está en las manos de Dios. Él puede mantener a esa persona viva sin ayuda artificial, si así lo desea. Así mismo, puede poner fin a la vida de una persona aun si está recibiendo alguna clase de ayuda artificial. Por lo tanto, nunca debemos pensar que estamos en la posición de decidir cuándo debe morir un paciente. Esa decisión la toma Dios. Si se nos pide, solamente estamos en capacidad de determinar el tipo de tratamiento médico que el paciente debe recibir.

Después de buscar la mejor información posible de un médico y el mejor consejo de nuestro pastor, nos hará bien orar: “La vida de esta persona está en tus manos, Señor”. Esta es la manera apropiada de abordar estas decisiones difíciles. Dios siempre tiene el control. Después de todo esto, la decisión podría ser la de retirar el respirador y dejar a la persona en las manos de Dios. Si los profesionales de la medicina retiran lentamente al paciente del respirador, puede suceder que éste continúe respirando por algún tiempo. Podrían ser minutos, horas, días, o inclusive años.

Muchos de nosotros aún podemos recordar el caso de Karen Ann Quinlane en los años 70. Ella se mantuvo viva con ayuda artificial después de caer en coma por una sobredosis de droga y alcohol. Sus padres querían retirarle la ayuda artificial, pero debían tener el permiso del gobierno en la corte. Día tras día la batalla legal aparecía en las noticias. Finalmente, los padres de Karen obtuvieron el permiso. Pero algo sorprendente ocurrió cuando la ayuda le fue retirada. Ella no murió. Karen continuó viviendo por nueve años más.

Dios puede mantener la vida con su poder si no está dispuesto a que una persona muera. Eso no quiere decir que debemos ser negligentes acerca de estas decisiones difíciles, sino que debemos hacer cualquier decisión, pensando: “Mas yo en ti, Jehová, confío; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos.” (Salmo 31:14,15).

Desde la perspectiva de Dios, ¿cuál es el momento de la muerte?

Dios siempre sabe cuál es el momento de la muerte. El momento de la muerte siempre es claro desde la perspectiva de Dios. Eclesiastés 12:7 dice: “El polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio”. Dios conoce el preciso momento en el que el alma abandona el cuerpo. Desde la perspectiva de Dios, el momento de la muerte es cuando finalmente el alma deja el cuerpo. “El cuerpo sin espíritu está muerto” (Santiago 2:26). Si pudiéramos ver y saber lo que Dios ve y sabe, nunca dudaríamos si una persona murió o no.

¿Qué podemos decir sobre las experiencias cercanas a la muerte (ECM)?

El Dr. Raymond A. Moody Jr. pudo haber inventado la frase “experiencia cercana a la muerte”, en 1975, cuando afirmó en su libro *Life after Life (La vida después de la vida)*, que hay una “similitud sorprendente” entre los relatos de estas experiencias, aunque “no existen dos de ellas que sean precisamente idénticas”. Él describió una típica experiencia cercan a la muerte de la siguiente manera:

Un hombre está muriendo y, a medida que alcanza el punto de mayor angustia física, escucha que su doctor lo declara muerto. Empieza a oír un ruido molesto, un timbre, o zumbido fuerte, y al mismo tiempo siente que se mueve muy rápidamente por un largo túnel oscuro. Después de esto, repentinamente se encuentra fuera de su propio cuerpo físico, pero aún en su entorno físico inmediato, y ve su propio cuerpo desde la distancia, como si se fuera un espectador. Él observa el intento de reanimación desde este inusual lugar estratégico y entra en un estado de conmoción emocional.

Después de un tiempo, se calma, y se acostumbra más a su extraña condición. Observa que todavía tiene un “cuerpo”,

pero uno con naturaleza y poderes muy diferentes de los del cuerpo físico que había dejado atrás. Pronto otras cosas empezaron a ocurrir. Otros vienen a encontrarlo y ayudarlo. Vislumbra los espíritus de familiares y amigos que ya habían muerto, y un amoroso y cálido espíritu de una clase que nunca antes había encontrado—un ser de luz—aparece ante él. Este ser le hace una pregunta, no verbal, para hacerle evaluar su vida a la vez que le ayudaba a mostrarle una panorámica, una reproducción instantánea de los acontecimientos más importantes de su vida. En algún momento, se encuentra acercándose a una clase de barrera o frontera, representando aparentemente el límite entre la vida terrenal y la próxima vida. Sin embargo, considera que debe regresar a la tierra, porque el tiempo de su muerte aún no ha llegado. En este punto se resiste, porque se ha interesado en su experiencia después de la muerte y no quiere regresar. Está sobrecogido por sentimientos intensos de gozo, amor, y paz. Sin embargo a pesar de su postura se vuelve a reunir con su cuerpo físico y vive.

Luego intenta contárselo a los demás, pero tiene problemas haciéndolo. En primer lugar, no puede encontrar palabras humanas adecuadas para describir estos episodios sobrenaturales. También se da cuenta que los otros se burlan, por lo que deja de contárselo a otras personas. Sin embargo, la experiencia afecta su vida tan profundamente, especialmente su punto de vista sobre la muerte y la relación de ésta con la vida.¹⁵

El Dr. Moody sólo describe experiencias agradables en su libro, que no lo considera como una omisión. Dos años después (1977), el Dr. Moody escribió: “Sigue siendo cierto que en la cantidad de material que he reunido, nunca nadie me ha descrito una situación como modelo del infierno.”¹⁶

El año inmediatamente después (1978), el Dr. Maurice S. Rawlings discrepó fuertemente. Como cardiólogo tratando con pacientes coronarios, Rawlings tuvo “muchas oportunidades de reanimar personas que han muerto

clínicamente” y reportó que “una entrevista inmediatamente después que los pacientes han revivido, revela que hay tantas experiencias buenas como malas”.¹⁷ Él escribió:

Déjeme enfatizar nuevamente que contrario a lo que dicen la mayoría de casos publicados sobre la vida después de la muerte, no todas las experiencias de la muerte son buenas. ¡El infierno también existe! Después de darme cuenta de este hecho, comencé a recoger relatos de casos no tan agradables que otros investigadores aparentemente habían omitido. Esto ha pasado, pienso, porque los investigadores, normalmente siquiátras, nunca han *reanimado* a un paciente. Ellos no han tenido la oportunidad de estar en este tipo de escena. Según mis estudios, las experiencias desagradables han resultado ser por lo menos tan frecuentes como las agradables.¹⁸

Él describe un suceso clave, en el que un hombre de 48 años entró en paro cardíaco y murió en su oficina. El corazón del hombre se había detenido. El Dr. Rawlings y las enfermeras iniciaron el tratamiento médico de emergencia para volver a poner a funcionar su corazón. Eventualmente, podría funcionar de nuevo, y luego detenerse. “Cada vez que recuperaba los latidos del corazón y la respiración, el paciente gritaba: ‘¡Estoy en el infierno!’ Estaba aterrorizado y me suplicaba que le ayudara. Me asustó bastante... Me aterró lo suficiente como para escribir este libro.”¹⁹ Cuando el doctor le preguntó al paciente sólo un par de días después sobre lo que había visto en el infierno, él ya no pudo recordar la experiencia.²⁰

El libro de Rawlings revela que no todas las comúnmente llamadas experiencias cercanas a la muerte son cálidas, alegres, de luz, paz, y gozo. Muchos pacientes parecen experimentar algo como el infierno. Con el tiempo, el Dr. Rawlings empezó a leer la Biblia para aprender más sobre el infierno y cómo evitarlo.

La descripción de Rawlings de una típica experiencia cercana a la muerte es, en muchos sentidos, similar a la del Dr. Moody, excepto que Rawlings insiste en que el nuevo “entorno puede ser inexplicablemente maravilloso, con frecuencia una pradera, o una bella ciudad; o podría ser inexplicablemente horrible, con frecuencia una prisión subterránea o una enorme cueva”.²¹ Curiosamente, Rawlings agrega: “No conozco de alguna experiencia fuera del cuerpo ‘buena’ que hayan resultado del suicidio”.²²

Cuando consideramos las experiencias cercanas a la muerte, debemos preguntarnos si realmente esas personas experimentan o no el cielo o el infierno. Pero para contestar eso, necesitamos saber si efectivamente murieron. El Dr. Rawlings explica:

La muerte reversible (o muerte clínica), es la clase de muerte que es potencialmente recobable mediante la puesta en marcha del corazón y los pulmones. El cerebro y los tejidos vitales principales, aún no han muerto; cuando el cerebro y los tejidos vitales mueren, la muerte irreversible (o muerte de tejidos) ha ocurrido. La reanimación de la muerte reversible ciertamente no debe ser confundida con la resurrección de la muerte irreversible. ¡La una requiere preparación; la otra, un milagro!²³

En otras palabras, estas personas en realidad no han experimentado la resurrección de la muerte. Entonces, ¿han muerto verdaderamente?

No todos los pacientes resucitados tienen estas experiencias. El Dr. Rawlings afirma que “de aquellos que se recuperan de la muerte por el restablecimiento de los latidos del corazón y la respiración, sólo alrededor del 20 por ciento hablan de experiencias más allá de la vida”.²⁴ Otras investigaciones indican “que entre el 27 y el 42 por ciento de los pacientes resucitados reportan una ECM”.²⁵ Y de ese grupo, Rawlings afirma que aproximadamente la mitad tiene

experiencias buenas y la otra mitad malas.²⁶

Entonces, ¿realmente estas personas están experimentando el cielo o el infierno? O, ¿es más probable que estas experiencias sean causadas por la reacción de la mente al intenso estrés de la muerte?

La Dra. Susan Blackmore describe la experiencia común cercana a la muerte como “el último intento del cerebro”; pues ella cree que es “un truco psicológico, interpretado por el cerebro moribundo en la conciencia, a fin de disminuir el trauma al morir.”²⁷

Si ella tiene razón, podría estar relacionado con experiencias fuera del cuerpo, en las que las personas sienten que se separan y dejan su cuerpo físico. Parecen ser capaces de verse a ellos mismos y lo que está pasando desde un lugar fuera de sus propios cuerpos. Esto es muy difícil de entender y explicar, pero lo he oído de un creyente quien me lo describió, y no sabía qué hacer con eso (tampoco yo). “Sin embargo, las experiencias fuera del cuerpo no están necesariamente asociadas con la aparición de la muerte. Ellas han sido reportadas después de un golpe en la cabeza, durante un período de inconsciencia, en el sueño, o en momentos de un agudo estrés mental o físico.”²⁸

Las descripciones de otros casos como éste concuerdan con el que estoy familiarizado. Es difícil distinguir estos casos de telepatía mental o de percepción extrasensorial (PES). El Dr. Siegbert Becker admitió que podría ser...

... que hay poderes dentro de la mente humana que todavía no son completamente comprendidos, pero que les permiten a ciertas personas trascender los límites de espacio y tiempo... Los científicos que se ven confrontados con la evidencia de tales episodios, generalmente los explican como la demostración de la existencia de cómo son todavía poco entendidas las capacidades mentales, que son naturales pero paranormales.²⁹

¿Alguna vez ha tenido una sensación de *déjà vu*? Si es así, ¿cómo lo entendió? Hay explicaciones elaboradas para esto, pero la verdad es que realmente nadie lo sabe. ¿Podiera ser que las experiencias cercanas a la muerte, que la gente le parece recordar, son similares?

Algunos expertos afirman que las experiencias, de la gente, cercanas a la muerte parecen estar afectadas por la religión y la cultura.³⁰ Si ese es el caso, ¿algunas de estas experiencias podrían estar relacionadas con la imaginación o los sueños? “Algunos investigadores han sugerido que es simplemente un fenómeno neurofisiológico, de la hábil y elaborada programación mental.”³¹

¿Estas experiencias podrían ser el resultado de lo que pasa cuando el cerebro muere por etapas? Algunas partes del cerebro que sobreviven más tiempo, podrían producir experiencias imaginarias y alucinaciones para compensar la falta de entrada de información sensorial. Hay explicaciones elaboradas de por qué el cerebro podría tener imágenes de un túnel, pero ¿cómo puede alguien ser testigo de su propia resucitación?

El Dr. Blackmore sugiere que, en ese estado de “agonía”, la mente está privada de sus niveles sensoriales de entrada habituales y comienza a hacer preguntas. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? En un intento para responder estas preguntas, regresa a la memoria. Usando la información almacenada en su banco de memoria, como imágenes de una habitación de un hospital y procedimientos médicos, crea una visión de lo que cree que es la realidad. Como la audición es el último sentido en deteriorarse, esta visión de la realidad también puede incorporar alguna entrada de sonido “real”. El Dr. Blackmore es el primero en admitir que esta teoría no explica las afirmaciones de investigadores, en las que dicen que algunos que han tenido experiencias cercanas a la muerte, son capaces de describir con gran detalle eventos y ambientes que no han visto o experimentado antes.³²

El Dr. Blackmore menciona específicamente que el oído es el último sentido en deteriorarse. Frecuentemente los pastores proclaman el evangelio a personas que están muriendo, aun si no hay una respuesta, entendiendo que el oído es uno de los últimos sentidos en partir. Nosotros esperamos que estas personas estén oyendo el evangelio salvador y consolador de Jesucristo, aun si no pueden indicar que lo están oyendo. Una persona en estado de coma incluso podría recordar conversaciones en la habitación. El Dr. Rawlings está de acuerdo en que: “Algunos que sobreviven a la muerte reversible recuerdan totalmente cualquier conversación que tuvo lugar en la sala durante su reanimación. Quizá es porque el oído es uno de los últimos sentidos en dejar el cuerpo al morir. Yo no sé...”³³

Observe cuidadosamente sus últimas tres palabras. No podemos estar seguros de todos los aspectos de estas experiencias, pero podemos estar seguros de todo lo que Dios nos dice en la Biblia, la cual nos dice que sólo unas pocas personas realmente resucitaron de la muerte. Éstas probablemente entran en una categoría diferente. Ninguna de las personas con experiencias cercanas a la muerte tuvo un electroencefalograma plano por más de 30 minutos. Pero, ese hubiera sido el caso de aquellos que realmente resucitaron de la muerte (si hubieran tenido esa tecnología).

La Biblia nos dice que nosotros como seres humanos tenemos dos partes cuerpo y alma, y sabemos que es posible para el alma existir separada del cuerpo. Sin embargo, normalmente asociamos esta separación con la muerte. La Biblia también dice que Satanás “se disfraza de ángel de luz” (2 Corintios 11:14). Si un incrédulo tiene una experiencia positiva cercana a la muerte y persiste en su incredulidad e impenitencia, sabemos que eso no proviene de Dios. Eso puede ser la obra del diablo. La Biblia no nos dice si Lázaro (Juan 11:43,44), la hija de Jairo (Marcos 5:41,42), el hijo de

la viuda de Naín (Lucas 7:14,15), o todos los santos que fueron resucitados el viernes santo (Mateo 27:52), alguna vez hablaron sobre sus experiencias de la separación del alma y del cuerpo, o incluso si podían recordar como sucedió. No obstante, leemos estas palabras de Cristo: “Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (Juan 3:13). A él debemos oír.

¿Qué sucede con las visiones del lecho de muerte?

De vez en cuando, pastores, miembros de la familia, y otros, que están con los moribundos pueden notar que algunas veces los cristianos parecen tener visiones celestiales justo antes de morir. Algunos, incluyendo este autor, han presenciado este fenómeno en el lecho de muerte de algunos cristianos. A medida que los creyentes se acercan al momento mismo de la muerte, de repente parecieran ver algo que nadie más podría ver, sonreír, y decir algo como: “¡Es tan hermoso y tranquilo!” justo antes de cerrar sus ojos y morir. O les podría parecer que ven a una persona, quizá un ángel, o a Jesús. Inclusive podrían preguntar si usted ve lo que ellos ven. Después de reflexionar por años en privado sobre este fenómeno, encontré la siguiente descripción que es consistente con lo que he presenciado:

“La visión del lecho de muerte”, del siglo 19, un fenómeno ampliamente reportado, fue examinada por investigadores de la época tanto como la ECM (experiencia cercana a la muerte) hoy en día. En ese tiempo, la mayoría de la gente moría en la casa rodeada por sus familiares... Frecuentemente, las familias comentaban que la persona muerta había descrito escenas de otro mundo antes de morir... Durante las visiones del lecho de muerte, a diferencia de las ECM, el paciente aún estaba vivo. Daisy [una niña cuyo caso fue descrito] dijo claramente que pudo ver a sus familiares vivos al lado de la cama y simultáneamente seres espirituales: “Yo puedo verlos a todos y los puedo ver allí al mismo tiempo”.³⁴

Tal vez, Dios les permite esto a los creyentes moribundos, como un estímulo adicional. No tenemos información segura sobre esto, pero sabemos lo que vio Esteban el mártir mientras moría. “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: ‘Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios’” (Hechos 7:55,56). Recibiendo esta genuina visión celestial, justo antes de morir, debió haber sido muy alentador para Esteban.

Quizá un poco más misterioso es el relato inspirado del apóstol Pablo, quien escribió acerca de una experiencia que él tuvo, pero que no entendió completamente:

Ciertamente no me conviene gloriarme, pero me referiré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar. (2 Corintios 12:1-4)

El tercer cielo es el mismo paraíso de estos versículos; nosotros diríamos simplemente: “el cielo”. Lo que Pablo describe es algo misterioso, pero es revelado en la Escritura para nuestro conocimiento. Cuando consideramos y nos preguntamos sobre las experiencias cercanas a la muerte y las visiones del lecho de muerte, podemos encontrar alguna dirección en las siguientes palabras inspiradas: “Si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe”. Si el inspirado apóstol Pablo no estaba seguro de esta situación, es aceptable para nosotros estar inseguros sobre algunos aspectos de las experiencias cercanas a la muerte o de las visiones del lecho de muerte. No debemos creer nada contrario a la Biblia, porque Dios nunca nos miente.

Es posible que no todos tengamos experiencias cercanas a la muerte o visiones del lecho de muerte, pero podemos estar agradecidos por la visión absolutamente confiable del cielo dada al apóstol Juan y registrada en la Biblia para nosotros:

Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos, y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. Clamaban a gran voz, diciendo: “¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!”

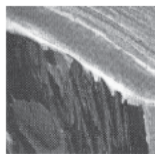
Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: “¡Amén! La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, la honra, el poder, y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!”

Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: “Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?”

Yo le dije: “Señor, tú lo sabes”.

Él me dijo: “Estos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y lo sirven día y noche en su templo. El que está sentado sobre el trono extenderá su tienda junto a ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno, porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.” (Apocalipsis 7:9-17).

Un día, nosotros los creyentes estaremos allí. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16).



4

El infierno: definición y términos bíblicos

Moisés y los profetas no escribieron el Antiguo Testamento en castellano, sino en hebreo y arameo. Los apóstoles tampoco escribieron el Nuevo Testamento en español, sino en el idioma griego. Cuando hoy en día nosotros leemos la Biblia, leemos traducciones. La traducción no es tan sencilla como tomar una palabra en hebreo y darle un término exactamente equivalente en español. En ocasiones, los idiomas originales tenían más de un término para un concepto que corresponde a una sola palabra en español. Es comúnmente sabido que el griego tiene más de un término para la palabra *amor*. De manera similar, no había solo un término en hebreo o griego, para la palabra *infierno*.

La Reina-Valera y la Nueva Versión Internacional, frecuentemente traducen como *infierno* tres palabras griegas:

gehenna, *hades*, y *tartarus*. El término hebreo *seol* a veces se refiere al infierno, pero la NVI siempre lo traduce como el *sepulcro* y la Reina-Valera simplemente como *seol*. El contexto de cada pasaje nos ayuda a determinar la forma en la que estos términos están siendo usados. En cuanto a *hades* y *seol*, a veces aun profesores conservadores de la Biblia no siempre están de acuerdo sobre las mejores formas de traducirlas.

Gehenna

El término griego *gehenna* aparece 12 veces en el Nuevo Testamento. Cada vez, tanto la Reina Valera como la NVI lo traducen como *infierno*. Cuando usted lee el término *infierno* en la Reina-Valera, puede estar seguro que proviene del término griego *gehenna*, con una sola excepción (2 Pedro 2:4). Esa excepción parece describir el infierno antes del día del juicio. *Gehenna* parece ser el término para infierno después del día del juicio.

Gehenna viene de los términos del Antiguo Testamento para “valle de ben hinón”, un valle al sur de Jerusalén. En este valle, la gente malvada sacrificaba a sus hijos (2 Reyes 23:10; 2 Crónicas 28:3). Con el paso del tiempo este valle llegó a ser conocido como el lugar donde Dios castigaría a los malvados (Jeremías 7:32; 19:6,7).

Jesús habló sobre el infierno más que cualquier otro en la Escritura. Dado que él es el Hijo eterno de Dios, puede hablar sobre el infierno con la máxima autoridad. En amor, él advierte a la gente sobre el terrible castigo del infierno. Jesús usó comúnmente el término *gehenna* para referirse al infierno. El dijo:

Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno [*gehenna*]. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala

y échala de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. [*gehenna*]. (Mateo 5:29,30)

Dios puede lanzar el cuerpo de una persona al infierno [*gehenna*]. Jesús está hablando sobre el infierno después de la resurrección en el día final. Él hace lo mismo en Mateo 10:28 cuando dice: “No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno [*gehenna*].”

Jesús advirtió a los fariseos y a los maestros de la ley que ellos iban camino al infierno. Él los reprendió tajantemente diciendo: “¡Serpientes, generación de víboras!, ¿cómo escapareis de la condenación del infierno?” (Mateo 23:33).

También leemos del infierno en las epístolas. Santiago 3:6 usa el término *gehenna* para infierno, cuando enseña sobre el control de la lengua. “Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.”

Hades/Seol

El término griego *hades* aparece diez veces en el Nuevo Testamento. Aunque la Reina-Valera simplemente translitera la palabra griega como *hades*, la NVI la traduce en diferentes formas. Cinco veces la traduce con la palabra *infierno*. Una de esas ocasiones es Lucas 16:23, donde es usada como el lugar donde el alma del hombre rico estaba atormentada. Nosotros sabemos que el hombre rico sólo tenía el alma en ese momento, porque su cuerpo había sido enterrado y sus hermanos aún estaban vivos.

También murió el rico, y lo sepultaron. En el infierno [*hades*], en medio de sus tormentos, el rico levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él. . . . “Entonces te ruego, padre, que mandes a Lázaro a la casa de mi padre, para que

advierta a mis cinco hermanos y no vengan ellos también a este lugar de tormento.” (Lucas 16:22,23,27,28 NVI)

Tres veces, la NVI la traduce como *el abismo* y dos veces lo interpreta como *el sepulcro*. La Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) por lo general usó el término griego *hades* para traducir el término hebreo *seol*. Estos dos términos tienen significados muy similares.

El término hebreo *seol* puede significar “el sepulcro”, “el reino de los muertos” o “el infierno”. El contexto de cada pasaje nos ayuda a entender cómo está siendo usado este término. En ocasiones, es difícil estar seguros de los matices precisos de este término. Aunque ni la Reina-Valera ni la NVI, nunca usan la palabra *infierno* para traducir el término hebreo *seol*, los dos pasajes siguientes ponen de manifiesto ejemplos en los que la palabra *seol* probablemente debió ser traducida como “infierno”: “Porque se ha encendido el fuego de mi ira, y arderá hasta las profundidades del *seol*; devorará la tierra y sus frutos, y abrasará los fundamentos de los montes” (Deuteronomio 32:22). “Si subieras a los cielos, allí estás tú; y si en el *seol* hiciera mi estrado, allí tu estás” (Salmo 139:8).

Dios está en todas partes, aun en los extremos más lejanos del cielo y del infierno. Ese parece ser el punto en el Salmo 139:8. Aunque los espíritus (almas) en el infierno están separados de la gracia y la bendición de Dios, él sigue siendo omnipresente aun en el infierno, justamente castigando a los malvados. El indicio de que *seol* en estos versículos debe ser traducido como “infierno” viene del contexto, donde hay un contraste muy marcado entre el cielo y el infierno.

Compare Mateo 11:23, en donde la traducción del término griego *hades* en la NVI, infortunadamente parece débil. En este versículo, hay un contraste muy marcado entre el cielo y el infierno. “Y tú, Capernaúm, ¿acaso serás levantada hasta el cielo? No, sino que descenderás hasta el abismo [*hades*]. Si

los milagros que se hicieron en ti se hubieran hecho en Sodoma, ésta habría permanecido hasta el día de hoy.”

El término *hades* también describe la base del poder del diablo. Jesús dijo: “Y yo también te digo que tu eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán” (Mateo 16:18). El poder del diablo no dominará la iglesia de todos los creyentes en Jesús. Él tiene el poder sobre el diablo, la muerte, y el infierno. Él dice: “Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:17,18).

En Apocalipsis 6:8, la muerte y el Hades, son descritos como si se tratara de personas: “Miré, y vi un caballo amarillo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía”. Claramente, la muerte y el Hades, están estrechamente relacionados. Nosotros sabemos qué es la muerte, pero ¿qué es el Hades? Apocalipsis 20:13,14 proporciona una clave: “El mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el Hades, fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.” El lago de fuego y la muerte segunda, son el infierno después del día del juicio. El Hades parece ser el lugar a donde van las almas de los incrédulos antes del día del juicio. Recuerden que este fue el lugar del hombre rico en el infierno. Siegbert Becker escribe en su comentario sobre el libro de Apocalipsis: “Se ha sugerido que tal vez el Hades (RV), “infierno (NVI), es el ‘infierno,’ comprendido como habitación de las almas de los incrédulos mientras existían separados del cuerpo, y que el lago de fuego es el ‘infierno’ como lugar de tormento eterno para el cuerpo y el alma. Esta explicación parece tan buena como cualquier otra.”³⁵

Tartarus

El último término griego para infierno, *tartarus*, sólo aparece una vez en el Nuevo Testamento. Realmente el Nuevo Testamento usa el verbo que significa lanzar en el *tartarus*. *Tartarus* es un término de la mitología griega para un abismo oscuro o profundo. Por inspiración, el apóstol Pedro adoptó este término y lo usó para referirse al infierno en 2 Pedro 2:4: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno [*tartarus*] y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio.” *Tartarus*, o el infierno, es el lugar a donde Dios envió a los ángeles malvados después de haber caído en pecado, para ser retenidos hasta el día del juicio.

Definición bíblica del infierno

Si buscamos en las Escrituras una definición de infierno, en repetidas ocasiones encontramos pasajes que hablan acerca de la separación eterna de la presencia amorosa de Dios. Jesús será el juez de toda la gente en el día final y él dice que condenará a los incrédulos: “Entonces les declararé: ‘Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!’” (Mateo 7:23). Las palabras “apartaos de mí” describen la separación eterna de la presencia amorosa de nuestro Salvador. Al final, los incrédulos “serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (8:12). No les será permitido disfrutar del cielo y de los placeres eternos. Serán echados afuera, en donde estarán separados eternamente del cielo.

En el día final, Jesús aparecerá. Los incrédulos, con razón, deben tener miedo, porque “entonces dirá también a los de la izquierda: ‘Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles’” (Mateo 25:41). Estas serán las peores palabras que alguien, alguna vez podría escuchar, cuando Jesús condene a los incrédulos diciendo:

“Apartaos de mí” para ser condenados en el “fuego eterno”.

Muchas personas dicen que el Dios de amor nunca podría condenar a nadie al infierno. Eso es falso. Aunque Dios es amoroso, también es justo. Observen la finalidad de estas palabras:

Es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, mientras que a vosotros, los que sois atribulados, daros reposo junto con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Estos sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder. (2 Tesalonicenses 1:6-9)

Una vez más, vemos la definición de infierno en las palabras “excluidos de la presencia del Señor.” Él llevará a cabo este justo castigo sobre todos los incrédulos, porque esto “es justo delante de Dios”. El hecho de que Dios es justo no es debatible, ni dudoso, ni incierto. Él castigará al malvado.

Jesús advierte a los incrédulos en repetidas ocasiones: “Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos” (Lucas 13:28). Las palabras “estéis excluidos” nos recuerdan que el infierno es la separación eterna de la presencia amorosa de Dios. Es lo totalmente opuesto al cielo.

Condenación

El infierno es la *condenación* de Dios, para aquellos que hacen lo malo. Jesús muy claramente revela quién será condenado: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Dios condenará a los incrédulos al castigo eterno. Ellos recibirán el juicio divino por su pecado e incredulidad. Jesús dice: “Pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” en el día

final (Juan 5:29). La condenación es el juicio justo de Dios sobre el pecado, y el castigo justo de los pecadores.

No se equivoquen acerca de esto. Todos merecemos la condenación de Dios porque todos somos pecadores. Nosotros heredamos el pecado de nuestros antepasados, desde Adán y Eva. No obstante, Jesús vino a rescatarnos de esta condenación. Nos salvó y nos dio la salvación como un don gratuito. “Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente, el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos lo hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida” (Romanos 5:16,18).

El resultado es claro y sencillo. Romanos 8:1 declara: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.” Gracias a Jesús, nosotros los creyentes no seremos condenados.

Pero los incrédulos serán condenados. Los falsos maestros incrédulos parecen prosperar en este mundo, pero serán condenados. Segunda de Pedro 2:3 dice: “Llevados por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya hace tiempo la condenación los amenaza y la perdición los espera.”

Judas 4, describe estos falsos maestros de una manera muy similar: “Algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.” Los medios de comunicación con frecuencia reportan los dichos de los falsos maestros. Ahora estos falsos maestros parecen ser muy influyentes y prósperos. Ellos afirman que Jesús fue sólo un hombre. Insisten en que la

homosexualidad es un estilo de vida aceptable. Nosotros siempre haríamos bien en recordar cómo cambiarán las cosas al final. Jesús será el juez de todo, y condenará a todos los incrédulos. Muchos falsos maestros prominentes serán revelados como incrédulos, y condenados.

Castigo

El infierno es castigo, no disciplina. Dios disciplina a aquellos que ama, dándoles una lección que podría ser dolorosa temporalmente. Sin embargo, Dios castiga a los incrédulos. En el día final: “irán estos al castigo eterno” (Mateo 25:46). El infierno no es un castigo temporal, como una pena en prisión, después de la cual el criminal podría ser liberado. El infierno es castigo eterno. La Escritura lo describe como: “el castigo del fuego eterno” (Judas 7).

“El infierno en la cruz”

Jesús sufrió el castigo que nosotros merecemos, cuando murió en la cruz como nuestro sustituto. Primero, llevó vida perfecta. Luego, nuestro Salvador fue a la cruz para sufrir y morir como sacrificio expiatorio por todos los pecadores. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). Mientras Jesús estaba pagando todo el precio de nuestros pecados, clamó a gran voz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Jesús estaba sufriendo el castigo de la ira de Dios contra el pecado. Incluso, Jesús fue abandonado por su Padre celestial a causa de nuestros pecados. Ese es el castigo del infierno. De esa manera, Jesús sufrió en la cruz el tormento del infierno.

Al pensar en lo que sufrió Jesús al ser crucificado, muchos piensan sólo en el dolor y la tortura física. Muchos criminales murieron de esa misma manera tan terrible. Lo que fue realmente único del sufrimiento de Jesús fue que también estaba sufriendo el castigo divino que merecemos por

nuestros pecados. En nuestro lugar fue abandonado por Dios. Nosotros no podemos entender esto. Pero gracias a Dios que esto sucedió. ¡Alabamos a Jesús por siempre, porque de esta manera pagó por nuestros pecados! Sufrió el tormento del infierno para que nosotros los creyentes nunca tengamos que hacerlo.

Los residentes del infierno

Hay muchos que tienen que sufrir en el infierno por siempre. Dios creó el infierno como el lugar de castigo para “el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Satanás y todos sus ángeles sufren la agonía del infierno por siempre. Dado que estos ángeles son espíritus, el castigo fue hecho particularmente para ellos.

Si “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio” (2 Pedro 2:4), tampoco perdonará a gente incrédula que sigue los malos caminos del diablo. Las almas de los incrédulos también sufren en el infierno. El alma del hombre rico fue al infierno tan pronto murió (Lucas 16:23).

Jesús dice: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Nosotros no debemos cuestionar ¿por qué Dios envía a los incrédulos al infierno? Debemos alabar a Dios por proveernos la salida al enviarnos a su Hijo, Jesús, para ser nuestro Salvador.

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. (Juan 3:16-18,36)

La ira de Dios permanece sobre los incrédulos que viven en pecado sin arrepentimiento. El apóstol Pablo, siendo inspirado por Dios, escribió: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios” (1 Corintios 6:9,10). La gente que vive en pecados como estos, sin arrepentimiento, se perderán.

Hoy, muchos hablan y actúan, como si esto no fuera a suceder. ¡No se engañen! La Escritura le advierte a todos: “Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Efesios 5:6). Los malvados e incrédulos desobedientes, permanecerán fuera del cielo. Serán residentes eternos del infierno. Apocalipsis 22:15 los describe como: “los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y practica la mentira.” Renunciamos y nos arrepentimos diariamente de nuestros pecados, confiando en el perdón de Cristo.

¿Dónde está el infierno?

De vez en cuando, la gente se pregunta dónde está el infierno. El infierno es un lugar, pero no lo podemos localizar en un mapa. El hombre rico en el infierno no deseaba que sus cinco hermanos fueran condenados a “este lugar de tormento” (Lucas 16:28). El infierno es un lugar de tormento. De alguna forma, Jesús fue allí antes de salir de la tumba el domingo de Pascua. Jesús descendió al infierno. La Palabra de Dios dice que “fue y predicó a los espíritus encarcelados” (1 Pedro 3:19). Jesús fue a ese lugar de tormento, el infierno. Pero ¿dónde está?

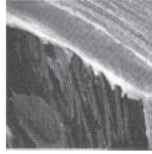
Algunas personas piensan en el infierno como si estuviera debajo de la tierra. Filipenses 2:10 nos dice: “Para que en el

nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra”. Muchos intérpretes consideran “debajo de la tierra” como una referencia a los habitantes del infierno. Sin duda, todos tendrán que reconocer que Jesucristo es el Señor y doblarán su rodilla. Esto también es cierto para aquellos que nunca quisieron que fuera el Rey y para los no creyentes en él. Sin embargo, este versículo no necesariamente ubica al infierno en un mapa. El punto es que toda rodilla debe doblarse ante Jesús.

Lo más seguro es aferrarse a la verdad de la Biblia, que dice que el infierno es un lugar donde el diablo, sus ángeles, y los incrédulos, sufren por siempre, no importa dónde esté. No debemos preocuparnos tanto por ubicar el infierno, como por evitarlo. Como creyente en Jesucristo como su Salvador del pecado, nunca tendrá que ir a ese terrible lugar de tormento.

Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia
Mi gloria y hermosura son;
Feliz me acerco al Padre eterno,
Vestido así de salvación.

Al responder al llamamiento
A estar feliz contigo allí,
Habrá de ser mi canto eterno:
“Moriste Tú, Jesús, por mí.”. (Culto Cristiano [CC] 218:1,4)



5

Descripción bíblica del sufrimiento en el infierno

¿Cómo es el infierno? En el último capítulo, vimos que el sufrimiento en el infierno implica estar separado de la gracia y la bendición de Dios. Todos los que están en el infierno están privados de los deleites del cielo. Sin embargo, el infierno implica un tormento aun más terrible. La Escritura describe el sufrimiento en el infierno con palabras muy vívidas.

Fuego

La Palabra de Dios habla con frecuencia del fuego eterno del infierno. Isaías 66:24 revela que el fuego del infierno no “se apagará”. Durará por siempre. Juan el Bautista lo llamó “fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:12). Nuestro Señor Jesús dice que todos los perversos serán echados en el “horno de fuego” (Mateo 13:42). En el día del juicio, Jesús será el juez. Él les dirá a los incrédulos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (25:41).

Una y otra vez, las Escrituras nos advierten que el castigo del fuego en el infierno nunca terminará. Por ejemplo, nuestro Salvador dice: “Si tu mano te es ocasión de caer, córtala, porque mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado” (Marcos 9:43). El fuego nunca se apaga. El castigo del infierno es implacable. Nunca se detiene.

Este es el definitivo y justo castigo para los malvados enemigos de Dios. Apocalipsis 21:8 revela cómo serán las cosas para los incrédulos: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”

¿Cómo deberíamos pensar de este fuego? ¿Es fuego físico, como el que arde en una chimenea? O ¿es solamente una metáfora, una simple imagen del lenguaje, para el tormento del infierno? El fuego físico consume los objetos. En el día del juicio, los elementos se derretirán y todo será destruido por el fuego (2 Pedro 3:10,12). El fuego físico puede ser extinguido. Por el contrario, el fuego eterno del infierno arde pero nunca se consume. Nunca consume completamente a los condenados, sino que se mantiene atormentándolos. No esperaríamos que el fuego físico afecte a los espíritus malos y las almas de los incrédulos. Esto lleva a algunas personas a afirmar que este fuego es sólo una metáfora del sufrimiento en el infierno.

Sin embargo, hay razones por las que podríamos imaginarlo como fuego real. Dios puede hacer fuego físico que quemaría y atormentaría a los espíritus. Además, Dios puede producir fuego especial que no es exactamente igual al fuego físico al que estamos acostumbrados. Cualquiera que sea, el fuego del infierno atormenta claramente a los espíritus malos y a las almas de los incrédulos. Fue suficientemente real para el hombre rico en el infierno. El dijo: “Estoy

atormentado en esta llama” (Lucas 16:24). Observe que hay una distinción entre su agonía y el fuego. Para el hombre rico, el fuego del infierno no era solamente una metáfora. Fue fuego real el que le causó la agonía, el dolor, y la tortura. Quería alivio pero no lo recibió. Dios permite que nunca tengamos que saber cómo es realmente este fuego por experiencia propia.

Tormento

Si el hombre rico hubiera podido regresar del infierno para dar una conferencia sobre los sufrimientos en el infierno, ¡habría tenido mucho que decir! Desdichadamente para él, no pudo escapar. Sin embargo, la Palabra de Dios revela todo lo que necesitamos saber acerca del sufrimiento del infierno. Ahora consideremos lo que es realmente estar en el infierno. Empecemos con el relato de nuestro Salvador sobre hombre rico y Lázaro (Lucas 16:19-31):

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendor. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aún los perros venían y le lamían las llagas.

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. En el Hades alzó sus ojos, estando en *tormentos*, y vio de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno. Entonces, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy *atormentado* en esta llama”.

Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consolado aquí, y tu atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que

quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá”.

Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a *este lugar de tormento*”.

Abraham le dijo: “A Moisés y a los Profetas tienen; ¡que los oigan a ellos!”.

Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán”.

Pero Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”.

¿Se puede imaginar cómo es esto para el hombre rico? Él está atormentado, en agonía, muy lejos del cielo, a donde nunca llegará. Su situación es desesperanzadora. Nunca saldrá del lugar de tormento. Por tanto, suplicó por una sola gota de agua, pero ni aun recibe esto.

Aun estando ahí, el hombre rico no aprende la lección. No acepta la voluntad de Dios, pensando que él sabe mejor que Dios cómo sus hermanos debían ser alcanzados y convertidos. Aún tiene una opinión baja de la Palabra de Dios (“Moisés y los Profetas”). Aun si aprende su lección, ya es demasiado tarde.

Privación

El infierno es un lugar de privación. Allí, los condenados están privados de todo lo bueno. Deténgase a pensar en todas las cosas buenas de la vida. Ahora, considere que los ocupantes del infierno no tienen nada bueno. No hay bebida fría, ni una silla cómoda, ni un lugar confortable. No hay vacaciones. Ni siquiera hay un receso para un pequeño descanso. No hay nada bueno allí. Los residentes del infierno

están privados de todo lo que hace agradable la vida.

Es imposible enumerar todas las cosas que les faltarán por siempre a los condenados. Allá no hay gozo ni alegría. No hay esperanza para el futuro no hay esperanza de salir, de regresar a la tierra, ni de ir al cielo. Ya no hay oportunidad de tener paz con Dios ni para estar en comunión con los creyentes en el cielo. El infierno es una separación eterna. Tampoco hay piedad ni misericordia. El hombre rico no recibió piedad. No recibió ni siquiera una gota de agua. No hay reposo ni alivio para el impío en el infierno.

La ira y el enojo

El infierno es la expresión final del justo castigo de Dios por el pecado. Puede ser que los pecadores egoístas no se dan cuenta de lo que les espera. La gente podría pensar que no es un gran problema rechazar el evangelio. Romanos 2:8,9 revela el futuro de los incrédulos: “Ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia. Tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo.” No es nada fácil sufrir la ira de Dios. Ni siquiera podemos comprender cómo será esto realmente. Sin duda significará “tribulación y angustia”. Por una buena razón, la Escritura dice: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31).

La gente querrá que termine, pero no será así. Ellos desearán “morir” y que todo termine, pero no podrán. No hay escapatoria, ni salida, ni esperanza. Apocalipsis 14:11 dice: “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. [Los incrédulos] no tienen reposo de día ni de noche.”

Abominación

Hoy algunas personas viven de la fama y la fortuna. Algunos renunciarían a todo por ser bellos. Pero la fama y la belleza, son pasajeras. Entonces, ¿qué le sucede a la gente que

vivió sólo para esta vida? Si hermosas estrellas de cine van al infierno, ¿seguirán siendo hermosas? ¡Por supuesto que no! Nosotros sabemos que los incrédulos resucitarán de entre los muertos el día del juicio. Sin embargo, la Escritura ni siquiera sugiere que sus cuerpos serán glorificados. En cambio, dice justamente lo contrario acerca de aquellos que se revelan contra Dios. “Porque su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará. Y serán abominables para todo ser humano” (Isaías 66:24). Jesús citó estas palabras como una descripción del infierno (Marcos 9:48). En la resurrección, los cuerpos de los incrédulos serán horribles y feos. Serán abominables y repugnantes. Piense acerca de la muerte, cuerpos decadentes que tienen gusanos o larvas royendo sobre ellos. Piense en cuerpos horriblemente cicatrizados por un fuego terrible. Estas son las imágenes usadas por Isaías para el tormento del infierno. Sin duda los incrédulos serán abominables en el infierno.

Nosotros pudiéramos preguntarnos cómo su “gusano” (el que justamente merecen) puede seguir molestándolos y nunca morir. Nos preguntamos cómo su fuego nunca se apagará, y sin embargo, nunca consumirlos a fin de que puedan morir y encontrar alivio. Nunca llegará el momento cuando el sufrimiento finalmente se detenga, sino que seguirá por siempre. Así es el infierno; no es una broma.

Oscuridad

La Biblia describe el infierno como un lugar de intensa oscuridad (Mateo 8:12; 22:13; 25:30). Esto es lo opuesto de la luz celestial. Dios condenará a los espíritus malos y a todos los incrédulos a permanecer fuera del tan iluminado salón del banquete del cielo. Estarán afuera, alejados del gozo de las bendiciones celestiales de Dios. Los falsos maestros irán a “la oscuridad de las tinieblas”, el lugar más sombrío imaginable (2 Pedro 2:17; Judas 13). El infierno ya está preparado para

ellos y esperándolos. Los espíritus malos ya están siendo castigados con esta oscuridad, mientras esperan su juicio en el día final (Judas 6).

Lloro y crujir de dientes

Una de las descripciones bíblicas más comunes del infierno es que los incrédulos “serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12; ver también 13:42,50; 22:13; 24:51; 25:30). Lucas 13:28 dice: “Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos”. Estas palabras son repetidas tan a menudo que todos debiéramos saber lo que significan.

Habrà llanto y gemidos en el infierno; pues, es un lugar de aflicción eterna. No hay felicidad allí. Los ocupantes condenados del infierno sufren desesperada tristeza por siempre. Su llanto es como ningún otro. Es un llanto que no encuentra alivio, ni consuelo, ni ayuda. Los condenados han enfrentado el rechazo final de Dios. No pueden esperar alguna apelación o libertad condicional; no hay misericordia ni salida. ¡Así será su destino por siempre! No es difícil ver por qué ellos están agobiados por el dolor y la tristeza.

Ellos crujen sus dientes, es decir, los hacen rechinar. Sufren intenso dolor; experimentan angustia y tormento indescriptibles que duelen peor que cualquier otra cosa conocida en este mundo. Rechinan y crujen sus dientes porque sufren. En su agonía, no tienen pensamientos gratos de Dios. Él los ha condenado a este lugar de tormento por toda la eternidad. Así que, rechinan (crujen) sus dientes ardiendo de rabia y enojo. ¡Odiar a Dios! Sus pensamientos no son puros ni rectos. Piensan en su penosa situación, sus torturas insoportables, y su permanente futuro desesperanzador. Piensan acerca de esto, por toda la eternidad, con feroz y

rencoroso odio contra Dios. Ellos rechinan y crujen sus dientes, y seguirán haciéndolo por siempre.

La segunda muerte

En el libro de Apocalipsis, Jesús habla de una *segunda muerte*. El dice: “El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte” (Apocalipsis 2:11). Los creyentes no experimentarán la segunda muerte. Esto no se refiere a la muerte física o temporal (cuando el alma se separa del cuerpo). Jesús enseña que los creyentes que guardan su Palabra “nunca verán muerte” (Juan 8:51). Él está hablando de la muerte eterna.

Los judíos lo malinterpretaron, pensando que él estaba hablando de la muerte temporal. Ellos dijeron: “Ahora nos convencemos de que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: ‘El que guarda mi palabra nunca sufrirá muerte’” (versículo 52). Pero Jesús estaba hablando de la segunda muerte.

Apocalipsis 20:6 revela que la segunda muerte no tiene poder sobre los creyentes. Luego el versículo 14 indica que “el lago de fuego es la muerte segunda”. En otras palabras, la segunda muerte es la muerte eterna (la separación de Dios) en el infierno. Recuerde que la palabra muerte significa separación, no dejar de existir. Los incrédulos sufren esta segunda muerte. “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8). Por lo tanto, la segunda muerte es el tormento eterno en el infierno. Es la separación eterna de las bendiciones eternas de Dios.

Perdición

Jesús dice: “Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y

muchos son los que entran por ella” (Mateo 7:13). Aquí, nuestro Salvador describe el infierno como perdición, es decir, destrucción. Pero, ¿qué significa eso? Cuando la Biblia describe el infierno como perdición o destrucción, no está hablando de aniquilación.

Segunda de Tesalonicenses 1:9 dice: “Estos sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.” La perdición eterna es perdición que permanece para siempre. Nunca termina. Aunque esto es difícil de entender, la perdición del infierno es un proceso sin fin que continúa por toda la eternidad. Es como un proceso eterno de decadencia. Jesús estaba citando Isaías 66:24 cuando describió al infierno como un lugar donde “el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:48). El infierno es un lugar donde la destrucción y la decadencia no se detienen.

Grados de castigo

¿Habrá diferentes grados de castigo en el infierno o todos sufrirán el mismo castigo? Desde luego, todo sufrimiento en el infierno es terrible. Nosotros no quisiéramos tener ninguna parte de él, ni siquiera por un corto tiempo. Sin embargo, la Escritura enseña que habrá diferentes grados de castigo.

Sodoma y Gomorra fueron extremadamente malvadas (ver Génesis 18:20 19:26). Nosotros no tenemos que preguntarnos acerca de lo que Dios pensó sobre ellos. “Fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno” (Judas 7). Pero considere estas palabras que Jesús habló a sus doce discípulos antes de enviarlos a cumplir la misión entre las ovejas perdidas de Israel: “Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad” (Mateo 10:14,15).

Si la gente no recibiera a sus discípulos u oyeran sus palabras, ¡sería aun peor para ellos de lo que podría ser para Sodoma y Gomorra! Para Sodoma seguramente no será fácil, pero para la gente que maliciosamente rechaza el evangelio, será aun peor. Claramente, Dios toma su Palabra muy en serio. Cuando la gente rechaza la Palabra de Dios y sus siervos, también lo rechazan a él y cometen el crimen más terrible. Ellos serán castigados más severamente.

Cuando nuestro Señor Jesús repite una enseñanza, debemos prestarle atención especial. Toda la Palabra de Dios es importante, pero si nuestro Salvador se toma el tiempo para repetir una advertencia, debemos tomarla más seriamente. Lea lo que dice Jesús en Mateo 11:20-24:

Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que en vestidos ásperos y cenizas se habrían arrepentido. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma que para ti”.

Jesús dice que sería más tolerable aun para la gente malvada de Sodoma que para aquellos que rechazan a Jesús y su Palabra. La gente de Corazín, Betsaida, y Capernaúm, tuvieron oportunidades más grandes para oír a Jesús y arrepentirse. Aun así, lo rechazaron, por lo que sufrirán peor castigo.

Es un pecado terrible rechazar el mensaje de salvación del evangelio cuando es proclamado. Piense en toda la gente que

aprende la Palabra de Dios cuando niños, quizá de sus padres o en la escuela dominical, y luego, más tarde, la rechazan durante su vida. Ellos lo saben mejor. Tienen todas las oportunidades. Sin embargo, rechazan a su Salvador. El peor sufrimiento del infierno les espera. Jesús dice:

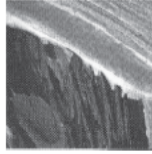
Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco, porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá. (Lucas 12:47,48).

Dios tomará en cuenta cuántas oportunidades tuvo la gente de oír su Palabra. Dios tendrá en cuenta lo que la gente sabía. Aquellos que tuvieron más oportunidades y las rechazaron, serán castigados más severamente. Aquellos que sabían más de la Palabra de Dios y la ignoraron, serán castigados más terriblemente.

Romanos 2:12 enseña la misma verdad: “Todos los que sin la Ley han pecado, sin la Ley también perecerán; y todos los que bajo la Ley han pecado, por la Ley serán juzgados”. Los gentiles y otros que nunca oyeron el evangelio perecerán sin excusa (Romanos 2:1). Pero los judíos y otros que oyeron el mensaje de salvación de Dios y tuvieron su Palabra, serán juzgados según lo que estuvo disponible para ellos. Ellos tenían la Palabra de Dios y oyeron la promesa del evangelio sobre el Salvador del pecado. Por tanto, su castigo será peor. El mayor castigo está reservado para aquellos que maliciosa e intencionalmente rechazan el evangelio de Cristo cuando les es traído.

Sólo piense cómo se sentirán esas personas en el infierno. Sabrán que tuvieron todas las oportunidades de ser hechos creyentes e ir al cielo, pero rechazaron el evangelio. Se sentirán culpables. Sabrán que pudieron haber estado en el

cielo. Este pensamiento los torturará por toda la eternidad. Su sufrimiento será el peor. Dios permite que nunca tengamos que saber por experiencia propia qué tan malo es realmente el sufrimiento en el infierno.



6

El castigo eterno

En la descripción de Dante sobre el infierno, las siguientes palabras estaban sobre la puerta del infierno: “¡Perded toda esperanza, los que entráis!”³⁶ Su imaginación coincide con la realidad, porque la Escritura enseña que no hay esperanza en el infierno. No hay esperanza de consuelo, ni de apelación, ni de que termine el sufrimiento en el infierno.

Muchos falsos maestros (incluyendo los testigos de Jehová, los adventistas del séptimo día, los ateos, y un gran número de pastores y teólogos liberales) afirman que no puede haber castigo eterno. La razón humana argumenta que el infierno es demasiado horrible para que perdure por siempre. Parece incomprensible que haya un castigo sin fin. Así que, la gente inventa otras explicaciones para el infierno.

Algunos falsos maestros tratan de explicar el infierno como

algo que ocurre en este mundo. Ellos explican el infierno como el desorden que la gente hace de sus propias vidas. Suponen que tales personas sufren un infierno en la tierra por sus propios errores. Un autor lo expresa de esta manera: “Hoy los teólogos y predicadores cristianos, normalmente hablan del infierno simbólicamente, como una realidad de este mundo. El infierno es descrito hoy como el desorden ya sea individual o social que los hombres hacen de esta vida. . . Un campo de batalla, una celda de prisión, un matrimonio lleno de odio, o una amistad rota, es el infierno.”³⁷

Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿Es eso lo que realmente dice la Biblia? En el relato del hombre rico y Lázaro, el hombre rico no comenzó a sufrir el tormento del infierno sino hasta que murió (Lucas 16:19-26). Su cuerpo fue enterrado, y su alma fue al infierno. No pudo regresar a esta vida.

El infierno es el resultado de la condenación de Dios. Hebreos 9:27 insiste en que Dios juzga a cada persona al morir. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y *después de esto* el juicio.” Por lo tanto, Dios no envía a la gente al infierno mientras están viviendo en este mundo. Pueden estar en el camino al infierno. Pueden estar bajo la ira de Dios. Pero técnicamente, ellos todavía no están en el infierno.

Aun entre los cristianos relativamente conservadores, hay algunos que no enseñan que el infierno es castigo eterno. Algunos eruditos evangélicos enseñan que el infierno es aniquilación, es decir, el fin de la existencia. Uno escribió el la revista *Christianity Today* (*El cristianismo hoy*) que: “Dios no resucita a los impíos con el propósito de torturarlos conscientemente por siempre, sino que declara sus sentencia sobre ellos y los condena a extinción”.³⁸

Pero nuevamente, debemos preguntarnos: ¿Es eso lo que realmente dice la Biblia? No lo es. Estos eruditos están

tratando de hacer pasar sus propias ideas falsas como si fuera la verdad de Dios. La Palabra de Dios es muy clara cuando enseña que el castigo del infierno permanece para siempre.

El castigo del infierno permanece para siempre

En el Antiguo Testamento, leemos que los incrédulos resucitarán de la muerte en el día final y serán condenados “para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). En el Nuevo Testamento, Jesús revela lo que dirá a los incrédulos el día del juicio: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Observe cuidadosamente que él dice “fuego *eterno*”.

Esa es la razón por la cual Jesús advierte a la gente tan seriamente sobre el pecado. Él dice: “Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser arrojado en el fuego eterno” (Mateo 18:8). No hay duda de lo que Jesús quiere decir con estas palabras es “fuego eterno”. En Marcos 9:43, Jesús describe el infierno como un lugar en donde “el fuego no puede ser apagado”. El fuego eterno nunca se apaga. No tiene fin.

Las epístolas del Nuevo Testamento también describen el infierno de esta manera. No es un castigo temporal. Permanece para siempre. Nuestra sociedad cada vez más perversa debe despertar y tomar a pecho esta advertencia. Judas 7 dice: “También Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquellos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra la naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno”. Esa misma epístola dice que el infierno está reservado para los malvados “eternamente” (versículo 13). Los incrédulos serán castigados con “eterna perdición” (2 Tesalonicenses 1:9).

Sin duda alguna, el infierno es eterno, perpetuo, un castigo

interminable. Esto es tan cierto como el hecho de que en el cielo los creyentes recibirán vida eterna, perpetua e interminable. Estas verdades son enseñadas de igual manera en las Escrituras. Los incrédulos estarán en el infierno por siempre así como los creyentes estarán en el cielo por siempre. Jesús resume su juicio en el día final: “Irán estos [los incrédulos] al castigo eterno y los justos [los creyentes] a la vida eterna” (Mateo 25:46).

Dios no cambiará su propósito

La dificultad de los incrédulos parece tan insalvable que algunos imaginan que tal vez Dios cambiará su forma de pensar en algún momento del futuro. Malaquías 3:6 no abriga ninguna esperanza de que eso vaya a suceder, sino que registra este mensaje de Dios: “Yo, Jehová, no cambio”.

Si Dios cambiara su forma de pensar, los incrédulos no recibirían el castigo eterno, y Dios sería responsable de mentira. ¿Mentiría o cambiaría Dios su forma de pensar? Encontramos una respuesta clara según un fiel profeta de Dios en 1 Samuel 15:29. “Además, el que es la Gloria de Israel no mentirá ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta.” (Ver también Números 23:19; Salmo 110:4; Jeremías 4:28 y Tito 1:2.)

Dios nunca miente, sino que siempre cumple su palabra. Dios ha dicho con un juramento “que no entrarían en mi reposo” (Salmo 95:11). No se equivoquen acerca de esto. Estas personas nunca entrarán en el reposo del cielo. Dios se estaba refiriendo a los incrédulos que perecen (ver Hebreos 3:11-19).

Esta vida es nuestro tiempo de gracia, es decir, nuestra única oportunidad para ser traídos a la fe por el mismo poder de Dios el cual obra a través de su Palabra salvadora. Esto requiere un milagro. Que no nos atrevamos a acercarnos a Dios con arrogancia. Jesús dice: “De cierto os digo que el que

no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Marcos 10:15). La razón humana no nos puede ayudar. Necesitamos la Palabra de Dios y el don de la fe. Recuerde lo que dice la Escritura acerca de dónde se origina la fe. Dios crea la fe; pues “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

La Palabra de Dios es la única cosa en esta vida que realmente necesitamos (Lucas 10:38-42). Todavía hay tiempo. La Escritura dice:

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. También a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; a ellos de nada les sirvió haber oído la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: “Por tanto, juré en mi ira que no entrarían en mi reposo”... Nuevamente dice: “No entrarán en mi reposo”.

Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de la desobediencia, otra vez determina un día: “Hoy”, del cual habló David mucho tiempo después, cuando dijo: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. (Hebreos 4:1-7)

¿Cuándo debemos tomar en serio la Palabra salvadora de Dios? ¡Hoy! ¿Cuándo debemos tomar en serio la enseñanza de la Palabra de Dios a nuestros hijos y nietos? ¡Hoy! ¿Cuándo debemos tomar en serio el alcanzar a otros con el único evangelio de salvación? ¡Hoy! Que digamos a todos que, a pesar de que somos pecadores, Jesús ha pagado por todos los pecados con su muerte en la cruz. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31).

La peor parte sobre el infierno

Todo lo relacionado al infierno es malo. Aun es difícil

pensar cuán horrible es y será realmente el sufrimiento en el infierno. ¡Dios permite que ninguno de nosotros descubra por experiencia propia qué tan malo realmente es! Sin embargo, la peor parte del infierno parece ser que nunca termina. Hay muchos aspectos terribles del sufrimiento, pero si hubiera un fin para éste, no sería tan malo. La peor parte sobre el infierno es que ¡jamás hay salida!

No hay salida ni fin para el sufrimiento. En el infierno, el “fuego... no puede ser acabado” y “el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:43,48). Abraham le explicó al hombre rico condenado: “Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá” (Lucas 16:26).

Desde luego, es verdad, que aquellos que están en el infierno no saldrán hasta que hayan pagado todo lo que deben (Mateo 5:26). Pero no pueden pagar lo que deben. El Salmo 49:8 dice: “La redención de su vida es de tan alto precio que no se logrará jamás”.

Por supuesto, Jesús pagó lo necesario y suficiente por todos los pecadores cuando murió en la cruz. Juan el Bautista dijo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36). La ira de Dios permanece sobre todos aquellos no creyentes en Jesucristo como su Salvador, los cuales permanecerán en el infierno por siempre.

¡Jamás hay salida del infierno! El castigo eterno significa que es un castigo que no tiene fin. Esto no es disciplina ni corrección, sino castigo. Una vez que una persona esté allá, ya es demasiado tarde.

Pero seguramente, la razón humana argumenta que debe haber pausas para este sufrimiento. Debe haber momentos breves de alivio. A los trabajadores les son permitidos los descansos. Seguramente, la mente sigue pensando que debe

haber algunas pausas en el infierno, de tal forma que la gente pueda tener algún alivio de los terribles sufrimientos del infierno. Pero no hay ninguna. Cuando el hombre rico condenado dijo: “Ten misericordia de mí”, no recibió misericordia. Cuando pidió una gota de agua para refrescar su lengua, no recibió nada (Lucas 16:24-26). Él ya no era rico, por decir lo menos.

El fuego y el tormento del infierno, seguirán continuamente. “No se apagará de noche ni de día, sino que por siempre subirá su humo” (Isaías 34:10; ver también 66:24). ¡Inclusive es horrible pensarlo! Sin embargo, los incrédulos deben sufrir esto por toda la eternidad. “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. [Los incrédulos] no tienen reposo ni día ni de noche” (Apocalipsis 14:11). Ellos acompañarán a su líder, el diablo. La Escritura dice: “El diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre. . . . [Él y quienes están con él] serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (20:10).

¿Por qué ha revelado Dios esta doctrina en la Escritura?

La doctrina del castigo eterno en el infierno es tan horrible que algunos podrían aun preguntarse: ¿por qué Dios revela esta doctrina en la Biblia? La respuesta simple es que Dios quiere que todos sean advertidos acerca del infierno. Dios no quiere que nadie perezca en el infierno. Quiere que todos sean guiados al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Juan el Bautista advirtió a la gente de su tiempo para que fueran llevados al arrepentimiento antes de que fuera demasiado tarde:

Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: “¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros

mismos: ‘A Abraham tenemos por padre’, porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.

“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará”. (Mateo 3:7-12)

Juan señaló la venida del Salvador del pecado, Jesucristo, el Cordero de Dios, que ha quitado el pecado del mundo. En su ministerio terrenal, Jesús también advirtió a la gente sobre el infierno. Sin embargo, reveló que muchos no recibirían esta advertencia con arrepentimiento y fe. Ellos perseguirían y matarían a los mismos siervos llamados quienes les iban a advertir del infierno.

¡Serpientes, generación de víboras!, ¿cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, yo os envío profetas, sabios, y escribas; de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad. Así recaerá sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el Templo y el altar. (Mateo 23:33-35)

¿De quién es la culpa cuando los malvados son condenados al castigo eterno?

Dios es perfecto. Él nunca tiene ninguna culpa. Los pecadores son condenados por su propia culpa. Seguramente, el diablo y sus ángeles, asumen sus roles y tienen la culpa. Los falsos maestros que hacen descarriar a la gente, también

asumen sus roles y tienen la culpa. El mundo malvado también tiene la culpa. Pero, al fin de cuentas, es la culpa de los propios pecadores. Jesús dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). Jesús quiere reunir a todos los pecadores, pero ellos no lo tendrán a él.

“El Señor. . . es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Él quiere que todos sean creyentes en Jesús y reciban la vida eterna.

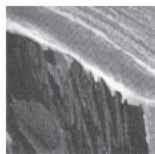
Cuando los incrédulos sean finalmente condenados, es por su propia culpa. Ellos han rechazado la salvación que Jesús les ofreció gratuitamente. Por lo tanto, el castigo no tendrá fin.

Los luteranos genuinos son creyentes en lo que la Biblia dice. La Confesión de Augsburgo resume la enseñanza de la Escritura. Afirma que el día final, nuestro Señor Jesucristo: “a los hombres impíos y a los demonios los condenará al infierno y al castigo eterno”. Esto rechaza la enseñanza “que los demonios y los hombres condenados no sufrirán pena y tormento eternos”.³⁹

La enseñanza de que el castigo del infierno permanece para siempre es una enseñanza severa de la ley. Aun así, es una parte de la Palabra de Dios. El castigo del infierno es perpetuo. Esto es en lo que son creyentes, enseñan, y confiesan, los luteranos genuinos con base en la Santa Palabra de Dios.

Preciosa herencia otorga Dios
Al hombre en la Palabra,

Y nuestro empeño debe ser
Al mundo proclamarla.
Nos guía en el vivir,
Sostiene en el morir.
Concédenos, Señor,
Leerla con amor,
Guardar sus enseñanzas. Amén (CC 113)



7

El infierno es real

¿Alguna vez ha oído a alguien contar un chiste sobre ir al infierno? Algunos dicen, medio en serio, que saben que irán allá. Ellos planean divertirse ahora todo lo que puedan. Se ríen acerca de esto. Oír hablar a la gente de esa manera tiende, con razón, a molestar a los cristianos. ¡El infierno es real! ¡No es un chiste!

Muchos de los llamados teólogos niegan la existencia del infierno. Algunos de ellos incluso han usado el rótulo de “luterano”. Con frecuencia, caen en blasfemia cuando afirman que el Dios amoroso nunca enviará a nadie al infierno. Un así llamado profesor luterano, negó la realidad del infierno cuando escribió:

Que un Padre celestial justo condenara a un hijo suyo a quemarse en agonía por toda la eternidad, la cual es interminable por trillones y trillones de años, sólo porque ese hijo hizo mal uso de sus cortos setenta años, ha sido siempre

horrible para muchos... Un Padre celestial que quemaría a sus enemigos por toda la eternidad, parecería infinitamente peor que el monstruo Adolfo Hitler quien asfixió con gases e incineró en lugares como Buchenwald y Belsen a cerca de seis millones de judíos a quienes consideraba como sus enemigos... Los estudiosos y teólogos modernos de la Biblia, simplemente no creen que Jesús dijo las cosas acerca del infierno que se le atribuyen a él en los evangelios, porque estos pasajes contradicen todo lo que Jesús fue y defendió. Por ejemplo, Jesús nos exhortó a amar a nuestros enemigos con un perfecto— o completo— amor como el que tiene el Padre celestial... ¿Podría realmente este mismo Jesús estar de acuerdo con la opinión común de su época, que Dios castigaría a sus enemigos después de la muerte con un rencor eterno que los tostara en un horno eterno? ¡No! Yo no creo que Jesús hubiera estado de acuerdo con eso. Pues el Dios tan vengativo, antes que ser la maravillosa deidad de amor, misericordia, y perdón, es, a mis ojos, un Frankenstein de odio, crueldad, y venganza, que ordena a sus hijos a ser más morales de lo que él está dispuesto a ser.⁴⁰

Alguien que escriba de esta manera no puede ser un luterano genuino ya que los auténticos luteranos no niegan las enseñanzas claras de la Biblia. Jesús realmente dijo las cosas acerca del infierno que se le atribuyen en los evangelios, y los luteranos auténticos están de acuerdo con lo que él dijo. Las confesiones luteranas declaran que al fin del mundo, “Cristo retornará y resucitará a todos los muertos, y a los piadosos les dará vida eterna y gozo eterno; a los impíos empero los condenará para que juntamente con el diablo sufran tormentos sin fin”.⁴¹ El profesor “luterano” citado arriba no solamente estaba negando la existencia del infierno, sino también estaba cuestionando a Dios.

¡Y no tenemos derecho de cuestionar a Dios! El Señor del cielo y de la tierra, le puede decir a cualquiera lo que le dijo a Job: “¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin

sabiduría? Ahora cíñete la cintura como un hombre: yo te preguntaré y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? ¡Házmelo saber, si tienes inteligencia!” (Job 38:2-4).

No nos atrevamos a jugar con Dios quien es “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Timoteo 6:16). Dios sabe mucho más que nosotros. Entonces, en vez de cuestionar a Dios, debemos alabarlo por su sabiduría con las palabras de Romanos 11:33-36:

¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!, porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?, porque de él, por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

En lugar de cuestionar a Dios, simplemente debemos recibir su Palabra con acción de gracias y no dudar lo que él dice en la Escritura.

Sí podemos tener la absoluta seguridad de que hay un infierno

Es extraño que algunas de las mismas personas que niegan que haya un infierno, también mantengan la idea que haya un cielo. Incluso, en la Escritura, estos dos destinos son frecuentemente enseñados en los mismos pasajes de la Biblia. Podemos estar seguros que hay un infierno, así como estamos seguros que hay un cielo. O, por decirlo de otra manera: Si hay un cielo, entonces hay un infierno. Nadie que sigue la Biblia dirá que hay un cielo pero no un infierno. La Biblia enseña que ambos son reales.

En Mateo 25:46, Jesús resume lo que les sucederá a los incrédulos y a los creyentes el día del juicio: “Irán estos [los no creyentes] al castigo eterno y los justos [los creyentes] a la vida eterna.” Podemos estar seguros que los creyentes vamos al cielo, y podemos estar igualmente seguros que los incrédulos van al infierno para el castigo eterno.

Muchos de nosotros nos hemos aprendido de memoria Marcos 16:16: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado”. Una vez más, vemos que es cierto que quien sea creyente, será salvado en el juicio final. Sin embargo, también es cierto que quien no sea creyente, será condenado. Podemos estar completamente seguros que hay un infierno y que los incrédulos irán allá.

Nuestra certeza también se basa en el hecho de que Dios nunca miente. “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. ¿Acaso dice y no hace? ¿Acaso promete y no cumple?” (Números 23:19). Dios ha hablado. Al fin de cuentas, los incrédulos serán condenados al castigo eterno. Dios no miente. Podemos estar seguros que esto sucederá.

Por lo tanto, la cuestión está resuelta para un creyente de la Biblia. El infierno es real y los incrédulos sufrirán allá por siempre. Pero entonces algunas personas recurren a la razón y a los sentimientos de afecto humanos, y preguntan: “¿Cómo puede el Dios amoroso enviar a alguien al infierno?” ¿Cómo contestaría usted esa pregunta? De nuevo, escudriñemos las Escrituras para tener la respuesta.

¿Cómo puede el Dios amoroso enviar a alguien al infierno?

Es verdad que Dios es amoroso. Nosotros no negamos esa verdad de la Escritura. Sin embargo, también es cierto que Dios es justo y santo, y castiga al malvado. Las dos afirmaciones son ciertas: Dios es amoroso; Dios es justo y

castiga a los pecadores. Dios se revela a él mismo con su propio nombre en Éxodo 34:6,7:

¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado, pero que *de ningún modo tendrá por inocente al malvado*; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.

Estudie estas palabras cuidadosamente

Primero, el Señor se describe a él mismo como “el Dios misericordioso y piadoso, tardo para la ira, grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, y que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado”. Este es el Señor que hemos conocido y amado. Nosotros aprendemos de él en el evangelio. Nos encanta escuchar cuánto amó al mundo entero, que envió el Salvador. Nos encanta oír que el Señor perdona todos nuestros pecados a través de Jesús.

Sin embargo, el pasaje no termina ahí. Mire nuevamente las palabras en letra cursiva: “*de ningún modo tendrá por inocente al malvado*”. Esto también es verdad. Nosotros no podemos ni debemos tomar unas tijeras y cortar el resto de este pasaje bíblico. Dios se está describiendo a él mismo. Él es el Dios de amor; eso es cierto. Sin embargo, él también es justo que castiga el pecado. Por eso fue que Jesús tuvo que morir en la cruz y recibir el castigo que nosotros merecíamos por causa de nuestros pecados.

O nosotros teníamos que recibir el castigo eterno por nuestros pecados, o alguien eterno tenía que morir. Jesús, el eterno hijo de Dios, estuvo dispuesto a morir en nuestro lugar. Y así fue cómo obtuvo el perdón para nosotros. No es que Dios barrió nuestros pecados y los metió bajo la alfombra. El pecado tenía que ser castigado, y Jesús lo recibió en nuestro lugar.

No se equivoquen acerca de esto. Dios es justo. “Él es la roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectos. Es el Dios de verdad y no hay maldad en él; es *justo* y recto” (Deuteronomio 32:4). No deja al culpable sin castigo. El ha dicho: “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Por lo tanto, cualquiera que rechace el pago que Jesús hizo en la cruz, debe sufrir el justo castigo por el pecado. O el Salvador eterno muere por usted o usted muere por toda la eternidad. O usted recibe este pago en su nombre o usted tiene que pagar lo que debe por siempre en el infierno. Esta es una deuda que nunca se termina de pagar y permanece por toda la eternidad.

¿No es más amoroso simplemente no hablar acerca del infierno?

Esto lo he oído más de una vez. La gente no quiere oír acerca del infierno. No quieren pensar sobre el infierno. Sin embargo, debemos considerar esta pregunta: ¿Es más amoroso no hablar acerca del infierno?

Podría parecer así, pero no lo es. Suponga que ve una pareja joven paseándose en un pequeño bote mientras lentamente flotaban a la deriva hacia las cataratas del Niágara. Usted sabe que ellos se acercan cada vez más a la mortal cascada. Sin embargo, ellos están divirtiéndose y están pasando una tarde agradable. Si usted los advierte, podría echarles a perder su tarde. Obviamente ellos no desean ser molestados, y usted no está inclinado a molestarlos. Pero por otro lado, ellos continúan flotando a la deriva. ¿Qué es más amoroso?

¿No decir nada, dejándolos seguir disfrutando de su paseo?

¿Advertirles amorosamente que están en un grave problema, porque se están acercando a la cascada?

La primera opción no es solamente más fácil para usted,

sino que parece muy “amorosa”. Pero no es la respuesta correcta. Ser amoroso no es simplemente dejar a alguien desconocido a la deriva, camino a la destrucción. De manera similar, si conoce gente que está viviendo en incredulidad y dirigiéndose hacia la condenación eterna, el acto amoroso que hay que hacer es advertirles. Puede que no deseen ser interrumpidos. Puede que no quieran oír sobre el infierno. Sin embargo, advertirles es el acto amoroso que hay que hacer. El amor nos mueve a advertir a la gente acerca del infierno, de tal manera que podamos hablarles de Jesús, quien redimió a toda la gente del castigo eterno.

Además, dado que el infierno es una enseñanza clara de la Biblia, nosotros nunca podríamos estar de acuerdo en no hablar acerca de ello. Como pastor, he sido llamado por Dios para predicar y enseñar la Palabra de Dios. Cuando fui ordenado e instalado, prometí hacer esto como ministro público del evangelio. La enseñanza sobre el infierno es una parte de la Palabra de Dios. Yo no tengo derecho de simplemente eliminar esa enseñanza de la Palabra de Dios. Deuteronomio 4:2 dice: “No añadiréis a la palabra que yo os mando ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os ordeno”. No tenemos derecho de sustraer de la Biblia la enseñanza acerca del infierno. Sin embargo, algunos falsos maestros están haciendo precisamente eso hoy.

A veces la falsa enseñanza no consiste tanto en decir algo equivocado, sino en no decir lo correcto. Es igualmente de falso sustraer la enseñanza del infierno, como agregar alguna falsa enseñanza, como la del purgatorio. Jesús dice: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:15).

Aquellos que predicán y enseñan la Palabra de Dios, deben ser fieles al transmitirla. El Señor ha dicho: “Aquel a quien

vaya mi palabra, que cuente mi palabra verdadera” (Jeremías 23:28). Cualquiera que omita la enseñanza del castigo eterno para los incrédulos, ciertamente no es un fiel maestro de la Palabra de Dios. Y la verdad es que hoy en día en los púlpitos hay muchos que enseñan de esta manera.

Ellos no están solos. Hay muchos miembros de iglesia que tratan de silenciar la enseñanza acerca del infierno. Ellos no quieren oírla o hablar de ella. Así como admitimos que esta clara enseñanza de la ley de Dios es difícil, también debemos insistir que es amoroso enseñarla fielmente. Recuerde la ilustración de la pareja joven en el bote que se estaba flotando a la deriva hacia las cataratas del Niágara. Es amoroso advertir a la gente cuando está en peligro de perecer.

Como si eso no fuera suficiente, Dios no deja esto a nuestra discreción. Tenemos el deber de advertir a la gente. En Ezequiel 33:6-8, el Señor dice:

Pero si el centinela ve venir la espada y no toca la trompeta, y el pueblo no se prepara, y viniendo la espada, hiere a alguno de ellos, este fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del centinela.

A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por centinela de la casa de Israel: tú oirás la palabra de mi boca y los amonestarás de mi parte. Cuando yo diga al impío: “¡Impío, de cierto morirás!”, si tú no hablas para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero yo demandaré su sangre de tu mano.

No queremos que Dios nos haga responsables por no haber advertido a otros cuando estaban viviendo en el camino malo. Si nosotros les advertimos y ellos no quieren escuchar, es su propia culpa. ¡Pero que les advirtamos! Quizá sean movidos a arrepentirse y tengamos la oportunidad de declararlos perdonados por medio de Cristo. Que tengamos presente la voluntad de Dios, cuando los pecadores se extravíen.

Es tu deber salvar del gran peligro
Las almas por las que el Señor murió:
Y no permitas que por tu desidia
Perezca alguno que Jesús amó.

Proclama a todo pueblo, lengua, y alma
Que Dios, en quien vivimos es amor;
Di cómo descendió del alto cielo
A cruenta cruz, y es nuestro Salvador. (CC 148:3,4)

Jesús advirtió a los malvados y los llamó al arrepentimiento (por ejemplo, ver Mateo 4:17). Él normalmente advertía a la gente diciéndole que el día del juicio llegaría inesperadamente. “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mateo 24:42). Jesús advirtió a Judas Iscariote más de una vez. También advirtió a los Fariseos y a los maestros de la ley. El Señor advierte pacientemente a la gente, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Aunque no es un pensamiento muy agradable, Jesús dice lo siguiente como una advertencia amorosa:

Si tu mano te es ocasión de caer, córtala, porque mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado. Y si tu pie te es ocasión de caer, córtalo, porque mejor te es entrar en la vida cojo, que teniendo dos pies ser arrojado al infierno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo, porque mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser arrojado al infierno, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. (Marcos 9:43-48)

Al decir esto, Jesús no nos está animando a mutilarnos, sino a quitar el pecado de nuestra vida. Nosotros queremos que muera nuestro viejo Adán, es decir, nuestra naturaleza pecaminosa, para que no perezcamos en pecado. Y aun así, las severas palabras de Jesús se aplican. Si yo tuviera que elegir,

preferiría perder una extremidad o un ojo durante esta vida, en vez de terminar en el infierno, ¿usted no? Ahora considere seriamente las tentaciones que le acosan a usted. ¡Es mejor privarse de los placeres terrenales que perder su alma!

Nuestro amoroso Dios nos advierte acerca de los tormentos del infierno, de modo que no nos alejemos de él. Este es nuestro tiempo de gracia, y nuestro Señor quiere que saquemos el mayor provecho de él, escuchando su evangelio salvador y recibiendo la Santa Cena. Él quiere que crezcamos en fe, mientras el Espíritu Santo obra en nuestros corazones a través de la Palabra y el sacramento, de modo que estemos listos cuando él regrese. Lea Mateo 25:1-13, que es una advertencia sobre la necesidad de estar preparados por fe cuando Cristo vuelva. En el día final, veremos que nuestro Señor Jesús es tanto amoroso como justo. Él será amoroso con sus creyentes mientras los lleva al cielo en su bondad, pero él será justo con los incrédulos que lo rechazaron. Ellos recibirán lo que justamente merecen por siempre.

Por lo tanto, busquemos y apelamos a la gente con urgencia, así como el apóstol Pablo lo hizo. “Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Corintios 6:2). ¡Escuche el evangelio! ¡Aprenda de Jesús! ¡Mañana podría ser demasiado tarde! Una vez que la persona esté en el infierno, ya es demasiado tarde. Es amor hablarle ahora a la gente acerca de la Palabra de Dios.

Eso era lo que quería el hombre rico en el infierno (Lucas 16:27,28). Quizá él había recibido muchas advertencias de la Palabra y el pueblo de Dios durante su vida. A lo mejor por eso pensó que tomaría a un hombre que había resucitado de los muertos para ir a convencer a sus hermanos. Él seguramente estaría de acuerdo que la advertencia era necesaria. Esa advertencia se encuentra en la Biblia (“Moisés y los Profetas”).

Sea que las personas tengan pocas o muchas oportunidades de oír el evangelio, ellas serán juzgadas. Aun si la gente nunca oyó el evangelio, será juzgada. Cualquiera que no sea creyente en Jesús será condenado al infierno. Ellos, según la Escritura, “no tienen excusa” (Romanos 1:20) porque sabían que Dios creó el mundo. Cualquier persona con sentido común sabe eso (Salmo 14:1). Debían haber buscado el conocimiento de Dios. Romanos 1:20 dice: “Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa.” No tiene excusa ser ateo.

¿Habrá algún ateo en el infierno?

Esta es una pregunta, más curiosa que práctica. Indudablemente el diablo y sus ángeles (demonios) saben que hay un solo Dios. “También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). ¿No es algo fascinante saber que ni siquiera el diablo es ateo? Las personas condenadas en el infierno tienen que saber que hay un solo Dios. Después de todo, Dios es el único que condena. Todos los incrédulos seguramente verán a Jesús el día del juicio. No habrá ateos en el infierno. Ellos sabrán que existe Dios quien es su juez condenador.

¿Qué merecemos los pecadores de Dios?

Nunca olvidemos lo que merecemos de Dios. Si Dios nos diera justamente lo que merecemos, recibiríamos castigo eterno.

Como está escrito: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Pero sabemos que todo lo que la Ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.

... Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. (Romanos 3:10-12, 19, 23)

Todos hemos pecado. Todos merecemos la ira y el castigo eterno de Dios.

Sin embargo ¿qué ha hecho Dios por nosotros a pesar de nuestros pecados?

Nosotros no merecemos el amor de Dios. Sin embargo, él nos ama. Jesús nuestro Salvador nos revela que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios nos dio el regalo más grande al darnos el Salvador. Jesucristo es nuestro Salvador. ¡Él nos rescató del infierno! Llevó vida perfecta y murió en la cruz para pagar por todos nuestros pecados. Dado que él satisfizo las justas órdenes de Dios, se levantó de la muerte al tercer día. Dios ha declarado a los pecadores “inocentes” y perdonados a través de Cristo. ¡Quién sea creyente en Jesús no perecerá en el infierno sino que tendrá vida eterna en el cielo! A pesar de nuestros pecados, ¡Dios nos salvó!

Romanos 6:23 lo expresa de la siguiente manera: “La paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”. Lo que merecemos de Dios es el castigo eterno y la muerte eterna. Pero lo que Dios nos ha dado, a través de Cristo, es vida eterna en el cielo. ¡La salvación es un don gratuito! Romanos 5:6-9 explica todo esto:

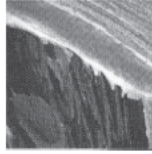
Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el

bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.

Nosotros hemos sido justificados, es decir, perdonados, por la muerte de Jesús. Por la fe en él, no tendremos que afrontar la ira de Dios. Nosotros los creyentes no tenemos que perecer en el infierno.

Podemos aprender mucho acerca del infierno en la Escritura, ¡pero agradezcamos a Dios que no tenemos que ir allá y aprender más de él por experiencia propia! No importa qué tan dura pueda parecer la vida, nosotros podemos estar agradecidos que no estamos en el infierno y que no vamos a estar allí por siempre. Ahora, ¿no esa una buena razón para adorar y alabar a nuestro Salvador? Él nos rescató de lo que nosotros merecíamos.



8

Definición bíblica del gozo eterno del cielo

Algunas veces, las preguntas más difíciles de contestar provienen de los niños pequeños. Los más pequeños chiquitines hacen preguntas como: “Papi, ¿por qué es azul el cielo?” “Mami, ¿de dónde viene el viento?” Sólo imagine si un niño jalara su abrigo y le preguntara muy amablemente: “¿Qué es el cielo?”

Dios quiere que estemos preparados para contestar preguntas. Primera de Pedro 3:15 dice: “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo aquel que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. ¿Está usted preparado para dar la respuesta? ¿Qué es el cielo? Hay muchas maneras en las que podemos contestar esa pregunta. Busquemos en las Escrituras para ver lo que la Biblia nos enseña acerca del cielo.

Vida eterna

Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la vida interminable con Dios en el cielo. Daniel esperaba el día del juicio y dijo: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua” (12:2). Nosotros vivimos en la época del Nuevo Testamento. Tenemos la misma esperanza. Juan 3:16 dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”.

No todos reciben esta vida. Jesús dice: “Angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14). El problema es el pecado. Romanos 6:23 nos dice: “La paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”. Nosotros los pecadores merecemos la muerte, es decir, la separación de Dios. Sin embargo, Dios nos da vida eterna a través de Jesucristo, quien llevó vida perfecta por nosotros y murió en la cruz en nuestro lugar. Él se levantó de la muerte porque había conseguido el perdón para los pecadores. Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). El cielo es vida eterna después de la muerte temporal. Es la vida que los creyentes tendremos por siempre después de que esta vida haya terminado.

Salvación

La Palabra de Dios describe el cielo en términos de salvación, de ser salvos de la condenación eterna en el juicio final. Jesús dice: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Luego, el apóstol Pablo, siendo inspirado por Dios, escribió: “Dios no nos ha puesto para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:9).

Los creyentes en Jesús somos los herederos del cielo. Los creyentes “serán herederos de la salvación” (Hebreos 1:14). Nosotros seremos finalmente salvos, cuerpo y alma, cuando Cristo venga en el día final. Hebreos 9:28 explica que “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan”.

Herencia

Puesto que nosotros los creyentes somos los herederos del cielo, la Escritura lo describe como nuestra herencia. En el día final, Jesús dirá a los creyentes: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Después, el inspirado apóstol Pedro describió el cielo como “una herencia incorruptible, incontaminada, e inmarchitable” (1 Pedro 1:4). Ya que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado y nos hace posible entrar al cielo, Hebreos 9:15 agrega: “Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que, interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna”.

En el último libro de la Biblia, el Señor Dios ofrece la siguiente promesa clara a los creyentes: “El vencedor heredará todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). ¡Si sólo pudiéramos ver lo que heredaremos! Sin duda, mientras esperamos valdrá la pena esperar el cielo así como valdrá la pena cualquier sufrimiento que debamos soportar o superar.

Gloria

En Romanos 8:17,18, la Escritura hace la siguiente comparación entre nuestro sufrimiento y la gran gloria del cielo: “Y si [somos] hijos, también [somos] herederos;

herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” Comparado con el cielo, nuestro sufrimiento parece insignificante; “pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). El apóstol Pablo creía firmemente que el cielo vale la pena, no importa la cantidad de sufrimiento que podamos soportar como cristianos aquí.

Pablo como apóstol sufrió porque llevó el evangelio a otros. En 2 Timoteo 2:10, reveló una razón clave por la que estaba dispuesto a sufrir persecución y dolor: “Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna”. La Biblia describe el cielo como gloria eterna.

Descanso

La Escritura también describe el cielo como un lugar de descanso eterno. Apocalipsis 14:13 dice: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí... descansarán de sus trabajos.” Esta imagen placentera ofrece esperanza a los creyentes que están cansados y fatigados, de las luchas de esta vida. El apóstol Pablo sabía lo que era sentirse fatigado. Muchos ministros llamados y laicos en la iglesia, también se sienten cansados, sirviendo a Dios bajo condiciones difíciles. En ocasiones pueden sentirse desanimados y deprimidos, no queridos, muy tensionados y sobrecargados. ¡Hay esperanza! Nosotros descansaremos por siempre en el cielo. Mientras más sufra, mientras más cansado y fatigado se sienta, la descripción del cielo se vuelve más atractiva.

A menudo, el pueblo de Dios se las arregla sin el descanso necesario. Ellos pasan noches sin dormir. Trabajan muy duro. Sufren las palabras y acciones crueles de los incrédulos. Pero un día, el pueblo de Dios descansará en paz, gozando en la luz perfecta del Hijo de Dios.

Aquellos que se oponen a Dios y a su mensaje, no obtendrán este descanso. Dios ha declarado bajo juramento, con justo enojo que: “no entrarían en mi reposo” (Salmo 95:11). Nosotros los creyentes entraremos en ese reposo. ¡Gracias a Dios! Hebreos 4:9-11 anima a los creyentes diciendo: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios, porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo.”

En ocasiones, el pueblo de Dios muere joven. Mueren como niños o en la flor de la vida. La gente se pregunta: “¿Por qué?” Con frecuencia, nosotros no sabemos por qué Dios permite que esto suceda. Sin embargo, Isaías 57:1,2 revela que “por la maldad es quitado el justo; pero él entrará en la paz”. Quizá un niño haya caído en daño espiritual y tentación, por lo que el Señor sabía y amorosamente lo llamó a casa para librarlo del mal. Quizá un joven sólo necesitaba entrar en paz y reposo más temprano. Sólo Dios sabe. Pero, ¿no es reconfortante saber que los creyentes están mejor en el cielo que en la tierra? ¡El pueblo de Dios realmente va a un mejor lugar! Ellos encuentran reposo después de la muerte, gracias a Jesús.

Hay un lugar do quiero estar
 Muy cerca de mi Redentor;
 Allí podré yo descansar
 Al fiel amparo de su amor. (CC 241:1)

Banquete de bodas/fiesta

Una de las formas más comunes en las que la Biblia describe el cielo es con la ilustración de una gran fiesta. En Mateo 25:10, Jesús describe la fiesta celestial como un banquete de boda: “Pero mientras ellas [las vírgenes insensatas] iban a comprar, llegó el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta”. Apocalipsis 19:9 dice: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”. Aquellos que están incluidos en el banquete celestial realmente serán bendecidos y estarán felices por siempre.

En las parábolas, las imágenes del banquete celestial describen la unión, el placer, y el gozo, que tendremos en la presencia de nuestro Salvador en el cielo. Dado que nuestras mentes humanas no pueden captar que tan bueno será el cielo, el Señor lo describe en imágenes. No debemos insistir en interpretar literalmente los detalles de estas imágenes. Son imágenes para enseñar un punto más importante. Tendremos una comunión gozosa con nuestro Salvador en el cielo.

Algunos de los pasajes de la Biblia que hablan del cielo como una fiesta, aparecen en secciones de la Escritura que no son figuradas. Jesús estaba hablando de la gran fe del centurión cuando dijo: “Vendrán del oriente y del occidente, y participará en el banquete con Abraham, Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos” (Mateo 8:11 NVI). Jesús claramente estaba hablando a sus discípulos acerca del reino celestial cuando dijo: “Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino” (Lucas 22:30). Cuando Jesús instituyó el sacramento de la Santa Cena, el Jueves Santo, dijo: “Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mateo 26:29). El “fruto de la vid” era el vino. ¿Beberemos vino en el cielo en comunión con Jesús?

Las palabras de Cristo en el párrafo anterior apoyan la idea que nosotros ciertamente comeremos y beberemos, con Jesús en el cielo, así como participamos realmente de la Santa Cena aquí en la tierra. Sabemos que tendremos cuerpos glorificados después del día del juicio. A la luz de las palabras de Cristo, citadas previamente, yo creo que puede ser que disfrutaremos de buena comida y bebida, en una fiesta real en el cielo. Sin embargo, debemos ser cautelosos de los detalles porque “ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

Viendo a Dios (la visión de Dios)

La mayoría de luteranos que escriben libros de doctrina sobre el cielo, afirman que la esencia misma del cielo es ver a Dios. Job, un creyente del Antiguo Testamento, esperaba ver a Dios. Él dijo: “Después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:26,27). En la profundidad de su sufrimiento, Job anhelaba ver a Dios con sus propios ojos después de la resurrección de la muerte. Los creyentes hacen bien en anhelar ver a Dios. El rey David escribió: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17:15). Nosotros veremos a Dios el día del juicio. Y nosotros estaremos satisfechos viendo a Dios. No importa realmente qué tan grandes sean los placeres del cielo, nada nos dará mayor satisfacción que ver a nuestro Señor y Salvador por toda la eternidad.

En las bienaventuranzas del Sermón del Monte, Jesús dice: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios” (Mateo 5:8). Los pecados de los creyentes han sido lavados de tal forma que sus corazones son puros. Jesús dice:

“Verán a Dios”. El Apóstol Pablo se refirió a este encuentro cara a cara, cuando escribió en 1 Corintios 13:12: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara”. El autor de la epístola a los Hebreos usó esta enseñanza para animar a llevar la vida santificada. “Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (12:14).

El apóstol Juan escribió muy claramente de esta visión de Dios en 1 Juan 3:2: “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”. Nosotros los creyentes somos los hijos de Dios. ¡Nosotros veremos a Dios!

El último capítulo de la Biblia nos señala el tiempo cuando llegaremos al cielo a salvo y veremos a nuestro amoroso Dios. La siguiente descripción suena un poco como regresar al huerto del Edén:

Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán, verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 22:1-5)

Otros que ven a Dios

Nosotros los creyentes no somos los únicos que vemos a Dios. También los ángeles quienes siempre ven a Dios. Jesús dice: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:10). De

alguna manera, siempre es posible para los ángeles guardianes ver el rostro de nuestro Padre celestial, mientras protegen constantemente a los creyentes aquí. Esto es lo que lleva a algunos a decir que el cielo no es un lugar lejano. Puede ser como otra dimensión o reino que simplemente no se nos es permitido ver en esta vida.

No todos los que vean regresar a Jesús en el día del juicio, estarán alegres. Los incrédulos tendrán una buena razón para estar trastornados, asustados, y llenos de tristeza. Apocalipsis 1:7 dice: “He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por causa de él. Sí, amén.” En el día final, “todo ojo lo verá”. Todos los incrédulos se lamentarán por una buena razón; pues ellos serán condenados.

Los creyentes no se lamentarán al ver el regreso de nuestro Salvador, sino que se regocijarán. Jesús dice: “También vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22). Los creyentes serán salvos en el juicio final y gozarán de la mirada bendita de Dios por toda la eternidad.

Por lo tanto, los creyentes aún podemos estar alegres en medio del sufrimiento. El apóstol Pedro lo expresó de la siguiente manera: “Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:13). Jesús describe este encuentro final en el día del juicio como un acontecimiento jubiloso para sus creyentes. Será en ese momento que Jesús dirá: “Entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:23).

Alabamos “a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24). ¡Lo alabamos ahora y siempre!

La morada de Dios

“¡Nuestro Dios está en los cielos!” (Salmo 115:3). El cielo es el hogar, o sea, la morada de Dios. No obstante, él no se limita a un cierto lugar. “Jehová es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra” (Deuteronomio 4:39). Dios es omnipresente, es decir, que está presente en todas partes. El rey David se dio cuenta de esto y preguntó: “¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás” (Salmo 139:7,8). Por lo tanto debemos enseñar que Dios está en todas partes y que está en los cielos. David, siendo inspirado por el Espíritu Santo, escribió en otra parte: “Jehová estableció en los cielos su trono y su reino domina sobre todos” (Salmo 103:19). Y nuevamente, leemos en el Salmo 115:3: “¡Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho!”

Esto lleva a los pecadores a una gran humildad. Eclesiastés 5:2 dice: “No te des prisa a abrir tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra. Sean, por tanto, pocas tus palabras.” Dios sí escucha todo y tiene el poder para juzgar y castigar. Según la ley de Dios, hay una buena razón para temer a Dios. Él es santo y nosotros somos pecadores.

Sin embargo, el evangelio cuenta otra historia. Dios amorosamente envió a nuestro Salvador Jesús. A través de la fe en él, Dios es nuestro Padre amoroso. Por lo tanto podemos orar: “Padre nuestro que estás en los cielos” tan clara y confiadamente como los niños queridos hablan con sus queridos padres (Mateo 6:9). Y nuestro Padre amoroso contestará nuestras oraciones. Jesús dice: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13).

¿Se dio cuenta de las tres personas del Dios trino en esa

frase? Jesús está hablando acerca de su Padre celestial que envía al Espíritu Santo a los creyentes. Las tres personas del Dios trino moran en el cielo. El único Dios verdadero vive en el cielo. Después que Jesús, el Hijo de Dios, nos redimió del pecado, ascendió al cielo. Hebreos 1:3 lo dice de esta manera: “Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.”

La morada de los ángeles

El cielo es también la morada de los ángeles. Jesús está hablando sobre su regreso el día del juicio, cuando dice: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos” (Mateo 24:36). Los ángeles están en el cielo, viviendo en gloria eterna. Pero aún así, ellos no saben cuándo regresará Cristo para el juicio final.

Jesús nuevamente está hablando acerca de la resurrección, en el día final, cuando revele que los ángeles viven en el cielo. El dice: “porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en los cielos” (Marcos 12:25). Los ángeles en el cielo no se casan.

Los ángeles son muy rápidos, pero no están presentes en todas partes (omnipresentes). De alguna manera, los ángeles guardianes ven al Padre en el cielo. Jesús dijo: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:10).

La morada eterna de los creyentes

Nosotros sólo somos extranjeros aquí; el cielo es nuestro hogar. El cielo es la morada eterna de todos los creyentes en

Jesús. Cuando el creyente Lázaro murió, su alma fue al cielo. Apocalipsis capítulo 6 revela que las almas de los fieles mártires están ahora mismo en el cielo. Después, Juan escribió: “Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4). ¡Esas almas están en el cielo! Los creyentes que ya han muerto son la “familia en los cielos”, de Dios, mientras que nosotros somos la familia de Dios “en la tierra” (Efesios 3:15). Ellos son la iglesia triunfante; nosotros somos la iglesia militante.

En el día final, después de la resurrección de los muertos, Jesús nos llevará a todos juntos al cielo, en cuerpo y alma. Jesús “dirá a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo’” (Mateo 25:34). Entonces todos los creyentes entrarán a la gloria eterna.

El cielo es la morada de todos los creyentes en Jesús. Por supuesto, no todas las personas son creyentes, y no todas entrarán al cielo. Jesús advirtió a los incrédulos: “Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob, y a todos los profetas, en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos” (Lucas 13:28). Con estas palabras, Jesús revela el nombre de algunas almas que ya están en el cielo. Abraham, Isaac, y Jacob, están en el cielo. Todos los fieles profetas están en el cielo. ¡Dios permite que nosotros unamos a ellos!

¡Jerusalén, hogar feliz, sagrado para mí!
Mis penas ¿cuándo cambiaré por gozo y paz en ti?

Y ¿cuándo, oh casa de mi Dios, tus atrios pisaré?
Y ¿cuándo allí, oh Salvador, tu gloria cantaré?

Profetas miles hay allá que adoran a Jesús;
Apóstoles y mártires disfrutan de su luz.

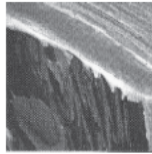
Muy pronto yo también iré a ti, dichoso hogar,
La gracia de mi amado rey con ellos a alabar. (CC 345:1-4)

El camino al cielo

¿Cómo nos podemos unir con los patriarcas y los profetas?
¿Cómo podemos ser incluidos en el número de los que van al cielo? Usted ya debe haber encontrado la respuesta en estas páginas, pero por si acaso no, repasemos. Jesús dijo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Jesús es el Hijo de Dios quien por nosotros vivió de manera perfecta. En nuestro lugar murió en la cruz para pagar nuestro rescate. Y luego se levantó de la muerte. Jesús obtuvo el perdón para todas las personas, y por consecuencia, quien sea creyente en Jesús recibirá vida eterna. En otro lugar, Jesús dice: “El que crea y sea bautizado, será salvo” (Marcos 16:16). ¡Que Dios nos conceda eso a todos nosotros! ¡Que todos nosotros seamos hechos creyentes en Jesús y alcancemos la grandiosa morada eterna que Dios nos ha preparado en el cielo!

Dios ya está allá. Los ángeles ya están allá. Los creyentes que ya partieron están allá. ¡Que nosotros también lleguemos seguros allá!

Nosotros comenzamos este capítulo con la pregunta de un niño: “¿Qué es el cielo?” Ahora, ¿qué le diría usted al niño que le hizo esa pregunta? Usted puede responder así: “El cielo es donde los creyentes en Jesús vamos a gozar la vida con Dios por siempre.”



9

El cielo: antes y después del día del juicio

Es sorprendente lo que una Biblia digital puede hacer. Acabo de buscar la palabra *cielo* en mi versión digital de la Reina Valera, y al instante aparecen 392 usos de este término. Otros 365 usos aparecieron cuando busqué *cielos*. Claramente el término *cielos(s)* aparece frecuentemente en la Biblia, demasiado a menudo como para estudiar cada uso en un libro de este tamaño. Sin embargo, mientras uno lee la larga lista de pasajes de la Biblia en los cuales el término *cielo(s)* es usado, llega a ser evidente que hay tres definiciones principales.

El firmamento

El primer uso de *cielo(s)* está en el primer versículo de la Biblia. Génesis 1:1 dice: “En el principio creó Dios los *cielos* y la tierra”. Parece difícil descubrir exactamente lo que los *cielos* significan aquí. Básicamente, los cielos son lo que ve

sobre usted cuando mira hacia arriba. Esta frase “los cielos y la tierra” aparece diez veces en el Antiguo Testamento. Parece ser un término para universo, que incluye una variedad de cosas. Éxodo 20:11 tiene una expresión ligeramente diferente cuando dice: “En seis días hizo Jehová los *cielos* y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay”. El término *cielos* parece ser usado para todo lo que está sobre nosotros desde nuestra perspectiva en la tierra.

En Génesis 1:20, la NVI traduce el término hebreo para los cielos con la palabra *firmamento*. “Y dijo Dios: . . . ‘Que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del *firmamento [cielos]*’”. Aquí, el cielo es el lugar donde las aves vuelan, sobre la tierra.

El Salmo 19:1 revela por medio de frases paralelas en poesía hebrea que el *cielo* puede, en efecto, significar “firmamento.” “Los *cielos* cuentan la gloria de Dios y el *firmamento* anuncia la obra de sus manos.” Los cielos y el firmamento significan lo mismo en este pasaje.

Cuando yo era un niño pequeño, entendí mal la intención de aquellos que construyeron la torre de Babel. Yo pensé que estaban tratando de construir un edificio que llegara al cielo mismo, pero ahora sé que estaban intentando construir un rascacielos, un edificio que llegara hasta el firmamento. Su maldad fue que desobedecieron el mandato de Dios de esparcirse por todo el mundo. Los constructores de la torre dijeron: “Vamos, edificuémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue *al cielo*; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra” (Génesis 11:4).

El espacio

Algunas veces el término *cielo(s)* puede significar el espacio exterior o intergaláctico. En Génesis 1:14-16 Dios dice:

“Haya lumbreras en *el firmamento de los cielos* para separar el día de la noche, que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y sean por lumbreras en *el firmamento celeste* para alumbrar sobre la tierra.” Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señoreara en el día, y la lumbrera menor para que señoreara en la noche; e hizo también las estrellas.

Una vez más, los cielos son lo que ve sobre usted cuando mira hacia arriba desde la tierra. Cuando levanta la vista durante el día, ve el sol. Cuando levanta la vista en la noche, ve la luna y las estrellas. El sol, la luna, y las estrellas, se encuentran en el firmamento de los cielos. Están en lo que hoy en día llamamos espacio exterior, o simplemente, el espacio.

Cuando Dios le estaba dando su grande y amorosa promesa a Abraham, él llevó afuera al hombre de fe y le dijo: “Mira ahora los *cielos* y cuenta las estrellas, si es que las puedes contar”. Luego Dios le dijo a Abraham: “Así será tu descendencia” (Génesis 15:5). Cuando Dios dijo: “Mira ahora los cielos”, él estaba invitando a Abraham a mirar hacia el espacio exterior en donde están las estrellas. Quizá esto nos ayude a entender Deuteronomio 10:14: “De Jehová, tu Dios, son los *cielos y los cielos de los cielos*, la tierra y todas las cosas que hay en ella”. El cielo puede ser el firmamento; puede ser el espacio exterior; o puede ser el paraíso, la morada de Dios y sus ángeles.

El acielo/El paraíso

Estrictamente hablando, el cielo es la morada de Dios. El Salmo 115:3 dice: “¡Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho!” Eclesiastés 5:2 aplica esta verdad: “No te des prisa a abrir tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra. Sean, por tanto, pocas tus palabras”.

Por lo tanto, el primer cielo es el firmamento; el segundo,

el espacio exterior; y el tercero, el paraíso, la morada de Dios. El apóstol Pablo lo llama *el tercer cielo* en 2 Corintios 12:1-4:

Ciertamente no me conviene gloriarme, pero me referiré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

Las frases anteriores revelan que el tercer cielo es el mismo lugar que el paraíso. Pablo fue llevado al tercer cielo, que es el paraíso. Mayormente en este libro, reservaremos el uso del término *cielo*, tanto como sea posible, para este tercer cielo, que es el paraíso.

Los cielos

primer cielo	firmamento
segundo cielo	espacio
tercer cielo	cielo o paraíso

La ubicación del cielo

¿Dónde está el tercer cielo, el lugar donde Dios mora? La mayoría de los creyentes tiende a pensar del cielo como un lugar allá arriba, sin pensar en algún lugar en particular. En realidad, hay pasajes de la Biblia que nos llevan a pensar de esa manera. Cuando Jesús ascendió, la Biblia dice: “Fue recibido arriba en el cielo” (Marcos 16:19). Los discípulos vieron a Jesús ascender, pero ¿a dónde fue? Hechos 1:9 dice: “Y lo recibió una nube que lo ocultó de sus ojos”. Los discípulos mantuvieron sus ojos en el firmamento. Dos

ángeles les explicaron que Jesús había sido llevado “al cielo” (versículo 11).

Allí Jesús está sentado “a la diestra de Dios” (Marcos 16:19; Colosenses 3:1). Cuando Esteban el mártir estaba muriendo, él, “puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hechos 7:55). Según Hebreos 10:12, Jesús “se ha sentado a la diestra de Dios” después de haber “ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados”. Como nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesús es exaltado y glorificado en el cielo.

Nos preguntamos: “¿Qué es la diestra de Dios? ¿Dónde está?” Efesios capítulo 1 explica que, dado que Jesús está sentado a la diestra de Dios en el cielo, él está “sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (versículo 21). La diestra de Dios es el puesto máximo de autoridad. Jesús está sobre todos. Dios “sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (versículo 22). Jesús reina sobre el universo entero, cuidando de la iglesia invisible de todos los verdaderos creyentes y gobernando para su bien. Por lo tanto, la diestra de Dios es un puesto de autoridad.

No debemos pensar en la diestra de Dios como un sitio en algún lugar “allá afuera”, porque Efesios capítulo 4 nos dice que Jesús “subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (versículo 10). Jesús ascendió a la diestra de Dios para llenarlo todo. No debemos pensar que Dios está localmente limitado a un trono al lado derecha de Dios Padre. El Dios trino es omnipresente, es decir, que está presente en todas partes. Aun si Dios estuviera ubicado al lado derecha de Dios Padre, eso todavía lo ubicaría en todas partes.

Jesucristo explica lo que significa estar sentado a la diestra de Dios Padre, cuando dice: “Toda potestad me es dada en el

cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Él tiene un puesto de autoridad y está en todas partes. Jesús dice: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (versículo 20).

Así pues, Jesús está a la vez en el cielo y en todas partes. ¡De hecho, Jesús estaba en el cielo mientras caminaba en esta tierra! Como la segunda persona del Dios trino encarnado, Jesús está en íntima relación con Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo. Como el Dios-hombre, Jesús estaba en el cielo aun mientras estaba en la tierra. Él reveló esto cuando dijo a Nicodemo: “Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, *que está en el cielo* (Juan 3:13). La NVI excluye la frase “que está en el cielo” y la pone como nota al pie de página, mientras que la Reina Valera la dejan en el texto. Hay una buena evidencia de que estas palabras debieron ser incluidas en el texto. El problema es que mucha gente no puede entender cómo puede ser posible esto. ¡Jesús es verdadero Dios! Él puede hacer lo imposible, “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Colosenses 2:9). En Jesús, toda la plenitud de Dios estaba morando en forma corporal. Dios está en el cielo. Por tanto, Jesús, siendo el Dios-hombre, estaba en el cielo al mismo tiempo que estaba aquí en la tierra. Esto es bastante profundo, pero ¿realmente podemos esperar comprender todos los misterios del Dios trino con nuestras pequeñas y pecaminosas mentes humanas?

La Escritura tiene más que decir acerca de dónde está el cielo. Miremos más de cerca a los ángeles, esos espíritus poderosos que les sirven a los creyentes. Nosotros sabemos que los ángeles están en el cielo, ¿verdad? Y sabemos que nos protegen. El Salmo 91:11,12 dice: “Pues a sus ángeles mandará [Dios] acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán para que tu pie no tropiece en piedra.” Los ángeles son muy, muy rápidos, pero no son omnipresentes. Dios puede estar en todas partes, al mismo

tiempo. Los ángeles no. Por lo tanto, intente contestar esta pregunta: ¿Están los ángeles en el cielo, en la tierra, o en ambos?

Eche un vistazo a lo que Jesús dice en Mateo 18:10: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”. ¿Entendió eso? La frase “sus ángeles” se refiere a los ángeles guardianes. Los ángeles que protegen a “estos pequeños”, estos creyentes, sin duda deben estar en la tierra. Estos ángeles están cuidando al pueblo de Dios. Sin embargo, estos mismos ángeles guardianes al mismo tiempo son descritos como estando en el cielo. Además, Jesús dice que ellos “ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”. ¿Cómo pueden hacer eso? Ellos no son omnipresentes. Sin embargo, pueden proteger al pueblo de Dios en la tierra y estar en el cielo viendo a Dios, ¡todo al mismo tiempo!

Esto es lo que llevó a un profesor de teología muy astuto a decir que el cielo pudiera ser otra dimensión. Después de estudiar algunos de los mismos pasajes bíblicos que acabamos de estudiar, el Dr. Siegbert Becker escribió: “Por lo tanto, es quizá mejor mantenerse con las palabras de la Biblia para pensar en el cielo, no como un lugar lejano más allá de las estrellas, sino simplemente como otro reino de existencia u otra dimensión del ser.”⁴²

El cielo antes del día del juicio

Nosotros ya hemos aprendido que Dios y los ángeles, están en el cielo. Las almas de los creyentes también están en el cielo, pero no sus cuerpos. Sólo hay un par de raras excepciones a esta regla (Enoc y Elías nunca murieron; ver Génesis 5:24; Hebreos 11:5; y 2 Reyes 2:11). Eclesiastés 12:7 dice: “El polvo [vuelve] a la tierra, como era, y el espíritu [vuelve] a Dios que lo dio”. Cuando Jesús le dijo al creyente

malhechor: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43), nuestro Señor quiso decir que lo que iría al cielo ese mismo día, era el alma del hombre, no su cuerpo.

Los creyentes siguen viviendo después de esta vida. Sus cuerpos son sepultados y se descomponen. Algunas veces sus cuerpos son incinerados. Pero las almas de los creyentes siguen viviendo en el cielo. Cuando Jesús murió, encomendó su alma en las manos de su Padre celestial (Lucas 23:46); su alma fue al cielo. Ese mismo día Jesús le dijo al creyente ladrón, mientras colgaba en otra cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (versículo 43). Jesús fue al paraíso cuando murió, y este ex-ladrón estaba allí con Jesús, desde ese mismo día. Esteban el mártir vio a Jesús en el cielo y oró: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Cuando el fiel Esteban “durmió” en la muerte (versículo 60), su alma fue directamente al cielo.

Nosotros sabemos con certeza que Abraham está en el cielo. Génesis 25:8 nos dice que cuando ese gran hombre de fe murió, “fue reunido a su pueblo”, es decir, que su alma fue al cielo. En el relato del hombre rico y Lázaro, este último está en el cielo con Abraham (Lucas 16:22,25). Sus almas están en el cielo, no sus cuerpos.

Incluso los creyentes pueden anhelar morir, porque dejan sus cuerpos atrás y van al cielo. El apóstol Pablo fue movido a escribir: “Pero estamos confiados, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor” (2 Corintios 5:8). Los creyentes en Jesús pueden muy bien tener “deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23).

Al apóstol Juan le fue dado una visión del cielo. Dios le permitió ver las *almas* de los mártires en el cielo. En Apocalipsis 6:10, Juan escribió que las *almas* de los mártires en el cielo se preguntaban cuánto tiempo pasaría hasta que el Señor juzgara la tierra y vengara su sangre. En el capítulo 20

de ese mismo libro, Juan escribió: “*Vi las almas* de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” (versículo 4).

El Dr. Becker proporciona este comentario útil:

Cuando [Juan] dice que vio las almas de los que habían sido decapitados, fue como si dijera a esa iglesia llena de tristeza: “El gobierno del imperio ha decapitado a nuestros hermanos y hermanas, en Cristo. Parece que han triunfado los enemigos de la iglesia y que la iglesia está derrotada. Nuestros amigos están muertos. Sin embargo, el gobierno sólo ha aniquilado sus cuerpos. Y esto es todo lo que vemos con nuestros ojos mortales. Pero Dios me ha concedido una visión en la que vi sus almas. Éstas no yacían allí en la arena ensangrentada, sino que se sentaban en tronos en el cielo. No estaban muertos; vivían y reinaban con Cristo.” ¡Qué mensaje de ánimo y esperanza!⁴³

Que nosotros también encontremos ánimo y esperanza en estas palabras de la Escritura.

¿Alguna vez se ha detenido a pensar cómo será entrar al cielo? Cuando uno junta todos los pasajes de la Biblia, aún es difícil imaginar cómo será. Mucho de esto lo sabemos: será maravilloso y perfecto y más allá de nuestros sueños más deseados. Finalmente nos dará gran gozo ver el rostro de nuestro Señor y estar con él por toda la eternidad. Será grandioso reunirse con los creyentes en el cielo. Pero antes del día del juicio, solo nuestras almas estarán en el cielo.

El día del juicio

En el día del juicio, Jesús levantará a todos los muertos. Si para ese entonces hemos muerto, él también levantará nuestros cuerpos del sepulcro. Nuestras almas se reunirán con nuestros cuerpos y nuestros cuerpos serán glorificados. Nosotros creemos lo que la Escritura enseña acerca del día del juicio:

Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (1 Tesalonicenses 4:14-17)

El folleto doctrinal *En esto creemos*, explica:

Creemos que cuando Jesús regrese y su voz sea oída por toda la tierra, todos los muertos se levantarán, es decir, sus almas se reunirán con sus cuerpos (Juan 5:28,29). Junto con los que aún viven, los resucitados comparecerán ante su trono de juicio. Los incrédulos serán condenados a la eternidad en el infierno. Aquellos que por fe han sido limpiados en la sangre de Cristo, serán glorificados y vivirán con Jesús por siempre en la bendita presencia de Dios en el cielo. (Filipenses 3:21)⁴⁴

El cielo después del día del juicio

Después del día del juicio, cada creyente estará en el cielo, en cuerpo y alma. Tendremos nuestros mismos cuerpos. Job, un creyente del Antiguo Testamento, esperaba esto con anhelo. Él dijo: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:25-27). Job sabía que cuando muriera, su cuerpo se descompondría. Sin embargo, por fe, él también sabía que se levantaría de la muerte. Él sabía que vería a Dios con sus propios ojos y que experimentaría la bendita visión de Dios por toda la eternidad.

Jesús enseña que en el día final: “todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida” (Juan 5:28,29). Jesús levantará a todos los muertos. Marta, la hermana de Lázaro, sabía esto. Cuando su hermano murió, Marta tuvo consuelo en este hecho. Ella dijo: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final” (11:24).

El cuerpo resucitado

Los cuerpos de los creyentes se levantarán de la muerte. Ellos serán glorificados y por eso nunca más parecerán descompuestos y podridos. Serán perfectos, como el cuerpo de nuestro Señor resucitado. Filipenses 3:20,21 dice: “[El Señor Jesucristo] transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo.” El Señor reveló a los creyentes del Antiguo Testamento que “los entendidos *resplandecerán* como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, *como las estrellas*, a perpetua eternidad” (Daniel 12:3). Esto suena maravilloso, pero es difícil para nosotros entenderlo o explicarlo. ¿Cómo serán realmente nuestros cuerpos?

Un lugar para estudiar y encontrar más información es el gran capítulo sobre la resurrección: 1 Corintios capítulo 15. Allí leemos: “Así también sucede con la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (versículos 42-44).

Cuando los creyentes se levanten de la muerte, ellos tendrán cuerpos inmortales, es decir, que nunca morirán de nuevo. Ellos serán levantados en gloria y poder. Cada creyente tendrá un cuerpo espiritual.

Es difícil saber exactamente qué se entiende por “cuerpo espiritual”. Por lo general los espíritus son invisibles. Sin

embargo, no parece probable que nosotros seremos invisibles, como los espíritus. Nosotros tendremos los mismos cuerpos, aunque glorificados, que teníamos antes de morir. En el Antiguo Testamento, Job dijo: “En mi carne he de ver a Dios... mis ojos lo verán, no los de otro” (Job 19:25-27).

Filipenses 3:21 revela que nuestro Salvador “transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo”. Nuestros cuerpos serán transformados, pero serán cuerpos como el cuerpo glorioso de nuestro Señor resucitado. Sin duda, él no fue un fantasma, como lo demostró después de resucitar de la muerte.

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Pero como todavía ellos, de gozo, no lo creían y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron un trozo de pescado asado y un panal de miel. Él lo tomó y comió delante de ellos. (Lucas 24: 39-43)

El cuerpo resucitado de nuestro Salvador tenía carne y huesos. Su cuerpo era material. Incluso se comió un pedazo de pescado asado. Nuestros cuerpos serán como el cuerpo de nuestro Salvador resucitado. Nosotros también tendremos carne y huesos. ¿Podría ser esto un indicio de que vamos a poder disfrutar de la comida en el cielo? Parece probable, pero debemos esperar hasta que lleguemos allá para estar seguros de eso.

Lo más probable es que, el término *espiritual* (1 Corintios 15:44) se refiere al estado de exaltación de los cuerpos resucitados de los creyentes. Ya nuestros cuerpos no estarán sujetos a los efectos o tentaciones del pecado. Ya no tendremos que soportar la obra negativa de nuestro viejo Adán. Nuestros cuerpos estarán en plena armonía con la

voluntad de Dios, siguiendo completamente los pasos del Espíritu Santo. Ahora tenemos que soportar el conflicto constante entre nuestra vieja naturaleza pecaminosa y nuestra nueva naturaleza. Cuando nos levantemos de la muerte, nuestros cuerpos consistirán cien por ciento de la nueva naturaleza, y cero por ciento de la vieja naturaleza pecaminosa.

Esto es muy cierto: todos los muertos se levantarán. Para los creyentes, por tanto, la muerte es sólo un sueño del cual Jesús nos despertará. (Ver Mateo 9:24; Juan 11:11; y 1 Tesalonicenses 4:13.) Cuando eso suceda, “los justos *resplandecerán como el sol* en el reino de su Padre” (Mateo 13:43).

Los nuevos cielos y la nueva tierra

La Escritura describe el hogar eterno de los creyentes como los nuevos cielos y la tierra nueva. Este es el cielo después del día del juicio. El Señor dice: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De lo pasado no habrá memoria ni vendrá al pensamiento” (Isaías 65:17). Este hogar permanecerá para siempre (66:22). Por fe en la promesa de Dios, “nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). Este será el hogar de todos los justos, todos los creyentes cuyos pecados fueron limpiados y quienes fueron vestidos con la justicia de Jesucristo. El apóstol Juan miró hacia delante y vio nuestro hogar. Él escribió: “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado” (Apocalipsis 21:1). Pronto, nosotros los creyentes estaremos con Jesús en nuestro hogar celestial. Esto es lo que nuestro Señor prometió cuando dijo:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para

vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino... Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. (Juan 14:1-6)

¿Aniquilación o renovación?

Cuando el universo sea destruido en el día del juicio, ¿toda la materia y lo material será aniquilado o destruido de tal forma que no pueda ser renovado? La mayoría de los cristianos simplemente da por sentado que, cuando la Biblia dice que el mundo será destruido, esto significa aniquilación, es decir, que no quedará nada. A primera vista, la siguiente selección de 2 Pedro 3:6-13 parece dar esa idea. Sin embargo, al estudiar estas palabras, tenga en cuenta cuidadosamente los términos que describen esa destrucción.

Por lo cual el mundo de entonces *perció* anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán *deshechos*, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

Puesto que todas estas cosas han de ser *deshechas*, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán *deshechos*, y los elementos, siendo quemados, *se fundirán*! Pero nosotros

esperamos, según sus promesas, *nuevos cielos y nueva tierra*, en los cuales mora la justicia.

En el tiempo de Noé el mundo fue inundado y destruido. Al final del mundo, nuestro mundo presente también será destruido. Pero la inundación no aniquiló el mundo de tal manera que no quedara nada en absoluto. ¿Podría ser que después de que los elementos sean destruidos por fuego, Dios creará los nuevos cielos y la nueva tierra con el material que quedó después de la destrucción del mundo? La destrucción por fuego no necesariamente significa que toda la materia desaparece.

También Romanos 8:18-23, parece permitir esa forma de entenderlo. En estos versículos el apóstol siendo inspirado por Dios, escribió que la presente creación está esperando ser liberada de los efectos y las consecuencias del pecado. Mientras usted estudie las siguientes palabras, trate de contestar la pregunta anterior. ¿Dejará de existir la creación o será destruida y renovada?

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, porque *el anhelo ardiente de la creación* es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también *la creación misma será libertada* de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

La creación misma va a ser liberada de su esclavitud a la corrupción. La creación misma va a ser libre de aquellos

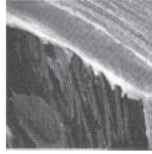
efectos terribles del pecado. Desde que el pecado entró en el mundo, éste ha sufrido. Hay problemas ambientales y desastres naturales. Hay cicatrices en todo el mundo. “*La creación misma será liberada.*” ¿Qué significa eso?

Algunos creen que esto significa que Dios destruirá el universo entero con fuego, derretirá todo y luego reutilizará esa materia para hacer un nuevo cielo y una nueva tierra en “los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas” (Hechos 3:21). Esto podría ser lo que estas palabras significan. Sin embargo, debemos ser cautelosos en afirmar esto como cierto. De lo único que estamos seguros es que el mundo entero será destruido con fuego en el día final.

¡Gracias a Dios nosotros estaremos a salvo con Jesús! Él regresará en el día final y levantará a todos los muertos. Después que los creyentes hayan sido levantados de la muerte, “nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).

En presencia estar de Cristo, ver su rostro, ¿qué será,
 Cuando al fin en pleno gozo mi alma le contemplará?
 Cara a cara espero verle, más allá del cielo azul;
 Cara a cara en plena gloria he de ver a mi Jesús.

Cara a cara, ¡cuán glorioso ha de ser así vivir!
 ¡Ver el rostro de quien quiso nuestras almas redimir!
 Cara a cara espero verle, más allá del cielo azul;
 Cara a cara en plena gloria he de ver a mi Jesús. (HEL
 326:1,4)



10

Descripción bíblica del cielo

La vida eterna en el cielo, es aún mejor de lo que nos podemos imaginar. La vida en el cielo es tan grandiosa que no podemos comprenderla mientras vivamos en este asolado mundo pecador. Nosotros sabemos qué es vivir en el mundo pecaminoso. Nosotros no sabemos qué es vivir en el mundo perfecto y santo. La Biblia comúnmente describe el cielo, revelando que no será como este mundo pecaminoso. El Espíritu Santo utiliza lo que nosotros conocemos para explicar lo que no conocemos. El cielo no será como el mundo que conocemos tan bien. El cielo será muy diferente.

Cuando los creyentes lleguen al cielo, “enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). Las “primeras cosas” son este mundo pecaminoso. Cuando lleguemos al cielo, este mundo pecaminoso, con todos sus problemas y dolores, quedará atrás.

Tengan por seguro, queridos creyentes, que Dios responderá nuestras peticiones de librarnos del mal. Cuando Dios nos lleve al cielo, él estará librándonos de todo ataque maligno. Cerca al fin de su vida, el apóstol Pablo fue inspirado a escribir: “Y el Señor me libraré de toda obra mala y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). Este mundo está lleno de ataques malignos a nuestra fe. El diablo, este mundo, y nuestra propia carne pecaminosa, obran en contra de los buenos propósitos de Dios para nosotros. Pero cuando lleguemos al cielo, seremos libres de estos ataques malignos.

Y también seremos libres de la muerte. De hecho, “el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15:26). Cuando lleguemos seguros al cielo, seremos inmortales. La gente ha buscado por todo el mundo, tratando de encontrar la “fuente de la juventud”, pero no la han hallado porque no existe. Y aun si existiera, este mundo permanecería lleno de dolor y sufrimiento. ¿Quién querría estar aquí por siempre? Pero el cielo es perfecto. Cuando lleguemos allá, nunca moriremos de nuevo (versículos 54-57).

¡Espere el cielo con anhelo!

Nosotros los creyentes tenemos una buena razón para esperar con anhelo nuestra morada celestial. Como nuestro Señor ha dicho, en este mundo, tenemos “aflicción” (Juan 16:33). Sin embargo, “es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, mientras que a vosotros, los que sois atribulados, daros reposo junto con nosotros” (2 Tesalonicenses 1:6,7). Piense en todas las aflicciones que los creyentes han afrontado en esta vida simplemente porque confiesan su fe en Jesucristo como su Salvador. Algunos se convierten en mártires; otros pierden su libertad o el respeto de otros. Algunos pierden sus amigos; otros se enfrentan al ridículo. Por medio de la fe en Cristo, todos estos creyentes

van al cielo. Cuando ellos lleguen allá, sus aflicciones y tribulaciones, son dejadas atrás. Cuando lleguen al cielo, estos creyentes finalmente habrán “salido de la gran tribulación” (Apocalipsis 7:14). Si usted ha sufrido por ser cristiano, sabe que el cielo es algo que esperamos con anhelo.

Algunas personas tienen miedo del día del juicio. Pero nosotros los cristianos no tenemos nada que temer. Nuestro Salvador viene para sacarnos de este mundo de problemas y llevarnos a nuestra morada en el cielo. Así que, cuando vea que ocurran los acontecimientos del día del juicio, “erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28). ¡Su redención final ha llegado!

¿Qué ha sufrido usted simplemente por ser cristiano? No importa cuál sea su respuesta. Cuando usted realmente piensa en lo que significa pasar toda la eternidad en el cielo, “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). De hecho, cuando es comparado con la eternidad en el mundo perfecto del cielo, nuestra “tribulación” en realidad es “momentánea” (2 Corintios 4:17). ¡No hay comparación entre estar 90 años aquí y la gloria que nunca termina en el cielo!

Pensando de esa manera, nos da una mejor perspectiva. El diablo y este mundo, nos afligen y nos atacan, para destruir nuestra fe. Nuestra propia carne pecaminosa nos traiciona y trata de llevarnos por el mal camino. No obstante, nosotros queremos ser “fieles” a nuestro Salvador aun “hasta la muerte,” porque sabemos que él nos dará “la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

No más lágrimas

Años atrás, cierto comercial afirmaba que comprar un determinado champú significaba “no más lágrimas”. Aunque el champú podría haber sido un poco menos irritante para los

ojos, no podía quitar las lágrimas que fluyen del dolor y la tristeza en este mundo echado a perder por el pecado. Sin embargo, Dios promete secar nuestras lágrimas cuando lleguemos al cielo. Isaías 25:8 proclama esto con claridad: “Destruirá a la muerte para siempre, y enjugará Jehová el Señor las lágrimas de todos los rostros y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho”.

Este mismo pensamiento se repite en Apocalipsis 7:17: “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”. Y aun lo leemos una vez más cerca del final de la Biblia: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (21:4). Ya que la muerte, la tristeza, y todas las consecuencias del pecado, serán dejadas atrás, no tendremos ninguna razón para llorar en el cielo.

El hecho de que Dios diga que él enjugará toda lágrima tiene algo que ver con nuestra vida terrenal. Aquí derramaremos lágrimas. Nosotros los cristianos no estamos exentos de los dolores y adversidades comunes de esta vida. Nosotros también experimentamos la tristeza cuando muere un ser querido. No es pecado llorar; pues nuestro Señor fue perfecto y aun leemos que “Jesús lloró” (Juan 11:35). ¡Es grandioso saber que no lloraremos de tristeza en el cielo!

No más hambre o sed

Yo soy como muchos americanos. Yo no sé lo que es estar verdaderamente hambriento. No ha habido ni un solo día durante toda mi vida en el que mi familia no haya tenido que comer. Algunas personas han afrontado días más difíciles de lo que a mí me ha tocado. Algunos han luchado para conseguir suficiente alimento para comer. Algunos que viven en el desierto saben lo que es realmente tener necesidad de agua. Saben qué es tener el sol golpeando sobre ellos. Las personas que han afrontado tales dificultades pueden apreciar la

promesa que cuando los creyentes lleguen seguros al cielo, “no tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá” (Isaías 49:10). Dado que la mayor parte de mi vida he estado en un clima del norte, realmente no comprendí estas palabras hasta que pasé un año en Phoenix, Arizona. Cuando la temperatura llegó a los 123 grados Fahrenheit (50 grados centígrados), entendí mejor lo que significa tener el sol golpeando sobre usted. En algunas partes de la Palestina, el clima es parecido al de Arizona. El pueblo de Dios podía apreciar esta promesa; ellos tendrían descanso en el cielo. Apocalipsis 7:16 dice: “Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno”.

Algunas veces la gente pregunta ¿cómo será la temperatura en el cielo? No nos han dicho, pero sabemos que no tendremos mucho calor o mucho frío. Estaremos en perfecta comodidad por toda la eternidad.

No más consecuencias del pecado

Cuando lleguemos al cielo, nunca más tendremos que sufrir ninguna de las consecuencias del pecado. Los habitantes del cielo no tienen que sufrir ninguna de las aflicciones causadas por el pecado porque, para ellos, “*las primeras cosas* ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). Sólo piense en todas las consecuencias del pecado, las cuales no tendremos que experimentar nunca más, una vez que alcancemos nuestro hogar en el cielo. Dios proveerá descanso eterno de todas las dificultades que afrontamos por causa de la entrada del pecado a este mundo. Cuando lleguemos al cielo, no habrá más guerras ni peleas de ninguna clase. Será bueno no tener que soportar riñas con la familia o peleas insignificantes. No seremos pecadores ni vamos a tener que lidiar con pecadores. No tendremos días difíciles en el trabajo. No estaremos ansiosos o nerviosos. No nos deprimiremos. No nos sentiremos perdidos. No tendremos que tomar medicamentos.

No tendremos que ir al médico para nada. Estaremos perfectamente sanos. No sufriremos las consecuencias del envejecimiento causado por el pecado. No asistiremos a ningún funeral más porque ¡allí no habrá muerte! Como leemos en la Escritura, tampoco tendremos que preocuparnos por comida o bebida.

Algunos dicen que no comeremos o beberemos en el cielo. Yo creo que eso probablemente es decir más de lo que dice la Biblia. No nos faltará comida o bebida. Es posible que disfrutemos de comida y bebida. (Ver la sección del capítulo 8 titulada: “Banquete de boda/fiesta” y Mateo 26:29; Lucas 22:30; Mateo 8:11). A continuación es como Lutero le describió el cielo a su hijo Juan en una carta:

Conozco un jardín bonito, hermoso, y alegre, donde hay muchos niños que usan pequeños trajes dorados. Recogen deliciosas manzanas, peras, cerezas, y ciruelas doradas y azules, debajo de los árboles. Cantan y brincan y están muy contentos. También tienen caballitos para montar, con bridas doradas y sillas de plata.⁴⁵

Obviamente Lutero trató de hacerle parecer el cielo lo más atractivo posible a su hijo. Nosotros sabemos que vamos a estar eternamente gozosos en el cielo. Comer y beber, podría ser parte de ese placer. Pero la mejor parte del cielo es que estaremos con Dios.

Con el Señor por siempre

Nosotros sabemos que en el cielo “estaremos siempre *con el Señor*” (1 Tesalonicenses 4:17). Esta será la bendición más grande para nosotros en el cielo, estar con nuestro Salvador y ver su rostro por siempre. La Palabra de Dios señala esto una y otra vez.

Jesús preparó un lugar para nosotros en el cielo, al morir en la cruz para pagar todos nuestros pecados. Él dijo: “Y si me

voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis” (Juan 14:3). El propósito del sufrimiento y muerte de nuestro Salvador, fue para llevarnos a estar *con él* en el cielo. Jesús así lo dijo. En su gran oración sacerdotal, nuestro Redentor oró: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, pues me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24).

Ir al cielo para estar con Jesús es mucho mejor que vivir en esta vida. Jesús está con nosotros aquí, pero no es lo mismo. Aquí, él es invisible para nosotros. No lo podemos ver. Sin embargo, en el cielo, lo veremos. (Ver la sección del capítulo 8 titulada: “Viendo a Dios”). Juan escribió acerca de esto en el último capítulo de la Biblia:

Y no habrá más maldición. El trono, de Dios y del Cordero, estará en ella, sus siervos lo servirán, *verán su rostro* y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 22:3-5)

La maldición del pecado se habrá ido desde hace mucho tiempo. Jesús, el Cordero de Dios, que llevó los pecados del mundo, estará allá. Todos los creyentes y los ángeles, servirán a Dios y todos los creyentes verán su rostro. Sí, nosotros veremos el rostro de Dios en el cielo. Nosotros le perteneceremos a él. No necesitaremos más el sol, ni la luna, ni las estrellas, porque Dios mismo dará la luz. Él resplandecerá con gloria. Y nosotros los creyentes reinaremos allí. ¡Gobernaremos por siempre!

Dado que la maldición del pecado no existirá en el cielo, nosotros seremos libres de sus terribles consecuencias. Sabiendo y creyendo, estas palabras, nos unimos a Pablo al decir que nosotros “queremos estar ausentes del cuerpo y

presentes al Señor” (2 Corintios 5:8). Sí, por fe en Jesús nuestro Salvador, nosotros tenemos el “deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23).

El apóstol Juan anhelaba estar en el cielo. Él oyó una voz del trono que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3). Dios estará y vivirá con nosotros en el cielo. En otro lugar, Juan escribió: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Job, un creyente del Antiguo Testamento, esperaba el tiempo cuando en su carne vería a Dios. Sabiendo qué pasaría después de que se levantara de la muerte, él escribió: “Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:27). Que nuestros corazones también anhelan aquel tiempo cuando podremos ver a Dios nuestro Salvador y estar con él.

Con nuestros compañeros creyentes

En el cielo nosotros no estaremos solos. Hemos oído que estaremos con Dios. Nuestros compañeros creyentes también estarán allá. La Biblia menciona este hecho en unos cuantos pasajes. Jesús dijo que “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos” (Mateo 8:11). Habrá muchos creyentes en el cielo. Vendrán del oriente y del occidente, de todos los puntos del planeta. Se reunirán *con Abraham, Isaac, y Jacob*. En la gran fiesta en el cielo los creyentes del Antiguo Testamento estarán con los creyentes del Nuevo Testamento.

Jesús dijo las siguientes palabras como una advertencia a los incrédulos; sin embargo nosotros también podemos aprender mucho de ellas: “Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos.

Vendrán gentes del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lucas 13:28,29).

Los incrédulos llorarán y crujirán sus dientes ante esta escena. Los patriarcas del Antiguo Testamento estarán en el cielo. ¡Todos los profetas también estarán allá! Los mismos profetas que fueron despreciados y maltratados. Estos fieles predicadores de la palabra pura de Dios, estarán en el cielo por siempre. ¡Hoy esto es alentador para los siervos de Dios! Los incrédulos serán expulsados, los fieles profetas estarán en el reino de Dios por siempre.

¡No se den por vencidos, predicadores y maestros fieles!
¡No se den por vencidos cristianos fieles! Los creyentes entrarán al cielo del oriente y del occidente, del norte y del sur. El evangelio será predicado en el mundo entero antes del fin. Por el poder de Dios en su Palabra, la fe vendrá “por el oír” el evangelio (Romanos 10:17), y habrá creyentes de todo el mundo. Estos creyentes de diferentes nacionalidades, lenguas, y trasfondos culturales, entrarán al mismo cielo como Abraham, Isaac, Jacob, y todos los profetas. Cuando Jesús derramó su sangre y murió en la cruz, él redimió “para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo, y nación” (Apocalipsis 5:9).

La iglesia triunfante, la Jerusalén celestial

Nosotros llamamos al número total de todos los creyentes en Jesús: la santa iglesia cristiana, la iglesia invisible, o simplemente, la iglesia. Los creyentes que aún viven en este mundo pecaminoso, sostenidos por la fe, forman parte de la iglesia militante. Estos creyentes todavía están peleando la buena batalla de la fe. Los creyentes que han entrado al cielo son parte de la iglesia triunfante. La Escritura tiene aun otros nombres para la iglesia. Gálatas 4:26 se refiere a la iglesia como “la Jerusalén de arriba”. Hebreos 12:22 dice: “Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos

millares de ángeles”. Estas palabras describen la congregación de todos los creyentes, cuyo número sólo es conocido para Dios. Estas palabras no están hablando del terrenal monte Sión sobre el fue construida la ciudad terrenal de Jerusalén. Están hablando de la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios viviente. Dios habita entre su pueblo. Esto ya es cierto ahora, pero no lo podemos ver. Nosotros los creyentes ya estamos en alegre comunión con nuestros compañeros creyentes. Sin embargo, en el cielo nos daremos cuenta completamente de eso. Nosotros veremos y conoceremos a nuestros compañeros creyentes. La iglesia invisible se volverá visible para todos nosotros. Cuando Jesús regrese, finalmente sabremos con certeza quién está con nosotros y quién no. A Juan le fue concedida una visión de esto. En Apocalipsis 21:2, él escribió: “Vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo”. Estas palabras son parte de una visión es decir, que la Escritura nos está diciendo en lenguaje figurado lo que ya hemos aprendido. En el día final, cuando Jesús vuelva, “también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tesalonicenses 4:14). Nosotros veremos a nuestros compañeros creyentes. Los términos “la santa ciudad” y “la nueva Jerusalén,” describen la iglesia triunfante, por lo que, a veces nosotros usamos esos términos para referirnos al mismo cielo. Sin embargo, la Jerusalén celestial no describe tanto un lugar, sino la congregación de todos los verdaderos creyentes.

La gran multitud

Nosotros no sabemos realmente cuántos creyentes estén vivos hoy, ni mucho menos cuántos hayan vivido en el pasado. Pero cuando finalmente veamos a todos estos creyentes con Jesús, ¡en verdad será una escena muy impresionante! En otra visión, más temprano en el libro de Apocalipsis, Juan vio la gran multitud de creyentes en el cielo.

Él escribió: “Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos, y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos” (Apocalipsis 7:9). Estos creyentes alababan a nuestro Salvador en voz alta. Estos creyentes están en el cielo porque “han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (versículo 14). Jesús obtuvo el perdón para ellos. Ellos tienen una buena razón para servir y adorar a Dios, día y noche por toda la eternidad en el cielo.

Los testigos de Jehová enseñan que sólo 144.000 personas irán al cielo a reinar con Jesús. Ellos ven este número en forma literal, pero el libro de Apocalipsis está lleno de imágenes y lenguaje simbólicos. El mismo libro de Apocalipsis revela que este número no se debe tomar en sentido literal al decir que el número de personas en el cielo es “una gran multitud, la cual nadie podía contar.”

¿Nos reconoceremos unos a otros?

Cuando lleguemos al cielo, ¡viviremos con nuestros compañeros creyentes por siempre! Es difícil imaginar exactamente cómo será esto. ¿Nos reconoceremos unos a otros? Yo estoy convencido que sí. Nosotros conservaremos nuestras mismas identidades en el cielo, incluso después de ser glorificados. En el relato de la transfiguración de nuestro Salvador, los discípulos reconocieron a Moisés y a Elías. Incluso Pedro mencionó sus nombres cuando le dijo a Jesús: “Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, haremos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías” (Mateo 17:4). ¡Es bueno para nosotros estar aquí! Eso es lo que diremos cuando finalmente lleguemos a nuestra morada celestial. ¡Es grandioso estar aquí! Será grandioso estar con nuestros compañeros creyentes en el cielo. Sin embargo, nosotros no seremos los únicos en el cielo.

Con los santos ángeles

En el cielo, nos uniremos a la compañía de la hueste celestial. Estaremos con los santos ángeles. Hebreos 12:22 dice que la Jerusalén celestial tiene “la compañía de muchos millares de ángeles”. Mientras estamos en la tierra, por la fe ya nos hemos unido espiritualmente a este grupo. En el cielo, los veremos y estaremos entre ellos visiblemente. En el cielo, nos uniremos a los ángeles en adoración a Dios nuestro Salvador en gozo santo y perfecto (Apocalipsis 5:11; 7:11).

Como los santos ángeles

Nos uniremos a los ángeles en adoración, pero no llegaremos a ser ángeles. La Escritura revela que seremos como ángeles, porque no estaremos casados en el cielo. Jesús dice: “En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo” (Mateo 22:30). Nosotros seremos como los ángeles en que no estaremos casados o no nos casaremos.

Seremos como los ángeles en otro aspecto también: no moriremos. Jesús dice: “Los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento, porque ya no pueden morir, pues son iguales a los ángeles” (Lucas 20:35,36).

A veces cristianos bien intencionados son engañados por los programas de televisión y las películas. Ellos comienzan a pensar que cuando muramos, nos convertiremos en ángeles. Así que tenemos que repetir para claridad: ¡No nos convertiremos en ángeles! Seremos como ángeles en las siguientes dos maneras: (1) no estaremos casados, y (2) no moriremos.

La imagen de Dios—renovada

Aunque la imagen santa de Dios se perdió por la caída en el pecado, nosotros nuevamente viviremos perfectamente a

imagen de Dios en el cielo, la cual está siendo renovada ahora en la nueva naturaleza de los creyentes (Efesios 4:24; Colosenses 3:10). Sin embargo, cuando lleguemos al cielo, la vieja naturaleza pecaminosa (viejo Adán) se habrá ido para siempre. Nosotros tendremos perfecto conocimiento de la voluntad de Dios, y vamos a poder seguirla perfectamente. El apóstol Juan inspirado escribió: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Seremos como Dios cuando lo veamos a él, perfecto y sin ningún pecado. Viviremos en el nuevo yo por siempre.

Conocimiento pleno

A medida que hemos estudiado el cielo, ocasionalmente hemos mencionado qué tan poco sabemos acerca de él. Una vez lleguemos allá, sabremos por experiencia propia cómo es. Allá sabremos mucho más de lo que sabemos aquí. En 1 Corintios 13:12, el apóstol inspirado escribió: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido.” En el cielo entenderemos completamente lo que ahora sólo conocemos en parte.

No necesitaremos estudiar la Biblia en el cielo aunque aquí sí necesitamos saber lo que dice. Nosotros no nos graduaremos de estudiar la Biblia hasta cuando Dios nos llame a nuestro hogar celestial. Cuando estemos allí, no necesitaremos que la Biblia nos hable acerca de Dios, porque nosotros lo sabremos. La imagen de Dios será perfectamente renovada en nosotros. Como Adán y Eva, en el huerto del Edén, tendremos perfecto conocimiento de la voluntad de Dios y tendremos la habilidad de hacer su voluntad sin pecado. Y nunca más caeremos en pecado.

Santidad

Jesús quitó nuestros pecados a fin de que cuando llegemos al cielo, nosotros los creyentes seamos “la iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:27). Ninguno de nuestros pecados pasados será recordado. Romanos 8:1 dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. Cuando nos levantemos de la muerte, seremos perfectos, santos, y rectos. El Salmo 17:15 dice: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”. Nos levantaremos ante Dios en justicia. Vamos a estar completamente satisfechos al ver a Dios. Vamos a querer que esto dure por siempre.

“Nadie le quitará su gozo”

¡La buena nueva es que el cielo dura para siempre! Así como hemos aprendido: “Estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17). Con el Señor, vamos a tener toda cosa buena. Jesús le dijo a sus discípulos: “También vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver y se gozará vuestro corazón, y *nadie os quitará vuestro gozo*” (Juan 16:22). Una vez llegemos al cielo, nadie nos quitará nuestro gozo.

Nosotros regresamos constantemente a ese bien conocido pasaje, Juan 3:16, porque nos da esas respuestas claras. Observen cuánto tiempo estaremos en el cielo. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga *vida eterna*.” Viviremos por toda la eternidad en el cielo (Mateo 25:46). Por siempre estaremos con nuestro Salvador y gozaremos del perfecto mundo de los cielos. Cuando nosotros los creyentes muramos, iremos al lugar más alegre.

Grados de gloria

Cada creyente gozará del cielo. No habrá grados de gozo (felicidad) en el cielo. Pero, ¿habrá grados de gloria en el cielo? Algunos han encontrado la respuesta en Daniel 12:3: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad”. ¿Algunos creyentes brillarán más resplandecientemente en gloria, en el cielo? ¿Podría ser que los que enseñan la justicia a la multitud tendrán una gloria especial allí?

En la parábola de las diez minas, el rey premia a sus fieles servidores con diferentes cantidades. Al siervo que ganó diez minas más, se le dieron diez ciudades, mientras que al siervo que ganó cinco minas más, se le fueron dadas cinco ciudades (Lucas 19:17,19). ¿Esto podría indicar que nuestro Rey dará diferentes grados de gloria en el cielo?

Primera de Corintios 15:40-42 describe la diferencia en gloria, entre cuerpos terrenales y cuerpos celestiales:

Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales; pero una es la hermosura de los celestiales y otra la de los terrenales. Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna, y otro el de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en resplandor.

Así también sucede con la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.

Comentando estos versículos, Lutero escribió:

Muchas diferencias o grados de gloria prevalecerán entre nosotros. Por ejemplo, la de Pedro y Pablo, será la gloria de los apóstoles; una persona participará de la gloria de un mártir, otra la de un obispo o predicador piadoso; cada uno, de acuerdo con las obras que haya hecho. Del mismo modo, cada miembro del cuerpo tiene su propio honor, los ojos tienen una honra que difiere de la de las manos o los pies, etc.; además,

el sol en los cielos tiene un resplandor diferente de el de las estrellas, y una estrella es más brillante y más resplandeciente que otra, haciendo que cada una luzca sutilmente diferente a la otra. Y sin embargo, con relación a las personas, ellas son similares y tienen la misma esencia, y todas tendrán igual gozo y felicidad en Dios.⁴⁶

Lutero menciona que esta diferencia en gloria será de acuerdo con las obras que hayamos hecho. Él, por supuesto, está hablando allí sobre los frutos de la fe. La Escritura también menciona los frutos de la fe en los mismos términos en Apocalipsis 14:13: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí... descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.” “Sus obras” se refieren a los frutos de la fe que el Espíritu Santo produce por medio de los creyentes. “Sus trabajos” pueden referirse a su servicio al Señor por la proclamación de la Palabra de Dios, como se menciona en otros lugares de la Escritura. (Ver Juan 4:38; 1 Corintios 3:8 y 15:58; Filipenses 2:16; Colosenses 1:29; y 1 Timoteo 5:17.)

Lutero insistió en que la gente es salva por fe en Cristo, sin sus obras. Y sin embargo, con base en la Escritura, Lutero no consideró vanos los frutos de la fe:

Habrán distinciones que también se hacen en aquella vida, dependiendo de cómo una persona trabajó y vivió aquí. Por ejemplo, dado que Pablo fue apóstol y Samuel e Isaías profetas, y así sucesivamente, estos gozarán de mayor gloria que otros, como hombres que hicieron y sufrieron más en sus ministerios. De igual forma, las piadosas Sara o Raquel serán preeminentes sobre otras mujeres y sin embargo, no serán seres o vidas diferentes. Así pues, todo el mundo será distinguido y honrado de acuerdo con su oficio, y sin embargo, habrá un solo Dios y Señor de todo, y habrá felicidad y gozo semejantes. Con respecto a la persona, nadie será o tendrá más que otro; San Pedro no será o tendrá más de lo que usted o yo somos o tenemos. No obstante, tiene que haber una distinción

con base en las obras. Dios no realizó a través de San Pablo lo que realizó a través de Isaías, y viceversa. Por lo tanto, todos traerán sus obras consigo, por las cuales brillarán, y alabarán a Dios; y se dirá que San Pedro obró más de los que yo u otros, lo hicimos. Este hombre o esta mujer, vivieron de esta manera y consiguieron mucho. En resumen, todos serán iguales ante Dios en fe, gracia, y esencia celestial; pero habrá una diferencia en las obras y en su gloria.⁴⁷

Cuando pienso en la gente con la que desearía reunirme en el cielo, pienso en algunas de las mismas personas que Lutero menciona. No obstante, tratemos de separar lo que sabemos a ciencia cierta de la Escritura, de lo que es menos claro.

Lo siguiente es lo que sabemos con certeza. Nosotros sabemos que toda la gloria realmente le pertenece a Dios. Él merece toda nuestra alabanza; en el cielo, nuestra alabanza será dirigida a él. Habrá héroes de fe en el cielo. Algunos de ellos son mencionados en Hebreos capítulo 11. Sin embargo, si estos héroes de la fe brillan más radiantes o tienen más gloria externa que usted y yo, podemos estar seguros que ellos no tendrán más gozo del que usted y yo tendremos allá. (Ver Mateo 20:1-16.) Podemos estar seguros que allí no habrá envidia ni celos, porque no habrá pecado en el cielo.

Algunos teólogos cristianos parecen enseñar con mucha certeza acerca de los diferentes grados de gloria, pero la verdad es que hay mucho que no sabemos con certeza. La Escritura es muy clara acerca de los grados de castigo en el infierno, pero ¿es así de clara acerca de los grados de gloria en el cielo? El Dr. Becker escribió: “En cuanto a esto, la enseñanza de la Escritura no es tan clara sobre la situación en el cielo como lo es con la del infierno”.⁴⁸ Cuando Apocalipsis 20:4 menciona que “se sentaron sobre [tronos] los que recibieron facultad de juzgar”, eso se puede referir a diferencias en autoridad. Y cuando el mismo versículo menciona que Juan vio “las almas de los decapitados por

causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios”, podría ser muy revelador que los mártires tendrán una gloria especial en el cielo. Ese parece ser el caso, pero ¿cuáles serán realmente las diferencias y cómo las vamos a entender?

Cuando vemos la creación de Dios, vemos una gran variedad, y cada clase de planta, animal, ave, y pez, tienen su propio grado de “gloria”. ¿Lo debemos entender de esa manera? Vemos una hermosa águila volando y le damos gloria a Dios. Vemos un árbol majestuoso y alabamos a Dios quien lo hizo. Cada uno tiene su propio grado de gloria. ¿Será así en el cielo? Es posible que nos maravillamos en la fe que Dios le dio a Abraham, la obra misionera que Dios le permitió hacer a Pablo, y la gloriosa fidelidad que Dios obró en los mártires. (Ver Apocalipsis 14:13.)

Sólo Dios sabe con certeza quién es un héroe de la fe. Jesús dijo: “De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él” (Mateo 11:11). Lea las palabras de nuestro Señor registradas en Mateo 20:1-16, concluyendo con su declaración en el versículo 16: “Los primeros serán últimos y los últimos, primeros”. ¿Qué tanto afecta esto nuestra comprensión sobre los grados de gloria?

Leyendo esa parte de la Escritura, junto con la que viene antes de ésta (el final de Mateo capítulo 19), me recuerda que Jesús no tenía el hábito de simplemente satisfacer las preguntas curiosas de la gente acerca del cielo. No obstante, era el hábito de ofrecer corrección y consuelo según viera la necesidad. Cuando sus discípulos necesitaron aliento, él les contaba de su gloriosa recompensa futura en el cielo. Cuando ellos se preguntaban si tendrían más gozo que otros, él corrigió sus opiniones a través de la parábola de los trabajadores de la viña. Aun aquellos que llegan a la fe justo antes de morir,

experimentarán el gozo total del cielo. Ellos recibirán la misma vida eterna como aquellos que han “soportado la carga y el calor del día” (Mateo 20:12). Cuando sus discípulos esperan algo más, Jesús les recuerda acerca de la igualdad de gozo. Cuando sus siervos están cansados y desalentados, él les recuerda de las increíbles recompensas en la renovación de todas las cosas. A pesar de que no lo merecemos, Dios nos da una recompensa eterna en el cielo.

De vez en cuando, la gente me ha preguntado: ¿por qué llegué a ser pastor? Sin la intención de causar daño, ellos parecen sugerir que yo podría haber logrado un poco más en otra ocupación. Algunos piensan que quizá podría haber hecho más dinero si hubiera sido abogado. Quizá yo hubiera podido vivir cerca de mis padres y familiares, si hubiera hecho algo diferente. A veces, algunas personas, e incluso los trabajadores que han sido llamados, en los momentos de angustia, se fijan en las recompensas visibles por servir tiempo completo en el ministerio público y se preguntan si vale la pena. Yo no tengo que explicarles a los ministros llamados acerca de lo que estoy hablando aquí. Entonces, cuando pienso en todas las fiestas de cumpleaños a las que he faltado, en cómo no he pasado el día de Acción de Gracias o la Navidad con mis padres y otros familiares, simplemente porque soy un pastor y fui llamado por Dios para servir lejos de casa, yo pienso en lo que Jesús dice en este próximo pasaje de la Biblia. Pedro acababa de ver un joven rico apartándose de Jesús, porque amaba sus posesiones demasiado. Jesús acababa de mencionar qué gran milagro es cuando alguien es hecho creyente. Traer a alguien a la fe es imposible para el hombre pero posible para Dios. Entonces leemos las siguientes palabras:

Entonces, respondiendo Pedro, le dijo: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?”

Jesús les dijo: “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido, también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros.” (Mateo 19:27-30)

Esto no es tan simple como pareciera en una lectura superficial. Aquellos que han sido llamados a servir lejos de sus madres, padres, hermanos, y hermanas, recibirán cien veces más en el cielo. Yo no sé exactamente qué quiere decir eso, pero sé que es verdad. Si usted ha sido llamado a servir a su Salvador lejos de su casa y lejos de sus padres, puede estar seguro que, por fe en Cristo, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.

Jesús dijo que muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros. Esto me recuerda la viuda pobre. Así, muchos parecieran estar haciendo mucho, y dando demasiado, que comenzamos a pensar que están haciendo o dando lo mejor. Pero nosotros no lo sabemos. El Señor conoce la verdad, y la verdad podría no ser lo que parece. Considere este ejemplo de la vida real:

Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, o sea, un cuadrante.

Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: “De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca, porque todos han echado de lo que les sobra, pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.” (Marcos 12:41-44).

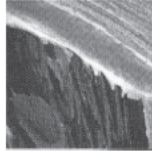
La viuda dio más que los demás, aunque en comparación, la cantidad fue más pequeña. Por fe, ella le dio al Señor el ciento por ciento. Puede ser que nadie más supiera, pero Jesús sí.

Cuando pensamos en aquellos que parecen estar sirviendo más, podríamos pensar en los ministros llamados. Pero no debemos olvidar el servicio humilde y silencioso de muchos cristianos dedicados que pueden recibir poca atención. Ellos pueden trabajar para mantener la iglesia linda o evangelizar a sus vecinos. Con sus oraciones y ofrendas, ellos generosamente apoyan la predicación y la enseñanza de la Palabra de Dios en casa y alrededor de todo el mundo. No debemos preocuparnos acerca de quién será primero o último en el cielo. Sólo estemos seguros de ser fieles a nuestro Salvador.

Será grandioso estar allí. Mientras estamos aquí, que hagamos lo mejor con nuestro tiempo, con nuestros talentos, y con nuestros tesoros, para servir al Señor. Al final, que seamos hallados fieles a nuestro fiel Salvador.

Del trono santo en derredor con el Señor están
Niñitos mil que con fervor las tiernas gracias dan.
Cantan: “¡Gloria, gloria, aleluya al santo Dios!”

Buscaron ellos a Jesús, su nombre amando aquí;
Ahora están en clara luz, y al ver su rostro allí.
Cantan: “¡Gloria, gloria, aleluya al santo Dios!” (CC
398:1,3)



11

¡Sí podemos estar seguros de la vida eterna!

Cuando decimos: “Espero que no llueva mañana”, no estamos seguros si va a llover o no. Sólo estamos manifestando lo que deseamos que pase. La verdadera esperanza cristiana no es un simple deseo.

Cuado los cristianos dicen: “Espero ir al cielo”, ¿a qué se refieren? Si quieren decir que no están seguros si irán al cielo o no, sino que esperan poder entrar allí, esto revela debilidad de fe. Este tipo de “esperanza” no es la esperanza cristiana enseñada en la Biblia. La esperanza cristiana revela la fe fuerte y la confianza segura en que Dios cumplirá su promesa.

La esperanza cristiana

Consultemos algunos pasajes de la Biblia para saber en cada uno de ellos lo que significa el término *esperanza*. Esto

nos llevará a mayor comprensión de lo que es la esperanza cristiana. Romanos 8:24,25 revela que *esperanza* significa esperar algo pacientemente. “Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.” Esperamos por lo que aún no tenemos. Esperamos pacientemente que Dios cumpla sus promesas. Pero, por fe, estamos seguros que sí las cumplirá. Segunda de Corintios 3:12 explica que “teniendo tal esperanza, actuamos con mucha franqueza”. Nosotros no dudamos. Estamos seguros y confiados sabiendo que Dios cumplirá sus promesas. Nosotros los creyentes tenemos “la esperanza de la vida eterna. Dios, que no miente, prometió esta vida desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2). Nuestra esperanza cristiana está basada en Dios que no miente. Está basada en las promesas que Dios nos ha dado en las Escrituras.

En ese sentido, la esperanza termina siendo *fe dirigida hacia el futuro*. Así como la fe es estar seguro de la Palabra de Dios por ser creyente en ella, la esperanza es estar seguro de lo que dice la Palabra Dios acerca del futuro y ser creyente que lo que Dios ha prometido ocurrirá. Puesto que Dios ha prometido vida eterna a todos los creyentes en Jesús, tenemos “la *esperanza* de la vida eterna” (Tito 3:7). Cuando mueran nuestros seres queridos creyentes, podremos estar tristes, pero no tenemos que entristecernos “como los otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13). Nosotros tenemos esperanza. Sabemos que Dios cumple sus promesas y que él levantará el cuerpo de estas personas el día final.

La esperanza cristiana está estrechamente relacionada con la fe, según 1 Pedro 1:21, en donde dice: “Vuestra *fe* y *esperanza* sean en Dios”. Primera de Pedro 1:13 hace ver la esperanza justamente como fe cuando dice: “*Esperad* por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea

manifestado”. Por fe esperamos el regreso de nuestro Salvador y nuestro encuentro celestial. Esa es nuestra esperanza cristiana la cual es segura y cierta. Es la *fe dirigida hacia el futuro, basada en las promesas de Dios*.

Primera de Timoteo 6:17, parece usar el término *esperanza* en un contexto donde esperaríamos encontrar el término *fe*. Éste dice: “A los ricos de este mundo manda que no sean altivos ni pongan la *esperanza* en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.” Nosotros pudiéramos esperar que dijera ponga su *fe* en Dios, pero dice que ponga su “*esperanza...* en el Dios vivo”. La esperanza cristiana es confianza segura y cierta en las promesas de Dios para el futuro.

La esperanza cristiana no es un deseo incierto como: “Espero que mi equipo gane la serie mundial.”

Note cómo es usado el término *esperanza* en Hebreos 6:18,19: “[Dios hizo esto] para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la *esperanza* puesta delante de nosotros. La cual tenemos como *segura y firme ancla* del alma.” Esperaríamos que el término “promesa de Dios” fuera usado en lugar de *esperanza*. Las promesas de Dios son un “*ancla del alma*.” Las promesas de Dios son “*seguras y firmes*.” Puesto que nuestra esperanza yace en las promesas de Dios, ésta es tan segura y firme como Dios lo promete.

“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra *esperanza*, porque fiel es el que prometió” (Hebreos 10:23). Nuestra esperanza está basada en la Palabra de nuestro Dios, la cual confesamos. Esperaríamos que dijera profesión de nuestra *fe*, pero dice, “profesión de nuestra *esperanza*”. Mantengámonos firmes en esta *esperanza*, en esta *fe dirigida hacia el futuro*, sin vacilar. Y la razón por la cual podemos

estar seguros y convencidos es porque aquel que lo prometió es fiel. Dios siempre cumple sus promesas.

Según 1 Pedro 1:3, esta esperanza es una esperanza viva: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una *esperanza viva*, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”. Dios nos ha hecho renacer a la esperanza viva. Tenemos la esperanza de la vida eterna, la confianza segura y cierta que porque Jesús vive, nosotros también viviremos.

Así pues, la Escritura nos exhorta a alcanzar a otros. “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la *esperanza* que hay en vosotros.” (1 Pedro 3:15). Siempre esté preparado para contarles a los demás acerca de lo que le da confianza a usted cuando mira hacia el futuro. Usted sabe la respuesta, ¿no es cierto? Usted sabe que va a ir al cielo por fe en Jesús. Enséñeles el camino al cielo. Dígales lo que necesitan saber para que ellos también puedan mirar hacia delante, confiados en el retorno de nuestro Salvador.

¿Está usted seguro de que va a ir al cielo? Algunos podrían decir: “Eso espero”, y sin embargo, no están seguros. Usted sabe que la esperanza cristiana es cierta; es la fe dirigida hacia al futuro, basada en la promesa de Dios.

Mi Jesús, mi Salvador vivo está y es mi *esperanza*;
De la muerte no hay temor, mientras fundo mi confianza
En aquel que me salvó cuando en cruz por mi murió. (CC 337:1)

¡Tenga la absoluta seguridad que usted va a ir al cielo!

No tenemos que estar dudosos si Dios nos recibirá en su reino celestial. Sí, somos pecadores. Sí, merecemos percer por nuestros pecaminosos pensamientos, palabras, y acciones.

Pero Dios nos salvó. “De tal manera amó Dio al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en

él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). ¡Tan sólo piense en eso! Dios amó tanto al mundo entero que envió a Jesús a llevar la vida perfecta y a morir en una cruz como sustituto por cada pecador.

Dios puso todos nuestros pecados sobre Jesús. “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas [en el pecado], cada cual se apartó por su camino [pecaminoso]; más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). En la cruz del Calvario, Jesús cargó todo el peso y la culpa de los pecados del mundo. Allí, él pagó el precio completo de nuestra libertad y realizó la expiación por nuestros pecados. Primera de Juan 2: 2, nos indica que “él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Recuerde que Jesús no estaba en una cruz pagando por *algunos* pecados, sino que estaba pagando por *todos* los pecados. Él resucitó de la muerte porque cumplió con la justicia de Dios y cumplió su misión. Jesús mismo dijo que cualquier creyente en él, irá al cielo. Esta promesa nos da seguridad al mirar hacia el futuro. Podemos estar seguros que nuestro Señor mantendrá su promesa y nos llevará al cielo, a nosotros y a todos los creyentes.

Dado que la Biblia declara muy claramente que Jesús hizo esto por el mundo entero, podemos estar absolutamente seguros que lo hizo por nosotros (¡incluso por mi!). Si Dios hubiera escrito cada uno de nuestros nombres en la Biblia, sería menos seguro; porque si mi nombre estuviera impreso en la Escritura, no podría estar seguro que Dios se estaba refiriendo a mí y no a alguien más con el mismo nombre. Pero no me tengo que preocupar por eso. Sé que Jesús “por todos murió” (2 Corintios 5:15).

Así como todos son pecadores, todos son justificados. “Por cuanto *todos pecaron* y están destituidos de la gloria de Dios, y *son justificados* gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:23,24). Todos

han pecado y son justificados. Los dos verbos: “pecaron” y “son justificados” tienen el mismo subjetivo: “todos”. Así pues, todos los pecadores son declarados inocentes por medio de Jesús. Dios ha hecho esto libre y gratuitamente por su gracia, sin ningún costo para nosotros. El precio fue pagado por Cristo Jesús en la cruz del Calvario. Quien sea creyente en él recibe los beneficios que él ganó, es decir, vida eterna.

La vida eterna no es algo que nosotros ganamos de algún modo. Es competencia y totalmente un regalo. “Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23). Podemos estar seguros que tenemos vida eterna, gracias a Jesús nuestro Salvador.

El apóstol Pablo estaba seguro que iba a ir al cielo. Él escribió: “Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 2:12). Pablo estaba convencido de que Dios se encargaría de los detalles para que él pudiera llegar seguro al cielo.

La razón por la cual podemos estar tan seguros está revelada en Efesios 5:25-27: “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha”. Nuestro Señor murió por nosotros para hacernos santos y lavó nuestros pecados en el Santo Bautismo. Así que él puede presentarnos, a nosotros y a todos los creyentes, ante su trono sin ninguna mancha de pecado. Podemos estar seguros que vamos al cielo porque Jesús hizo toda la obra por salvarnos. Por fe en él, entraremos en el cielo.

¿Qué pasa si estoy pecando cuando muera?

De vez en cuando los creyentes sinceros se pueden preguntar acerca de las circunstancias de la muerte. Ellos

saben que el viejo Adán nos aflige constantemente y cuán propensos estamos a caer en el pecado. Se preguntan si aún irán al cielo, si mueren cometiendo un pecado.

En primer lugar, esta pregunta revela un mal entendimiento acerca del pecado y de cuán frecuente nosotros pecamos. Pecamos más frecuentemente de lo que creemos. Incluso cuando pensamos que no estamos pecando, aún no estamos logrando la perfección. ¿Quiénes pueden decir que son perfectos en todo sentido durante un servicio de adoración en la iglesia? Podemos soñar, aun si sólo por un momento, durante el sermón. Tal vez estamos distraídos durante las lecturas de las Escrituras. Tal vez luchemos por estar completamente alegres cuando ponemos nuestras ofrendas en el plato. ¡Y esto ocurre mientras estamos participando en un servicio de alabanza! ¡La verdad es que estamos pecando todo el tiempo! Isaías 64:6 revela qué tan prevalente es el pecado: “Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”. Todos somos pecadores. Incluso nuestros mejores intentos están manchados por el pecado. ¡Estamos cayendo en el pecado más de lo que creemos! Nunca logramos la perfección.

Sin embargo, gracias a Jesús, nosotros los creyentes estamos firmes en un *estado de gracia* con Dios. Romanos 5:1,2 claramente enuncia: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a *esta gracia en la cual estamos firmes*, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Las anteriores palabras nos dicen que estamos firmes en un estado de gracia. Andamos por la vida rodeados por un invisible campo de fuerza de la gracia de Dios. Nosotros los creyentes no estamos constantemente entrando y saliendo de esta esfera invisible, sino que estamos firmemente dentro de ella. La Escritura la denomina “*esta gracia en la cual estamos firmes*”. Nosotros lo

llamamos el estado de gracia con Dios. La gracia de Dios nos cubre continuamente con el perdón. Así que, podemos regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios. Nosotros los creyentes podemos estar felices, sabiendo que Dios nos llevará al cielo.

No importa cuántas veces caigamos, Dios nos perdona y nos perdonará en Cristo. Romanos 5:20 dice: “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. Nuestra certeza de que vamos a ir al cielo no yace en nuestras débiles y frágiles manos, sino en la sublime gracia de Dios.

Nunca deberíamos pecar a propósito ni considerar el pecado a la ligera. Esto sería incompatible con la fe que mora en nuestros corazones. Pero tampoco debiéramos estar preocupados por si vamos a estar pecando cuando muramos. Vivimos en un estado de gracia. Somos perdonados a través de Cristo. Nosotros los creyentes podemos estar seguros de que el cielo es nuestro.

¿Es todavía para mí posible caer y perecer?

Habrás notado que dije: “Nosotros los creyentes podemos estar seguros”. Esto estimula otra pregunta que preocupa a algunos cristianos sinceros. Ellos se preguntan si es posible que los creyentes renuncien a su fe. La respuesta más sencilla es: “Sí, es posible”. La Biblia no enseña lo que enseñan unas falsas iglesias, es decir, que “una vez sea creyente, siempre lo será”. Eso provino de falsos maestros.

La Biblia responde esta pregunta desde dos perspectivas diferentes. Sabiendo cuál perspectiva aplicar en un caso dado, tendremos la habilidad para distinguir apropiadamente entre la ley y el evangelio de Dios.

La perspectiva de la *ley*: Dios nos advierte a no apartarnos de nuestro Salvador y su Palabra, ya que es posible que nos apartemos de nuestra fe salvadora.

La perspectiva del *evangelio*: Dios nos consuela con la seguridad de que nos guardará y cuidará y será fiel a sus promesas.

Primera de Corintios 10:12 da una perspectiva de la ley de Dios: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga.” En este versículo, la Palabra de Dios nos advierte contra la arrogancia y la seguridad carnal. No debemos confiar en nosotros mismos ni depender de nuestra propia habilidad para estar con Dios.

Judas 24 y 25, dan la perspectiva del evangelio de Dios: “A aquel que es *poderoso para guardaros sin caída* y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén.” En estos versículos, la Palabra de Dios nos consuela a nosotros los creyentes con las buenas nuevas de que Dios nos guardará de caer. Confiemos en Dios y en su habilidad para mantenernos con él.

Dios puede guardarnos de caer. La siguiente ilustración hace esas palabras particularmente vívidas en mi mente. Quizás usted esté de acuerdo.

En un día frío de invierno, cuando las aceras (veredas) estaban cubiertas de hielo, un pastor y su pequeño niño, iban camino a la iglesia. Era la primera vez que Pepito, de tres años de edad, vestía un abrigo, el cual tenía bolsillos profundos. Mientras se acercaban a un lugar resbaloso, el padre extendió su mano al jovencito y dijo: “Mejor deberías dejarme sostener tu mano”. Pero las manos del niño estaban cómodas en sus bolsillos, y ahí él las dejó, ¡hasta que él resbaló y cayó! Un poco humillado por esta experiencia, se levantó por sí solo y dijo: “Yo tomaré tu mano, papi”. Y él se acercó a su papá y tomó su mano con el frágil apretón de un niño de tres años de edad.

Pronto llegaron a otro lugar resbaloso, ¡y él se cayó de nuevo! Sus pequeños dedos no pudieron apretar la mano de su padre con la suficiente fuerza para asegurarse de no caer. Una vez más se levantó por sí mismo y ellos siguieron caminando. Pero después de un momento de reflexión, Pepito miró a la cara de su padre con una infantil confianza. “Papi, quiero que tú tomes mi mano”. Y mientras continuaron seguros en su camino y finalmente llegaron a su destino, fue la mano del padre la que sostuvo al muchacho y lo protegió del peligro. ¡No fue el niño quien apretó la mano del padre, sino el padre quien apretó la de aquel!

Del mismo modo, su permanencia en la fe no es tanto de que usted se aferre de Dios, sino de que Dios no le suelte a usted. Y usted tiene su promesa de que él lo hará.⁴⁹

Espero que estas palabras le den algún aliento si usted está atemorizado de que pudiera apartarse de la fe. Dios puede guardarlo de caer, mientras continúa alimentando su fe al recibir regularmente el evangelio a través de la Palabra y el sacramento. No tenga miedo, querido creyente. Dios puede guardarlo de caer.

Entonces, la Biblia responde a la pregunta desde la perspectiva de la ley y desde la perspectiva del evangelio. Desde la perspectiva de la ley, la Biblia dice: “Si vivís conforme a la carne, moriréis” (Romanos 8:13). Desde la perspectiva del evangelio, la Biblia dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (8:1). La palabra de Dios nos reitera:

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó. (Romanos 8:26-30)

Note cómo, desde la perspectiva del evangelio, nuestra salvación depende totalmente de Dios. Él lo ha hecho todo y se encarga de todo. Dios lo ayudará y lo mantendrá en su amoroso cuidado. Él tiene todo bajo control.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: “Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero”.

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Romanos 8:35-39).

¡Esas palabras son tan reconfortantes! ¡Nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo!

Pero, luego, al leer nuestras Biblias, veremos de nuevo la perspectiva de la ley, la cual también necesitamos escuchar. A veces nuestro viejo Adán toma ventaja de nosotros. Pudiéramos volvernos perezosos en alimentar nuestra fe. Incluso podríamos escaparnos de los servicios de adoración. ¡Esto es serio! Cuando entremos en la zona de peligro, necesitamos una advertencia. Nunca debemos pensar que es aceptable pecar a propósito.

No [debemos dejar] de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino [nos exhortemos]; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.

Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. (Hebreos 10:25-27)

Esto es aterrador. Dios cuida de nosotros. Pero pronto estamos nuevamente envueltos en miedo. Nosotros necesitamos la perspectiva del evangelio. Jesús está presto a ayudar.

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis... Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.” (Juan 14:1-3,6)

El evangelio nos llama y nos capacita para confiar en Dios. Entonces nosotros podemos esperar nuestro encuentro celestial, así como Pablo, quien escribió: “Y el Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). Pablo no confió en sí mismo, sino en Dios.

En poco tiempo, volvimos a caer en otros pecados, y empezamos a sentir culpa. Nuestra conciencia nos acusa. Primera de Juan 3:20 explica que “si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas”. Dios nos ha perdonado a través de Cristo. Somos perdonados, sea que nuestra conciencia esté tranquila o no. Podemos decirle a la intranquila conciencia: “Dios me ha perdonado. El asunto está hecho.” Descanse seguro, querido

creyente, porque usted está perdonado y el cielo está abierto para usted a través de Cristo.

Gozo confirmado

Una vez que lleguemos al cielo, no hay ninguna posibilidad que volvamos a apartarnos de Dios. Para siempre vamos a ser confirmados en santidad y gozo. Seremos como los santos ángeles, quienes nunca se apartarán de Dios. Nuestro amado Salvador dijo en Lucas 20:35,36: “Los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento, porque *ya no pueden morir; pues son iguales a los ángeles*”. En el cielo, siempre se hace la voluntad de Dios, así como Jesús lo reveló en la forma que nos enseñó a orar: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Nosotros haremos siempre la voluntad de Dios en el cielo, tal como lo hacen siempre los santos ángeles.

En el día del juicio, Jesús llevará a los creyentes a la “vida eterna” (Mateo 25:46). Nuestra vida en el cielo con Jesús nunca terminará. Nunca nos volveremos a apartar de Dios. Así como los ángeles son llamados “ángeles escogidos”, en 1 Timoteo 5:21, Dios también nos señalará como sus elegidos. Como los santos ángeles, nosotros seremos confirmados en gozo y seremos santos por siempre.

Nunca saldremos del cielo. Apocalipsis 3:12 revela esta verdad consoladora: “Al vencedor yo lo haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá de allí”. Una vez que lleguemos seguros al cielo, nunca querremos salir. Y nunca saldremos. Seremos confirmados en gozo y nunca nos apartaremos de Dios.

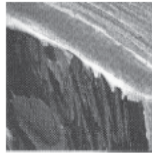
Visto que es posible apartarnos de Dios antes de llegar seguros al cielo, cantamos:

¡Oh Cristo! tu ayuda yo quiero tener;
En todas las luchas que agitan mi ser
Tan sólo tú puedes la vida salvar,
Tú sólo la fuerza le puedes prestar.

¡Oh Cristo! ya quiero llegar a vivir
De aquellos alientos que tú haces sentir
Al alma que huyendo del mal tentador
Se vuelve anhelante, se vuelve a tu amor.

¡Oh Cristo! ya quiero tus huellas seguir
Y gracia constante de ti recibir;
Hallar en mis noches contigo la luz,
Y alivio a mis penas al pie de la cruz.

(CC 40:1-3)



12

Preguntas y respuestas comunes

Este estudio de la muerte, el cielo, y el infierno, ciertamente no ha respondido cada pregunta. En este capítulo, vamos a considerar algunas preguntas que la gente comúnmente hace. Buscaremos ayuda y guía en las Escrituras. La Biblia es siempre la base de nuestra fe y vida. Si usted tiene preguntas adicionales, por favor pregúntele a su pastor.

¿En la funeraria qué le diré a una familia que está en duelo?

De vez en cuando, casi todos nosotros visitamos una funeraria. Cuando muere un vecino, familiar, o amigo, podríamos preguntarnos: ¿qué diríamos en la funeraria o en el servicio fúnebre? En algunos casos, podemos decir más que en otros. La clave para saber qué decir es *determinar si existe alguna evidencia de que el fallecido tenía fe de la salvación*

en Jesucristo. No podemos examinar lo que hay dentro de los corazones de las personas. Sólo Dios sabe si esa persona era realmente creyente o no. Sin embargo, algunas veces hay una clara evidencia que nos indica firmemente qué decir. Por ejemplo, podemos considerar la membresía de una persona en la iglesia. ¿Era esta persona un miembro activo de una iglesia cristiana? ¿Cuál? ¿Qué es lo que esta persona parecía creer? ¿Confesó esta persona la fe en Jesús como el Salvador del pecado? ¿Parece que esta persona confió en las buenas obras para obtener el favor de Dios? A veces esto será muy claro; en otras ocasiones, puede ser muy dudoso. Sin embargo, considerando lo que esta persona parecía creer, hace una gran diferencia en saber qué decir en la funeraria.

Jesús dijo: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Por lo tanto, si parece que esta persona era un verdadero creyente en Jesucristo, usted pudiera decir que el difunto fue al cielo y que ahora está más feliz, lo cual provee mucho consuelo. Por otra parte, si parece que esta persona no era creyente, usted no debería hablar de la misma manera. No sabemos qué hay en el corazón de una persona; por lo tanto no deberíamos dar una falsa esperanza si no hay razón para ello. Si esta persona murió en incredulidad, fue al infierno. Pero sólo Dios puede saber con certeza qué hay realmente en el corazón de una persona.

¿Era el fallecido un incrédulo?

Tal vez mantuvo su césped muy aseado y cortado. Tal vez ella fue una maravillosa cocinera. Tal vez parecía que él fuera un muy buen hombre. Ella pudo haber sido una vecina maravillosa. No hace ninguna diferencia qué tanto “bien” hace una persona en cuanto a la obediencia a las leyes (justicia cívica) si no tiene fe en Cristo. Ninguna cantidad de buenas obras ganará la vida eterna para los pecadores. Gálatas 2:16

dice: “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado”. Decir que él fue un buen hombre o que ella fue una estupenda mujer, sólo podría confundir los temas.

Podríamos tener duda acerca de lo que estaba en el corazón de una persona, pero no hay duda: “Por la Ley nadie se justifica ante Dios es evidente, porque ‘el justo por la fe vivirá’” (Gálatas 3:11). Nadie irá al cielo por ser un buen hombre o una excelente mujer. La fe en Jesús es el único camino al cielo.

La Escritura dice: “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15). Ciertamente deseamos confesar nuestra fe como cristianos, también en la funeraria. Hasta puede ser que ayudemos a los sobrevivientes a escuchar la Palabra para que ellos no perezcan en incredulidad. Sin embargo, queremos hablar con mansedumbre y reverencia. ¿Cómo podemos hacer si el fallecido, al parecer no tenía fe en Jesús? ¿Cómo podemos aplicar este principio de dar respuestas claras y testimonio “con mansedumbre y reverencia”?

Probablemente no empezaremos diciendo: “Lo siento, pero su ser querido está en el infierno”. Eso sería insensato. Además, debe haber información que no sabemos. No conocemos el corazón de esa persona. No obstante, sabemos que tampoco podemos decir: “Su ser querido está ahora en el lugar más feliz”. Si no creemos que la persona tuvo fe, no podemos decir: “Al menos su amigo ya no está sufriendo más”. Si la persona murió en incredulidad, sufrirá por toda la eternidad. Pero, ¿estamos totalmente seguros de que esa persona murió en incredulidad? ¿Y es manso y reverente que digamos algo como eso en una funeraria? Este tipo de

dificultades lleva a pastores y congregaciones a generalmente negarse a realizar funerales cristianos para personas que no son miembros. Sin embargo, siempre hay excepciones; por ejemplo, una persona que no llegaba a ser miembro pero estaba bajo el cuidado espiritual del pastor y daba una clara confesión de fe. Pero si no dieron una clara confesión de fe en Jesús, no podemos dar un claro consuelo en un funeral cristiano.

En una situación como esta, trato de ser muy cuidadoso con mis palabras acerca de la persona que murió. Preferiría tratar de enfocar mi atención en la persona a la cual estoy hablando. ¿Es esta persona, que está de luto por la pérdida de un ser querido, un creyente que aún está en su tiempo de gracia? No puedo llegar a la persona que ha muerto, pero podría llegar a uno de los sobrevivientes. Quiero establecer una línea de comunicación que pueda continuar después que el funeral haya finalizado, confiando en que la Palabra de Dios puede obrar en su corazón. Quisiera llegar al punto en que pueda decir a la persona que Jesucristo murió en la cruz para salvar a todos del pecado y que los creyentes en él van al cielo. Hay muchas maneras de hacer esto así como hay muchas personalidades diferentes. Mi manera podría ser diferente a la suya, pero nuestra meta puede ser la misma: alcanzar con el evangelio a esa persona que aún vive. No podemos hacer nada por el fallecido, pero ciertamente podemos ayudar a esa persona en necesidad de consuelo y dirección de la Palabra salvadora de Dios.

¿Era el fallecido un creyente?

Hemos visto una situación verdaderamente difícil, cuando pensamos que la persona que murió probablemente no era creyente. Si la persona pareciera tener fe en Jesús, ¿qué podría decir usted? ¡Esto es una tarea mucho más fácil! Podemos decir todas las cosas buenas de la Escritura, que nos animan a

consolar a los sobrevivientes. Podemos darle toda la gloria a Jesús, quien salvó a esa persona. Podemos mencionar que los creyentes van directamente al cielo. Podemos decir que él o ella, no sufren más. Podemos decir que el alma de esta persona fue al lugar más feliz. Ahora podemos decir que el que partió está con Jesús. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Y eso no es todo. Incluso podemos hablar acerca de la resurrección. En una situación similar, la creyente Marta dijo de su hermano Lázaro, quien había muerto en la fe: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final” (Juan 11:24). Sabemos que todo aquel que “cree en el Señor Jesucristo”, es salvo en el juicio de Dios y entra al cielo (Hechos 16:31). Sabemos que ellos irán al paraíso celestial el día que mueran (Lucas 23:43). Podemos hablar acerca de esto y consolar a los sobrevivientes. Incluso podemos llegarles a aquellos que aún no han sido hechos creyentes. Podemos hablarles del camino al cielo. Por fe en Cristo, ellos también pueden ir a donde fue el difunto.

Dios quiere que hablemos de esta manera. Él no quiere que guardemos silencio ni que hablemos como lo hace la gente del mundo. Dios nos ha dado el mensaje de consuelo en el evangelio. Podemos alabarlo y dar ese consuelo a otros en la funeraria. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1:3,4). Sabemos eso, por fe en Cristo, que: “estaremos siempre con el Señor”; por lo tanto, “alentaos los unos a los otros con estas palabras”, así como Dios nos impulsa a hacerlo (1 Tesalonicenses 4:17,18). Los sobrevivientes pueden estar

llevando cargas pesadas. ¡Nosotros podemos ayudarles! La Escritura dice: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

¿Por qué se llevan a cabo muchos funerales cristianos en la iglesia?

La Escritura no nos manda a hacer funerales cristianos en la iglesia, pero a través de los años, muchos cristianos han encontrado que es muy alentador hacerlos en el lugar de la adoración, en la casa de Dios, para recibir consuelo de la Palabra de Dios. Ahí adoramos a Dios nuestro Salvador, quien ha llevado a nuestro ser querido creyente al cielo. Ahí escuchamos los pasajes de la Biblia que consuelan y animan a los sobrevivientes. Ahí recibimos un mensaje del pastor con los mismos objetivos: de adorar a Dios, de consolar y animar a los sobrevivientes, y también de llegarle a cualquier no creyente que pudiera asistir al servicio. Hay varias costumbres que tienen algunas iglesias, dentro de la libertad cristiana, pero la razón principal para realizar funerales en la iglesia es la de regresar al lugar donde comúnmente nos encontramos con Dios y él se encuentra con nosotros, es decir, en su Palabra. Además, sería más fácil cantar himnos de alabanza en la iglesia, en donde hay himnarios y órgano.

El Salmo 98:1 dice: “Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado y su santo brazo”. Esto aplica a los funerales. Dios ha hecho cosas maravillosas, ya que el alma de esta persona está ahora con Jesús. Él ha obrado la salvación. ¡Adoremos a nuestro maravilloso Dios! En un sentido, el servicio fúnebre es una celebración de victoria. Gracias a Jesús, ¡el ser querido que falleció ha ganado la victoria! Es bueno cantar alegres himnos de alabanza, de la resurrección y de consuelo. El Salmo 23 ayuda, pero también ayuda el himno “Yo sé que vive el Salvador”. No está mal llorar o estar triste cuando un ser

querido ha muerto, ¡pero no debemos actuar como si no hubiera esperanza! Así que, “no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13). Esto es lo que hace diferente a los funerales cristianos. En medio de las lágrimas y la tristeza, ¡confesamos con seguridad nuestra fe en las promesas de Dios! Nos regocijamos cuando un creyente ha partido al paraíso. Los creyentes pueden hacer lo que dice el Salmo 100, aun en el funeral. Ellos pueden decir: “Servid a Jehová con alegría; venid ante su presencia con regocijo... ¡Alabadlo, bendecid su nombre!” (versículos 2,4).

Sin embargo, tampoco hay nada malo en hacer el servicio en una funeraria. Algunas iglesias pueden ser muy pequeñas para ciertos funerales. No obstante, cuando es posible, muchos creyentes prefieren regresar al lugar destinado para la alabanza, la casa de Dios, para su servicio de adoración y de consuelo.

¿Por qué no elogian nuestros pastores al fallecido?

Elogiar o rendir tributo al fallecido es una costumbre que con frecuencia se hace en los servicios fúnebres. Comúnmente vemos esto en la televisión. Alguien muere y todo tipo de personas pasa al estrado y dice cosas buenas de la persona que murió. Pero, fíjese quién está siendo alabada: la persona que murió.

Por el contrario, nuestros pastores, en sus sermones de los servicios fúnebres buscan alabar a Dios y proclamar su Palabra. En un sentido, ellos elogian a Cristo. Esto no significa que nuestros pastores nunca mencionarán los frutos de fe del creyente que falleció. Con frecuencia mencionamos lo que hizo y dijo la persona, para dar evidencia de que éste confesaba claramente la fe en Jesús (como lo hará Jesús en el día final Mateo 25:35,36). Pero nuestro principal objetivo es glorificar a Dios y proclamar su evangelio. Primera de

Corintios 10:31 dice: “Hacedlo todo *para la gloria de Dios*”. Romanos 11:36 dice: “De él, por él, y para él, son todas las cosas. *A él sea la gloria por los siglos.*” Dios y la “gloria de su gracia” merecen toda la alabanza cuando un creyente parte para la gloria eterna (Efesios 1:6). Nosotros los creyentes sólo somos pecadores que hemos sido “justificados gratuitamente” por nuestro Salvador Jesucristo (Romanos 3:23,24). Merecemos la muerte, pero Dios nos da “vida eterna en Cristo Jesús” (Romanos 6:23). La Escritura no nos alaba a nosotros, “porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). Nuestros pastores buscan seguir la Palabra de Dios que dice: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios... *para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo*, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1 Pedro 4:11).

¿Por qué usualmente se cierra el ataúd antes del servicio fúnebre?

Primero que todo, no todos tienen las mismas costumbres. El ataúd no siempre es cerrado durante los servicios fúnebres, pero puede ser común que se haga. Ciertamente la costumbre de cerrar el ataúd, antes de un servicio fúnebre, ayuda ya que esto anima a la gente a centrar su atención en la Palabra de Dios, y no en el cuerpo del fallecido.

Recuerde cuál es el propósito de un servicio fúnebre. Un funeral cristiano es un servicio de adoración realizado en el nombre del Dios trino. Se centra la atención en la Palabra de Dios, alabando a él. Ofrece el consuelo del evangelio para aquellos que lloran. Se distrae menos cuando la familia rinde sus últimos honores y se cierra el ataúd antes de que el culto comience.

Ocasionalmente, los pastores experimentan desilusión con algunas costumbres en los funerales. Después de que su

mensaje de la Palabra de Dios se ha centrado en el corazón del Salvador y su Palabra, ¿por qué queremos centrar nuestra atención de nuevo en el cuerpo de la persona fallecida en un ataúd abierto? Ese cuerpo en el ataúd no es la persona que murió. El alma de ese creyente está en el cielo. Es bueno salir del funeral centrado en las promesas consoladoras de nuestro divino y amado Salvador, en vez de evocar emociones fuertes de tristeza, viendo el cuerpo sin vida una vez más.

A pesar de la partida del ser querido, Jesús y su Palabra, están presentes en el servicio. (Mateo 18:20). Es mejor si nuestra atención se enfoca en las palabras reconfortantes de nuestro divino Dios (Romanos 10:17; Lucas 10:38-42).

Al considerar las costumbres de los funerales, es bueno tener presente dos pasajes de la Biblia. Eclesiastés 5:1 dice: “Cuando vayas a la casa de Dios, guarda tu pie. Acércate más para *oír* que para ofrecer el sacrificio de los necios, quienes no saben que hacen mal.” Nuestro propósito es escuchar y alabar a Dios. Génesis 28:17 simplemente muestra el temor que debemos tener en la casa de Dios, donde su Palabra salvadora es proclamada: “¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que *casa de Dios* y puerta del cielo.” Con esto en mente, conduzcámonos con la apropiada reverencia.

¿Por qué tenemos entierros cristianos?

La Biblia no nos manda explícitamente llevar a cabo entierros cristianos. Ciertamente muchos creyentes han hecho esto en el pasado. Considere el caso de los patriarcas.

“Voy a ser reunido con mi pueblo. Sepultadme con mis padres en la cueva... que está en el campo de Macpela, al oriente de Mamre, en la tierra de Canaán, la que compró Abraham junto con el mismo campo de Efrón, el heteo, para heredad de sepultura. Allí sepultaron a Abraham y a Sara, su mujer; allí sepultaron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí también sepulté yo a Lea.” (Génesis 49:29-31)

La razón por la que Jacob quería ser sepultado con ellos tuvo mucho qué ver con su fe. “Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). Él confesó que cuando muriera, “dormiría” con sus ancestros creyentes (Génesis 47:30). Lutero escribió:

Con base en estos testimonios de la Escritura, los padres concluyeron que hay otra vida y que los santos no mueren ni perecen como bestias, sino que son reunidos con las personas en la tierra de la vida. Sin duda, este hecho, su cierta expectativa de otra vida, es la razón por la cual ellos fueron reverente y honorablemente sepultados por sus hijos.⁵⁰

El Nuevo Testamento nos habla acerca del sepelio de nuestro Salvador. “Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue” (Mateo 27:59,60). Juan revela que fue “según la costumbre judía de sepultar” (Juan 19:40). Desde luego, Jesús resucitaría de la muerte y saldría fuera de la tumba al tercer día.

En el libro de los Hechos, leemos que “unos hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él” (Hechos 8:2). Ciertamente notamos respeto en sus costumbres de sepelio. Sin embargo, hay más. Los hombres que enterraron a Esteban eran piadosos y confesaban la misma fe que Esteban confesó muriendo.

Algunas personas en los tiempos de la Biblia no tuvieron sepelios honorables. La malvada reina Jezabel es un ejemplo. Los perros devoraron su cuerpo, por lo cual ella no fue sepultada; su cuerpo fue “como estiércol sobre la superficie del campo” (2 Reyes 9:10, 36, 37). El Señor dijo que Joacim: “En sepultura de asno será enterrado, arrastrándolo y echándolo fuera de las puertas de Jerusalén” (Jeremías 22:19). Esta fue una señal del desagrado de Dios sobre sus enemigos.

Ecclésiastés 6:3 describe el impacto de no tener un sepelio apropiado: “Aunque el hombre engendre cien hijos, viva muchos años y los días de su edad sean numerosos, si su alma no se sació del bien, y además careció de sepultura, digo que más vale un abortivo”.

En un sepelio cristiano, estamos confesando nuestra fe que “todos los que están en los sepulcros oirán su voz” y que los creyentes “saldrán a resurrección de vida” (Juan 5:28,29). Esencialmente estamos diciendo lo que dijo hace mucho tiempo la creyente Marta: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final” (11:24). Cuando el capítulo de la Biblia sobre la resurrección (1Corintios 15) habla del cuerpo siendo “sembrado”, es decir, plantado está describiendo el sepelio. Cuando menciona que el cuerpo es “resucitado”, nos está recordando la “resurrección de los muertos” en el día final (versículos 42-44). Ahí hay una imagen de una semilla plantada, con una cosecha por recoger. Nos levantaremos y saldremos de la tumba, así como lo hizo nuestro Salvador el domingo de Pascua.

¿Está mal ser cremado?

La cremación no es específicamente un mandato o una prohibición de la Escritura. Esto corresponde a la categoría de adiáfora (cosas intermedias; cosas que no son mandadas ni prohibidas por Dios). Así que, la decisión acerca de la cremación es una cuestión de discreción cristiana.

Aunque el sepelio fue una práctica habitual entre los creyentes, hay un par de ejemplos de cremación en la Escritura. Después de que Acán y su familia fueran apedreados, sus cuerpos los “quemaron” (Josué 7:25). Los cuerpos de Saúl y sus hijos también los “quemaron” (1 Samuel 31:11,12).

Algunos cuerpos son cremados para detener la propagación de la enfermedad, para transportar los restos fácilmente o

porque es menos costoso. Los cuerpos de los incrédulos han sido cremados y sus cenizas han sido esparcidas en el océano, en un intento por escapar del juicio final. Sin embargo, ellos no tendrán éxito. Esas personas comparecerán corporalmente ante Jesús en el día del juicio.

Esta última razón para la cremación se ha vuelto más común en las últimas décadas. Esto ha llevado a muchos creyentes a ver desfavorablemente la cremación. Algunos creyentes sienten que esto muestra falta de respeto por el cuerpo creado por Dios. Algunos temen que serán vistos como uno de aquellos incrédulos que tratan de escapar del juicio final. Y algunos tan sólo tienen la idea de que están recibiendo las cenizas de alguien en un recipiente repugnante e impensable.

Cualquiera que sea su opinión, debemos declarar que la Escritura ni nos manda ni nos prohíbe la cremación. Aunque no veo razón para fomentar la cremación, sé que nuestro Señor es totalmente capaz de levantar las cenizas a la vida. Aunque en el ritual común de un sepelio decimos: “Tierra a tierra, cenizas a cenizas, polvo a polvo”, en el Día Final, el cuerpo será levantado, “porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). Mientras alguien no trate de evadir el juicio final, debemos considerar la cremación un asunto de libertad cristiana.

¿Permanecen aquí con nosotros o se aparecen en las casas, los espíritus de los fallecidos?

Recuerde lo que dice la Escritura acerca de los espíritus de la gente que ha muerto: “Antes que el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). Las almas, es decir, los espíritus de los fallecidos no rondan a nuestro alrededor. Ellos parten de esta vida. Dios los

envía al cielo o al infierno. “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27).

Hay muchos que se preguntan acerca de los fantasmas y casas embrujadas. Algunos cristianos dicen que han visto fantasmas en sus casas. En algunos casos, los sonidos en esas tan nombradas casas embrujadas, pueden tener explicaciones físicas. A veces las casas viejas, con puertas y pisos que chirrean, pueden producir sonidos espeluznantes que son difíciles de explicar. Sin embargo, algunas casas probablemente están embrujadas.

Ocasionalmente, les he causado sorpresa a miembros de nuestra congregación, que son nuevos en las clases bíblicas, cuando claramente afirmo que existen fantasmas. No tengo duda en absoluto que hay fantasmas. Pero estos fantasmas no son espíritus (o almas) de la gente que ha muerto. Los fantasmas de los que estoy hablando son demonios. La Escritura enseña ampliamente que existen demonios. Son ángeles malvados que se apartaron con el diablo. Ellos están condenados al infierno.

De algún modo, ellos han poseído a algunas personas. Con frecuencia leemos de Jesús echando fuera demonios. Mateo 8:16 dice: “Le llevaron muchos endemoniados, y con la palabra echó fuera a los demonios”. Esto nos recuerda que nuestro Señor y Salvador tiene máximo poder sobre los demonios. La gente se dio cuenta de esto y dijo de Jesús que: “con autoridad manda aun a los espíritus impuros, y lo obedecen” (Marcos 1:27). Estos no son los espíritus de los fallecidos, sino son los fantasmas que yo digo que existen.

Estos fantasmas (que usualmente son llamados demonios, ángeles malvados, espíritus inmundos o impuros) tienen la capacidad de conocer cosas que la gente no sabría y pueden imitar la apariencia y sonido del fallecido. Ellos se pueden parecer y escucharse como el ser querido que partió. Ellos

incluso pueden saber los secretos del fallecido. A través de los años, la gente ha mencionado que Houdini tuvo algún secreto que compartió sólo con su esposa. Los demonios podían fácilmente saber ese secreto y pretender ser Houdini. Estos ángeles malvados son capaces de embrujar casas como “fantasmas”.

Estos fantasmas no se deben tomar en juego. Hechos 19:11-16 enseña esto muy claramente relatando una historia real.

Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que hasta los pañuelos o delantales que habían tocado su cuerpo eran llevados a los enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.

Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: “¡Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo!”.

Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: “A Jesús conozco y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?”.

El hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa, desnudos y heridos.

Aquellos que han escuchado acerca de la película o el libro llamado *El exorcista*, ciertamente captan que los espíritus malos no son objeto de juego. Ellos pueden poseer a la gente y también lugares. Entretenerse con un juego oculto, como usar una tabla Ouija, implica invitar a entrar a los espíritus malos. Una vez invitados, estos demonios probablemente no quieran salir. Así es como algunas casas han sido embrujadas. Siegbert Becker escribió:

La posesión de las personas está estrechamente relacionada con la posesión de lugares. Las historias de casas embrujadas son frecuentes en América, pero aun más en Europa. Supongo que todos nosotros estamos inclinados a reducir tales historias como producto de una hiperactiva imaginación. Aunque seguramente debiéramos cuidarnos de la credulidad ingenua, aun las conclusiones de observadores expertos parecieran indicar que algunos de estos hechos están basados en sucesos reales que desafían una explicación natural. Los parasicólogos hablan de tales “embrujo” como un “fenómeno de poltergeist”... Muchos de estos fenómenos están asociados con espiritismo y posesión demoníaca... En países cristianos, las casas son exorcizadas y los espíritus son echados fuera en el nombre de Jesús.⁵¹

¿Son conscientes de nosotros y de los eventos terrenales, las almas de los creyentes que han muerto?

Muchas ideas falsas han sido divulgadas a través de películas y programas de televisión. La película *Ghost* (*Fantasma*) describe a un hombre que ha muerto, pero cuya alma quedó en la tierra para influir en los acontecimientos. Otras películas y programas dan a entender que nuestros seres queridos que han muerto siguen viviendo en nuestras casas o por lo menos están vigilándonos. Esta falsa idea no viene de la Palabra de Dios.

Isaías 63:16 revela que Dios está consiente de nosotros: “Aunque Abraham nos ignore e Israel no nos reconozca”. Abraham está en el cielo pero nos ignora. Israel está en cielo pero no nos reconoce. En los comentarios de la Biblia Popular, John Braun se refirió a este pasaje: “Una vez los creyentes mueren, ellos conocen los gozos del cielo, pero no los asuntos de los seres queridos que dejan atrás”.⁵² Lutero, que ciertamente estuvo familiarizado con la práctica católica romana de orar a los santos difuntos, escribió:

Esas personas están muertas y no saben nada de nosotros. Aquí los doctores escolásticos argumentan mucho y llegan a varias conclusiones acerca de cómo los padres ayudan y se preocupan con nuestros asuntos, y uno contradice al otro. Pero aquí el Espíritu Santo enseña que los santos están muertos; ciertamente ellos están muertos para nosotros... Ciertamente Dios es el Dios de la vida y de la muerte, pero los santos están muertos para nosotros. Por lo tanto, los muertos... no deben ser invocados más, puesto que ellos no se preocupan de nuestros asuntos.⁵³

No debemos orarles a los muertos, inclusive a María o a los santos. Ellos no nos escuchan ni nos pueden ayudar. No debiéramos pedirles ayuda o respuestas. Cuando la gente pide recibir palabra de ultratumba, es probable que lo oigan de la red de espíritus malos. Estos ángeles malos conocen muchos secretos, ya que han estado escuchando muy de cerca. Ellos también tienen acceso a todos aquellos que han sido condenados. Debemos mantenernos alejados de los encantadores: “Si os dicen: ‘Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando’, responded: ‘¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?’. ¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19,20).

Ezequías estaba en lo correcto cuando habló de su vida después de la muerte: “Ya no veré más a los hombres entre los moradores del mundo” (Isaías 38:11). Aquellos que murieron en fe están en el cielo. Aquellos que murieron en incredulidad están en el infierno. Las almas de los que han fallecido no están más con nosotros.

¿Conoceré a mis seres queridos creyentes en el cielo?

Esta es una pregunta muy común. Así como los discípulos fácilmente reconocieron a Moisés y Elías, en el acontecimiento de la transfiguración de Cristo, no veo razón

por la cuál nosotros no pudiéramos conocer a nuestros hermanos en la fe en el cielo (Mateo 17:3,4). En Mateo 8:11, Jesús revela que “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos”. Sabemos que estaremos con los otros creyentes. ¿Serán extraños para nosotros? Parece poco probable que vamos a pasar la eternidad en cielo sin conocer a nuestros compañeros creyentes. El apóstol Pablo también dijo que los creyentes de Tesalónica serían su gloria y gozo en el día del juicio. Esto supone que Pablo los reconocería. Pablo escribió: “¿Cuál es nuestra esperanza, gozo, o corona, de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Tesalonicenses 2:19,20).

Nosotros a veces hablamos de una “grata reunión en el cielo”. Nos referimos a esto en el sentido de Hebreos 12:22,23, que describe la Jerusalén celestial como un encuentro gozoso: “Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la *congregación* de los primogénitos que están inscritos en los cielos. Os habéis acercado a Dios, Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos.”

Nos reuniremos en el cielo junto con nuestro Salvador, nuestros compañeros creyentes y los ángeles santos. Ciertamente reconoceremos a Jesús, así como lo hicieron los discípulos cuando él se levantó de la muerte (Lucas 24:31; Juan 20:20; 21:12). ¿Por qué no reconoceríamos a nuestros compañeros cristianos?

Probablemente deberíamos hacer una distinción entre el cielo, antes y después, del día del juicio. Antes del día del juicio, las almas de los creyentes están en el cielo. Después del día del juicio, los creyentes tendrán cuerpos glorificados (reunidos con sus almas). No tenemos un pasaje específico de

la Biblia que nos hable exactamente de lo que veremos en el cielo, pero parece probable que reconoceremos los cuerpos de nuestros compañeros creyentes (Lucas 24: 39,40). Si Dios permitió al apóstol Juan ver las almas de los mártires fallecidos, también puede permitirnos ver y reconocer las almas de nuestros compañeros creyentes (Apocalipsis 20:4).

Como el creyente Job, estaremos más interesados en ver a nuestro Redentor (Job 19:25-27). Sin embargo, la Escritura también menciona a nuestros compañeros creyentes. Nosotros “seremos arrebatados juntamente con ellos” y “estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).

No obstante, puede ser que una palabra de advertencia sea necesaria. Jesús nos dice que “cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en los cielos” (Marcos 12:25). Estas palabras nos llevan a ser cuidadosos acerca de la descripción del cielo en términos mundanos. El matrimonio no continuará en el cielo. El matrimonio es una bendición maravillosa de Dios para esta vida, pero no continuará en el cielo. Esa es una razón por la cual un viudo o una viuda, están en libertad de volver a casarse (Romanos 7:2,3; 1 Corintios 7:39).

¿Tiene un alma en el cielo noción del tiempo?

¿Es la eternidad la falta de tiempo o un tiempo interminable?

En respuesta a estas preguntas diferentes teólogos muy reconocidos ocasionalmente han dicho más de lo que realmente dice la Escritura. Algunos han insistido en que la eternidad no tiene principio ni fin. Pero cuando ellos se basan en Apocalipsis 10:6, caen en un error. Ese pasaje no significa que el tiempo no existirá más en el cielo, sino que el fin del mundo vendría sin demora.

Existe un pasaje que parece indicar que pudiera haber una

percepción de tiempo por parte de las almas en el cielo. Apocalipsis 6:10 dice: “Clamaban a gran voz, diciendo: ‘¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra?’”. Estas almas en el cielo al parecer estaban conscientes del paso del tiempo y estaban ansiosas para que Dios hiciera su obra justa. Ellas preguntaron qué tan pronto las vengaría. Siegbert Becker comentó acerca de este versículo de la Escritura:

El tiempo evidentemente parece largo para las almas de los mártires. Muchos comentaristas ortodoxos luteranos opinan que después de la muerte las almas no tienen noción del transcurso del tiempo. Definen la eternidad como la ausencia del tiempo o la intemporalidad. Aunque la Biblia afirma que como atributo de Dios la eternidad es intemporal, no da a entender, sin embargo, que la palabra eternidad tiene el mismo significado cuando se aplica a las criaturas. El tiempo es creación de Dios, y él por tanto existe fuera del tiempo y más allá de este. También queda claro en la Escritura que existe una gran diferencia entre la eternidad de Dios y la nuestra. Su eternidad no tiene principio, pero nuestra vida eterna tiene principio. De modo que es posible que, si bien la eternidad de Dios es intemporal, la nuestra sea tiempo sin fin, y por eso, aun las almas en el cielo estén conscientes del transcurso del tiempo, lo que parece ser el caso aquí. Sin embargo, debemos tener cuidado de no ser demasiado dogmáticos sobre este punto.⁵⁴

Una vez más, apoyaré al Dr. Becker y me abstendré de decir más de lo que la Escritura claramente revela. Nosotros sabremos la respuesta cuando lleguemos al cielo.

¿Qué edad pareceremos tener cuando nos levantemos de entre los muertos?

Nuevamente, la mejor respuesta es que nosotros lo sabremos con seguridad cuando lleguemos allá. La Escritura

no ha contestado claramente esta pregunta. ¿Los bebés llegarían a ser los adultos que hubieran podido ser viviendo en la tierra? ¿Los ancianos volverán a una edad madura o a la juventud? Realmente no lo sabemos.

Algunos han dicho que todos seremos jóvenes, porque ese es el premio de la vida. Pero Jesús no se convirtió en un niño cuando se levantó de la muerte. La Escritura dice que él “transformará nuestro cuerpo mortal en *un cuerpo glorioso semejante al suyo*” (Filipenses 3:21). Algunos señalaron este pasaje de la Biblia como la base para decir que nosotros tendremos la edad que Jesús tenía cuando resucitó de la muerte. Pero “semejante” al de él significa glorioso y sin pecado. Es posible que no se refiera al aspecto de la edad (joven o viejo).

Algunos dicen que luciremos de la edad que teníamos cuando morimos, sin los efectos del pecado. Ellos piensan que pareceremos de la edad cuando nos encontrábamos en la muerte (sin los achaques, dolores, debilidades, deformidades, y otros efectos penosos de la vejez). No sabemos con seguridad. El libro de Apocalipsis podría sonar de esa manera, cuando habla acerca de los muertos siendo “los pequeños y... los grandes” (11:18; 19:5).

Yo pienso que el texto de la Escritura que más acerca a darnos una respuesta podría ser el relato muy conocido de la transfiguración de nuestro Salvador cuando dice que “se les aparecieron Moisés y Elías” (Mateo 17:3). Elías nunca murió, pero Moisés debe ser puesto, en este episodio, en la categoría de los resucitados. Que fuera reconocido como hombre, y no como un joven, parece transmitir la idea que no todos nos convertiremos en jóvenes.

No debemos obligar a las Escrituras a decir más de lo que éstas dicen. Aun cuando nuestros cuerpos serán como el de nuestro Salvador, debemos hacer una distinción clara. Él es el Dios hecho hombre, y nosotros no lo somos. Su cuerpo tenía

las marcas y heridas, aun después de su resurrección. Estas heridas ayudaron a los discípulos a identificarlo. Estas marcas le dieron gloria al recordar a los discípulos de su muerte redentora. Estas heridas pueden ser una excepción a la regla que aquellas heridas podrían desaparecer cuando nuestros cuerpos sean glorificados. En una forma similar, los mártires pueden tener alguna marca que muestre su martirio. En una visión del cielo, Juan pudo reconocer a los mártires decapitados (Apocalipsis 20:4). Nosotros le dejamos este asunto a Dios, cuya voluntad es siempre la mejor. Nosotros simplemente aún no tenemos la respuesta a esta pregunta.

¿Podría haber animales en el cielo?

Si, fácilmente podría haber animales en el cielo después del día del juicio. Romanos 8:21 revela que “también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”. La creación pareciera incluir animales, los cuales pudieran serán libertados de este mundo pecador. En el principio, cuando Dios creó este mundo y todo era perfecto y sin pecado, había animales. Se nos dijo que habría un nuevo cielo y una nueva tierra. Si imaginamos eso como un regreso a la perfección del huerto de Edén, no hay razón para asumir que no pudiera haber animales. Las palabras en el relato de la creación pueden señalar que en el nuevo cielo y la nueva tierra habrá animales:

Dijo Dios: “Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en el firmamento de los cielos”. Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y los bendijo Dios, diciendo: “Fructificad y multiplicaos, llenad las aguas en los mares y multiplíquense las aves en la tierra”. Y fue la tarde y la mañana del quinto día.

Luego dijo Dios: “Produzca la tierra seres vivientes según su especie: bestias, serpientes y animales de la tierra según su especie”.

Y fue así. E hizo Dios los animales de la tierra según su especie, ganado según su especie y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno. (Génesis 1:20-25)

Entonces era bueno tener a los animales como parte de la perfecta creación de Dios. Todo también será bueno en el futuro. Eso puede significar que habrá animales en el nuevo cielo y en la nueva tierra. Pero tenemos que esperar para saber con certeza cómo será esto en realidad.

¿Qué haremos en cielo?

Nos gustaría saberlo. ¿Trabajaremos en el cielo? ¿Será un largo servicio de alabanza? No debemos imaginarnos el cielo como un largo y muy aburrido servicio. Aun cuando el servicio nunca debería ser aburrido para nosotros, a veces los niños piensan del cielo como un muy, muy largo servicio de iglesia. Esa no es quizá la mejor imagen para poner en las mentes de nuestros niños. Sí, ciertamente alabaremos a Dios en el cielo. Esa es una de las descripciones más comunes del cielo. ¡Y cantaremos! Apocalipsis 5:9 dice: “Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: ‘Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo, y nación’”. (Ver también Apocalipsis 14:3 y 15:3.) El cántico nuevo alaba a Dios por la salvación. Cuando ellos dicen: “Digno eres”, eso es alabanza. ¡Nosotros también alabaremos a Dios por salvarnos! Nuestro canto y alabanza será de gozo puro en la presencia de nuestro Dios Salvador. Nuestras voces serán perfectas. La Biblia describe el uso de un arpa para acompañar el canto. La música, las canciones, y la alabanza,

serán perfectas. Ni siquiera podemos imaginar lo grandioso que será. La gente que no puede cantar muy bien aquí, allí cantará perfectamente. El servicio de alabanza jamás será aburrido en el cielo.

Sin embargo, es posible que también trabajemos en el cielo, como Adán y Eva, lo hicieron antes de caer en pecado. Génesis 2:15 nos dice: “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo cuidara”. Este trabajo no era doloroso ni agotador. El pueblo santo de Dios no se fatigará ni cansará. El trabajo era un gozo en el perfecto mundo antes de la caída en pecado.

Parece probable que el nuevo cielo y la nueva tierra, serán similares al huerto de Edén. Es posible que nuestra vida allá pueda incluir una ocupación alegre con varias actividades. (Ver Lucas 19:17,19.) El libro de Apocalipsis en muchos lugares dice que nosotros “reinaremos” con Jesús (3:21; 5:10; 22:5). No sabemos exactamente qué significa esto. Tal vez tendremos el valioso trabajo de supervisar algún aspecto del nuevo cielo y la nueva tierra. Por encima de todo sabemos que la voluntad de Dios será hecha en el cielo (Mateo 6:10).

Sabemos que veremos a nuestro Salvador y lo alabaremos alegremente. Pero la adoración es más que sólo un servicio formal. Incluso ahora, alabamos a nuestro Salvador en la manera que le servimos cada día. Romanos 12:1 dice: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto”. Alabe a Dios en la forma que usted vive y sirve cada día: en el hogar, en el trabajo, y en el juego. Segunda de Corintios 5:15 dice que Jesús “por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”. Pudiera ser que el servicio de adoración en el cielo fuera parcialmente formal y parcialmente informal, en la manera que servimos a Dios en varias actividades gratas a él

(cualquiera que ellas puedan ser). Sabemos que glorificáremos a Dios:

Y del trono salió una voz que decía: “Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que lo teméis, así pequeños como grandes”.

Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: “¡Aleluya!, porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina. Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria.” (Apocalipsis 19:5-7)

¿Cómo podemos alcanzar a aquellos que no han sido hechos creyentes?

Esta es una pregunta muy importante. Si usted quisiera más ayuda, por favor pregúntele a su pastor. Él estará muy dispuesto a ayudarle. El asunto más importante para recordar es que Dios obra la fe a través del evangelio (Romanos 10:17). El evangelio, es decir, la buena nueva que Jesús vino a salvarnos a todos, es el mensaje más importante que debemos proclamar. Por lo general, debemos empezar con la ley para hacerle ver a la gente sus pecados y su necesidad del Salvador. Algunas veces, la gente ya siente los efectos de la ley. Se sienten muy culpables y tienen temor de morir. Estas personas necesitan escuchar el evangelio de inmediato.

Yo pienso que la manera más fácil de alcanzar a alguien es compartir con ellos las siguientes palabras de Juan 3:16: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”. Dios amó tanto al mundo entero y a todos los que habitan en él, que dio a su Hijo unigénito para ser nuestro Salvador. Jesús nació en la primera Navidad en una sola persona como verdadero Dios y como verdadero hombre. Luego, creció, llevando vida perfecta. Él hizo esto

como nuestro sustituto para redimirnos, es decir, que llevó vida completamente sin pecado y recibió todo el castigo de los pecados de todo el mundo. Él soportó esto en la cruz, donde sufrió y murió pagando el precio de nuestros pecados (la muerte). Allí, el Cordero de Dios redimió el pecado del mundo. Allí, Jesús obtuvo “la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Ya que él ha pagado el precio de nuestro rescate por completo y que Dios aceptó esa paga, Jesús se levantó de la muerte. Él ha ganado la victoria sobre el pecado, la muerte, y el mal. Jesús resucitó de la muerte porque él ganó el perdón por usted, por mí, y por todos en el mundo. Ahora podemos decirle a cualquiera: “Jesús murió en la cruz por usted y redimió todos sus pecados”. Podemos decirle: “Usted es perdonado por medio de Cristo”. Ese es el evangelio, las buenas nuevas de salvación. Jesús dice en Juan 3:16: “Todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”. ¡Crea en el Señor Jesús, y será salvado en el juicio! ¡Él lo salvó!

Jesús nos ha dado las buenas nuevas para proclamarla a otros. De hecho, nuestro Salvador quiere que su mensaje sea proclamado por todo el mundo. Él dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:15,16).

Aquellos que sean creyentes, disfrutarán del cielo por siempre. Aquellos que no, sufrirán en el infierno para siempre. El trabajo misionero realmente es importante, ¿no es así? Asegurémonos de alcanzar a cuantas personas nos sea posible durante el tiempo que nuestro Señor nos deje aquí en la tierra. Entonces, vamos a poder disfrutar del mundo perfecto que Dios ha preparado para sus creyentes en el cielo.

De tal manera Dios amó
Al pobre mundo, que mandó
A Jesucristo acá de venir
Y por su redención morir.

Movido por el mismo amor
Del cielo vino el Salvador,
Cambiando el trono de la luz
Por el madero de la cruz.

Jesús murió; y todo aquel
Que por la fe viniere a Él,
En Cristo amparo y paz tendrá
Y vida eterna gozará. (HEL 53:1-3)

Notas finales

- ¹ Maurice S. Rawlings, M.D., *Before Death Comes* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1980), pp. 44,45. (Traducción libre del inglés.)
- ² Siegbert W. Becker, “Heaven and Hell,” en *Our Great Heritage*, Vol. 3 (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991), p. 675. (Traducción libre del inglés.)
- ³ Becker, “Heaven and Hell,” p. 672. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, Segunda Parte, Artículo 12:3 (<http://www.ewtn.com/library/catechsm/spanish/index.asp>)
- ⁵ Francis J. Ripley, *This Is the Faith* (Rockford, Illinois: Tan Books and Publishers, 2002), p. 395. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶ Ripley, *This Is the Faith*, p. 62. (Traducción libre del inglés.)
- ⁷ Ripley, *This Is the Faith*, p. 407. (Traducción libre del inglés.)
- ⁸ Ripley, *This Is the Faith*, p. 407. (Traducción libre del inglés.)
- ⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*
- ¹⁰ Artículos de Esmalcalda, Parte III, Artículo III, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editor: Dr. Andrés A. Meléndez, Editorial Concordia, Segunda edición p. 317.
- ¹¹ *En esto creemos: Una declaración de creencia del sínodo evangélico luterano de Wisconsin* (<http://cristopalabra.wels.net/wp-content/uploads/esp.pdf>), p. 18.
- ¹² *This We Believe*, p. 17. (Traducción libre del inglés.)
- ¹³ *Quest for the Unknown: Life Beyond Death* (Pleasantville, New York: Reader’s Digest Association, 1992), p. 21. (Traducción libre del inglés.)

- 14 Maurice S. Rawlings, M.D., *Beyond Death's Door* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1978), p. 45. (Traducción libre del inglés.)
- 15 Raymond A. Moody Jr., M.D., *Life after Life* (New York: Bantam Books, 1975), pp. 21-23. (Traducción libre del inglés.)
- 16 Raymond A. Moody Jr., M.D., *Reflections on Life after Life* (New York: Bantam Books, 1977), p. 36. (Traducción libre del inglés.)
- 17 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p.11. (Traducción libre del inglés.)
- 18 Rawlings, *Beyond Death's Door*, pp. 24,25. (Traducción libre del inglés.)
- 19 Rawlings, *Beyond Death's Door*, pp. 17-19. (Traducción libre del inglés.)
- 20 Rawlings, *Beyond Death's Door*, pp. 20,21. (Traducción libre del inglés.)
- 21 Rawlings, *Beyond Death's Door*, pp. 62,63. (Traducción libre del inglés.)
- 22 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p. 110. (Traducción libre del inglés.)
- 23 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p. 27. (Traducción libre del inglés.)
- 24 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p. 14. (Traducción libre del inglés.)
- 25 *Quest for the Unknown*, p. 26. (Traducción libre del inglés.)
- 26 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p. 61. (Traducción libre del inglés.)
- 27 *Quest for the Unknown*, p. 29. (Traducción libre del inglés.)
- 28 *Quest for the Unknown*, p. 32. (Traducción libre del inglés.)
- 29 Siegbert W. Becker, *Wizards That Peep* (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1978), p. 5. (Traducción libre del inglés.)
- 30 *Quest for the Unknown*, p. 29. (Traducción libre del inglés.)
- 31 *Quest for the Unknown*, p. 21. (Traducción libre del inglés.)
- 32 *Quest for the Unknown*, p. 29. (Traducción libre del inglés.)
- 33 Rawlings, *Beyond Death's Door*, p. 75. (Traducción libre del inglés.)

- 34 *Quest for the Unknown*, p. 20. (Traducción libre del inglés.)
- 35 Siegbert W. Becker, *Apocalipsis: Un cántico triunfal* (Saint Louis: Editorial Concordia, 2005), p. 377.
- 36 Dante Alighieri, *La divina comedia*, Canto 3:9
(<http://www.servisur.com/cultural/dante/comediainf/index.htm>)
- 37 J. Schoneberg Setzer, *What's Left to Believe?* (Nashville: Abingdon, 1968), p.141, quoted in *Eschatological Prophecies and Current Misinterpretations* by Wilbert R. Gawrisch (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1989), p. 90. (Traducción libre del inglés.)
- 38 Clark Pinnock, "Fire, Then Nothing," *Christianity Today*, March 20, 1987, p. 40, quoted in *Eschatological Prophecies*, Gawrisch, p. 89. (Traducción libre del inglés.)
- 39 Confesión de Augsburgo, Artículo XVII, Libro de Concordia, p. 33.
- 40 Setzer, *What's Left to Believe?* p.137, quoted in *Eschatological Prophecies*, Gawrisch, p. 90. (Traducción libre del inglés.)
- 41 Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo XVII, Libro de Concordia, p 218.
- 42 Becker, "Heaven and Hell," p. 667. (Traducción libre del inglés.)
- 43 Becker, *Apocalipsis*, pp. 358,359.
- 44 This We Believe, p. 35. (Traducción libre del inglés.)
- 45 Martín Lutero, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 49 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), p. 323. (Traducción libre del inglés.)
- 46 *Luther's Works*, Vol. 28, p. 185. (Traducción libre del inglés.)
- 47 *Luther's Works*, Vol. 28, p. 173. (Traducción libre del inglés.)
- 48 Becker, "Heaven and Hell," p. 676. (Traducción libre del inglés.)
- 49 Herman W. Gockel, *Answer to Anxiety* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1961), p. 38. (Traducción libre del inglés.)
- 50 Martín Lutero, *What Luther Says: An Anthology*, compilado por Ewald M. Plass, Vol. 2 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), p. 781. (Traducción libre del inglés.)
- 51 Becker, *Wizards That Peep*, pp. 94-96. (Traducción libre del inglés.)
- 52 John A. Braun, *Isaías 40–66* de la serie La Biblia Popular

(Milwaukee: Northwestern Publishing House, 2003), p. 346.

⁵³ *Luther's Works*, Vol. 17, p. 360. (Traducción libre del inglés.)

⁵⁴ Becker, *Apocalipsis*, p. 137.

Para lectura adicional

- Becker, Siegbert W. "Heaven and Hell," reprinted in *Our Great Heritage*, Vol. 3, pp. 652-677. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.
- Becker, Siegbert W. *Revelation: The Distant Triumph Song*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1985.
- Becker, Siegbert W. *Wizards That Peep*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1978.
- Brug, John F. "The Spiritual Body" (unpublished paper), Nov. 2, 1982, revised Sept. 21, 1987, available on the Wisconsin Lutheran Seminary Web site: www.wls.net.
- Christian Life Resources (for more information and scriptural guidance on end-of-life issues): www.christianliferesources.com.
- Gawrisch, Wilbert R. *Eschatological Prophecies and Current Misinterpretations*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1989. Also found in *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Vol. 84 (1987), pp. 125-140, 201-216, 278-297; and Vol. 85 (1988), pp. 109-126, 197-219. Parts I, II, and V are also found in *Our Great Heritage*. Vol. 3, Ed. Lyle Lange. Milwaukee, Northwestern Publishing House, 1991. pp. 679-743.
- Hoenecke, Adolf. *Evangelical Lutheran Dogmatics*, Vol. 4. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1999.
- Mueller, John Theodore. *Christian Dogmatics*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1955.
- Pieper, Francis. *Christian Dogmatics*, Vol. 3. St. Louis: Concordia Publishing House, 1953.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:1—121
1:14-16—122
1:20—122
1:20-22,24,25—195
2:15—196
2:16,17—12
3:15—13
3:19—12,14
5:5-11—13
5:24—128
11:4—122
15:5—123
18:20—19:26—78
25:8—128
28:17—183
47:30—184
49:29-31—183

Éxodo

20:11—122

20:13—42
34:6,7—96

Números

23:19—86,96

Deuteronomio

4:2—99
4:39—116
10:14—123
29:29—7
32:4—97
32:22—60
32:39—42

Josué

7:25—185

1 Samuel

15:29—86
31:11,12—185

2 Reyes

2:11—128
 6:17—24
 9:10,36,37—184
 23:10—58

2 Crónicas

28:3—58

Job

19:25-27—17,131,191
 19:26,27—113,132
 19:27—146
 38:2-4—95

Salmos

14:1—102
 17:15—113,152
 19:1—122
 23—180
 23:4—8
 31:14,15—43,45,46
 49:8—88
 90:3—14
 91:11,12—127
 95:11—86,111
 98:1—180
 100:2,4—181
 103:19—116
 110:4—86
 115:3—116,123
 139:7,8—116
 139:8—60

Eclesiastés

5:1—183
 5:2—116,123
 6:3—184

12:7—13,24,47,128,186

Isaías

8:19,20—190
 25:8—142
 34:10—89
 38:11—190
 49:10—143
 53:6—65,165
 57:1,2—29,111
 63:16—189
 64:6—167
 65:17—133
 66:22—133
 66:24—69,74,77,89

Jeremías

4:28—86
 7:32—58
 19:6,7—58
 22:19—184
 23:28—99

Ezequiel

33:6-8—100

Daniel

12:2—17,36,85,108
 12:3—131,153

Malaquías

3:6—86

Mateo

3:7-12—90
 3:12—69
 4:17—101
 5:8—113

5:26—88	24:14—21
5:29,30—59	24:36—117
6:9—116	24:42—101
6:10—173,197	24:51—75
7:13—77	25:1-13—102
7:14—108	25:10—112
7:15—99	25:23—115
7:23—62	25:30—75
8:11—112,144,146,190	25:34—109,118
8:12—19,62,75	25:35,36—181
8:16—187	25:41—19,62,66,70,85
9:24—133	25:46—8,9,32,65,86,96, 153,173
10:14,15—78	26:29—112,144
10:28—16,59	27:46—65
11:11—156	27:52—53
11:20-24—78	27:59,60—184
11:23—60	28:18—126
13:42—70	28:20—126
13:42,50—75	
13:43—133	
16:18—61	
17:3—194	
17:3,4—190	
17:4—150	
18:8—85	
18:10—115,117,127	
18:20—183	
19—156	
19:18—42	
19:27-30—158	
20:1-16—155,156	
20:12—157	
20:16—156	
22:13—75	
22:30—150	
23:33—59	
23:33-35—90	
23:37—91	
	Marcos
	1:27—187
	5:39—9
	5:41,42—53
	8:36—16
	9:43—70,85
	9:43,48—88
	9:43-48—101
	9:48—74,77
	10:15—31,86
	10:19—42
	12:25—117,192
	12:41-44—159
	16:15,16—25,199
	16:16—27,31,34,36,56,63, 66,96,108,119,176
	16:19—125

Lucas

2:9-14—24	3:16-18—25
7:14,15—53	3:16-18,36—66
10:38-42—87,183	3:18—25
11:13—116	3:36—36,88
12:20—15	4:38—154
12:47,48—79	5:28,29—17,130,131,185
13:28—63,75,118	5:29—64
13:28,29—147	8:51—76
16:19-26—84	8:52—76
16:19-31—25,71	11:11—9,133
16:22—25,29	11:24—131,179,185
16:22,23—26	11:25—108
16:22,23,27,28—60	11:35—142
16:22,25—128	11:38-44—41
16:23—58,59,66	11:43,44—53
16:24—71	14:1-3,6—172
16:24-26—89	14:1-6—134
16:25—29	14:3—145
16:26—19,32,88	14:6—37
16:27,28—102	16:22—115,152
16:28—67	16:33—140
18:20—42	17:24—145
19:17,19—153,197	19:30—21
20:35,36—151,173	19:40—184
21:28—141	20:20—191
22:30—112,144	21:12—191
23:42—29	
23:43—29,128,179	
23:46—30,128	
24:31—191	
24:39,40—191	
24:39-43—132	

Juan

3:13—53,126
3:16—10,34,104,108, 119,152,165,179, 198

Hechos

1:9—125
1:11—125
3:21—136
4:12—37
7:55—125
7:55,56—54
7:59—22,30,128
7:60—128
8:2—184
13:36—9

16:31—87,179

19:11-16—188

Romanos

1:20—102

2:1—80

2:8,9—73

2:12—79

3:10-12,19,23—103

3:20—34

3:23,24—166,181

3:28—34

5:1,2—167

5:6-9—104

5:12—13

5:16,18—64

5:20—168

6:23—13,98,104,108,166,
182

7:2,3—192

8:1—64,152,170

8:13—170

8:17,18—109

8:18—141

8:18-23—135

8:21—195

8:24,25—162

8:26-30—171

8:35-39—171

10:17—87,147,183,198

11:33-36—95

11:36—181

12:1—197

13:9—42

1 Corintios

3:8—154

6:9,10—67

7:39—192

10:12—169

10:31—181

13:12—113,114,151

15:3,4—41

15:26—140

15:40-42—153

15:42-44—132,185

15:44—133

15:54-57—140

15:58—154

2 Corintios

1:3,4—179

3:12—162

4:17—110,141

5:2—30

5:8—15,30,129,146

5:10—186

5:15—165,197

6:2—21,102

11:14—53

12:1-4—55,124

Gálatas

2:16—34,177

3:11—34,177

4:26—148

6:2—179

Efesios

1:6—181

1:21—125

1:22—125

2:1,4,5—18

2:8—25

2:8,9—34,182

3:15—118

4:10—125
 4:24—151
 5:6—67
 5:25-27—166
 5:27—152

Filipenses

1:23—22,30,129,146
 2:10—67
 2:16—154
 3:20,21—131
 3:21—130,132,193

Colosenses

1:29—154
 2:9—126
 2:13—18
 2:15—27
 3:1—125
 3:10—151

1 Tesalonicenses

2:19,20—191
 4:13—133,162,180
 4:13-15—9
 4:14—148
 4:14-17—130
 4:17—136,144,152,192
 4:17,18—179
 5:9—108

2 Tesalonicenses

1:6,7—140
 1:6-9—63
 1:9—16,77,85

1 Timoteo

2:4—89,91
 5:17—154
 5:21—173
 6:16—95
 6:17—163

2 Timoteo

1:12—166
 2:10—110
 4:18—140,172

Tito

1:2—86,162
 3:7—162

Hebreos

1:3—117
 1:14—24,109
 3:11-19—86
 4:1-7—87
 4:9-11—111
 6:18,19—163
 9:15—109
 9:27—8,20,24,31,35,84,
 186
 9:28—109
 10:12—125
 10:23—163
 10:25-27—172
 10:31—73
 11—155
 11:1—24
 11:5—128
 11:10—184
 12:14—114
 12:22—148,150
 12:22,23—191

Santiago

2:19—103
2:26—15,16,47
3:6—59

1 Pedro

1:3—164
1:4—109
1:13—162
1:21—162
3:15—107,164,177
3:18-20—27
3:19—67
4:11—182
4:13—115

2 Pedro

2:3—64
2:4—28,58,62,66
2:17—75
3:6-13—134
3:9—21,89,91,101
3:10,12—70
3:13—133

1 Juan

2:2—165,198
3:2—114,146,151
3:20—172

Judas

4—64
6—28,75
7—28,65,78,85
13—75,85
24—115
24,25—169

Apocalipsis

1:7—115
1:18—61
2:10—141
2:11—76
3:12—173
3:21—197
5:9—147,196
5:10—197
5:11—150
6—117
6:8—61
6:10—129,192
7:9—149
7:9-17—56
7:11—150
7:14—141,149
7:16—143
7:17—30,142
10:6—192
11:18—194
14:3—196
14:11—74,89
14:13—30,110,154,156
15:3—196
19:5—194
19:5-7—197
19:9—112
20:4—17,23,118,129,156,
191,194
20:6—76
20:10—89
20:13,14—61
20:14—19,76
21:1—134
21:2—148
21:3—146
21:4—30,140,142,143

21:7—109

21:8—20,70,77

22:1-5—114

22:3-5—145

22:5—197

22:15—67

Índice temático

- abominación 74
- Abraham 128
- actividad en el cielo 196,197
- Adán 11-13,18
- adiáfora 185
- adventistas del séptimo día 83
- alma 14-17,23-25
- almas de los creyentes van
 inmediatamente al cielo 29-31
- almas de los incrédulos van
 inmediatamente al infierno 26-
 29,67
- ángeles 24,114,115,150,151
- animales en el cielo 195
- aniquilación 84,134-136
- ataúd 182,183
- ateo 83,103
- ayuda artificial 41-47
- banquete de boda 112,113
- Becker, Dr. Siegbert
 18,26,51,61,127,129,156,192,1
 93
- Blackmore, Dr. Susan 50-52
- camino al cielo 119
- casas embrujadas 186-189
- castigo 65,85,86
- castigo eterno 9,83-91
- certeza de la vida eterna 161-174
- cielo 29-31,107-160
- cielo después del día del juicio
 131
- cielo antes del día del juicio 128-
 130
- cielos 121-124
- conciencia de la tierra después
 de la muerte 189,190

- confirmado en gloria (santidad) 173
 conocimiento en el cielo 151,152
 condenación 63-65
 creación después del día del juicio 136
 cremación 185,186
- Dante 83
 decaimiento 168-172
 decisiones cuando se esté acercando el fin de la vida 41-46
 definición de infierno 62,63
 déjà vu 51
 demonios 186-189
 descanso 110,111
 descenso a los infiernos 27,28
 destrucción 77,134-136
 día del juicio 8,9,19,20,128-134
 día final 15,17,21,62. Ver también día del juicio.
 diestra de Dios 125,126
 disciplina 65
- edad en la resurrección 193,194
 el cristianismo hoy 84
 el diablo en el infierno 28,66
 el diablo y sus ángeles 28,66
 elogiar al difunto 181,182
 “En esto creemos” 35,37,130
 enojo 73,74
 eruditos evangélicos 84
 espacio exterior 122-124
 esperanza 161-164
 estado de gracia 167,168
 Esteban 22,30,54,128
 eutanasia 42-46
- eutanasia activa 43-46
 eutanasia pasiva 43-46
 Eva 11-13,18
 experiencias cercanas a la muerte 47-55
 experiencias fuera del cuerpo 51,55
- fantasmas 186-189
 fiesta 112,113
 firmamento 121,122,124
 fuego 69-71,85
 funeral cristiano 183-185
 funeraria 175,176
- gehenna 58,59
 gloria 109,110
 gozo 152,153
 grados de castigo 77-80
 grados de gloria 153-159
- hades* 58-61
 hambre 142,143
 herencia 109
 hinduismo 35
 hombre rico 15,16
 hombre rico y Lázaro, el 19, 25-27,29,31,32,67,71-73, 84,102,128
 homosexualidad 28
 huerto de Edén 12,196,197
- iglesia católica romana 32-35,189
 imagen de Dios 151
 infierno 26-29
 “infierno en la cruz” 65,66
 interminable 192,193

- inundación 135
ira 73,74
- Jerusalén celestial 147-179
justificación por fe
 34,35,104,105
- ladrón (en la cruz) 29,128
lágrimas 29,30,139-142
limbo 33
lloro y crujiir de dientes 75,76
Lutero, Martín 34,154,155,189
- mártires 16,17,23,129
matrimonio 150,151
miedo a morir, miedo a la
 muerte 8,15,21,22,141
momento de la muerte 8,24,39-
 47
Moody, Raymond A. Jr. 47-49
morada eterna de los creyentes
 117,118
morada de Dios 116,117
morada de los ángeles 117
movimiento “derecho a morir”
 42,43
muerte 7-9,11-22
muerte biológica 41
muerte cerebral 41,52
muerte clínica 41,48
muerte como un sueño 8,9,17
muerte espiritual 12,18,19
muerte eterna 12,19,20
muerte física 12-15,20
muerte legal 41
muerte piadosa 42,43
muerte temporal. Ver muerte
 física.
- multitud en el cielo 149
- nuevos cielos y nueva tierra
 133,134
- orar a los muertos 189,190
origen de la muerte 11-13
oscuridad 75
Ouija 188
- paraíso 55,123,124
pecado, consecuencias del
 12,143-145
pecado venial 32
pecar al momento de morir
 167,168
percepción extrasensorial (PES)
 51
pluralismo 37
polvo 13,14
privación 72,73
purgatorio 32-35
- Quinlan, Karen Ann 46
Quinto Mandamiento 42,43
- Rawlings, Maurice S. 8,48-
 50,52,53
- razones para la doctrina del
 infierno 89,90,98-102
realidad del infierno 93-105
reanimación cardiopulmonar
 (RCP) 8,39,40,48,49
reconocimiento en el cielo
 149,150,190-192
reencarnación 35
renovación 134-136
residentes del infierno 66,67

- respiración artificial 40,45
 resurrección 15,17,18
 resurrección del cuerpo 131-133

 salvación 108,109
 salvación por obras 34,35
 santidad 152
 sed 142,143
 segunda muerte. Ver también
 muerte segunda 19,20,76,77
 segunda oportunidad
 20,21,27,31-35,86,87
seol 59-61
 separación 14,15,20
 servicio de adoración en el cielo
 196,197
 servicio fúnebre 180,181
 Sodoma y Gomorra 28,78, 79,85
 sonda para alimentarse 45
 sufrimiento en el infierno 69-80
 suicidio 42,43,50

tartarus 58,62
 tercer cielo 55
 testigos de Jehová 26,83
 tiempo de gracia
 20,21,86,87,101, 102
 tiempo interminable 192,193
 tormento 27,67,71,72

 ubicación del cielo 124-127
 ubicación del infierno 67,68
 universalismo 36,37

 vida eterna 9,10,108
 visión de Dios 113-115,144-146
 visiones en el lecho de muerte
 53-56

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LA LEY Y EL EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com